

Montse Basté

Felicitaciones



Rumbos
encontrados

Rumbos encontrados

Monste Basté

© Montse Basté, 2015

Todos los derechos reservados

www.sb—ebooks.com

Diseño de cubierta: Esther Maré

Depósito Legal: B 15168—2015

ISBN: 978—84—15947—45—5

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

David, por cambiar el rumbo de mi vida.
Y a mis hijos, por crear uno nuevo cada día.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

1. Nuevos rumbos
2. Rumbo a lo desconocido
3. Rumbo a la realidad
4. Rumbo a la aventura
5. Rumbo al deseo
6. Rumbo a un mundo cruel
7. Rumbo salvaje
8. Rumbo al arrepentimiento
9. Rumbo a lo desconocido
10. Rumbo a la incertidumbre
11. Rumbo a la libertad
12. Rumbo a la serenidad
13. Rumbo al dolor
14. Rumbo a la muerte
15. Rumbo a casa
16. Rumbo a la tranquilidad
17. Rumbo a mis sueños
18. Rumbo a la felicidad

Agradecimientos

1. Nuevos rumbos

Hoy es mi cumpleaños. Hacía días que temía este momento. Sabía exactamente cómo me iba a sentir: triste. Triste por haber abandonado una época de mi vida donde aún reinara la sorpresa, la aventura, el deseo desenfrenado, lo inesperado... En definitiva, un futuro incierto. Cuando cumples cuatro décadas (¡cuatro!) te das cuenta de lo que podías haber sido y no has sido. Te estremeces pensando que en algún momento no estuviste lo suficientemente atenta como para discernir ese pequeño detalle, ese clic que te habría hecho saltar al vacío sin pensártelo ni un minuto.

Me duele pensarlo porque sé que a las cuarentonas no les pasan esas cosas; probablemente tu mente ya no está preparada, receptiva, siempre dispuesta a nuevas emociones. Mi vida pasa como una barca en un estanque: con suavidad, oyendo solo el sonido del agua al rozar el remo... Sin estridencias, sin ninguna ola que te balancee y te haga perder el equilibrio. Y yo quiero esa ola... ¡Oh, sí!

Mientras me arreglo para ir a la cita con Eva, descubro unas pequeñas manchas en mi rostro. Me observo con detenimiento el contorno y frunzo el ceño al comprobar que la gravedad empieza a acusarse en mi papada. ¡Arrrrrg! Tendré que ir a hacerme un *lifting*. No soy de cuidarme mucho, mi naturaleza y mis antecedentes genéticos han hecho que, a pesar de mi edad y de haber parido dos hijos, tenga un cuerpo esbelto y unas facciones infantiles. Nunca he sido una belleza irresistible, pero siempre me han considerado atractiva. Ser alta, delgada y tener una sutil melena castaña con algún reflejo dorado, al parecer, debería haberme llevado al éxito indiscutible. Pero por desgracia también soy demasiado tímida y reservada.

Si tuviera que escoger algo de mí, indudablemente serían mis ojos. Son verdes y quizás excesivamente grandes para mi cara, pero contrastan con mi tez morena y me dan una mirada intensa, desafiante. Cuando era pequeña conseguía que mis padres me dieran todo lo que quisiera con una simple bajada de ojos. “Voy a tener que volver a practicar”, me digo a mi misma mientras acabo mi obra de arte.

Llego al restaurante donde he quedado con Eva. Es mi mejor amiga. Nos conocemos desde la infancia y siempre ha sido el contrapunto a mi vida. Mientras yo era una niña ordenada, obediente y estudiosa, ella era la revolución de la clase; me encantaba oír sus carcajadas a todas horas y por

cualquier cosa. Siempre estaba castigada por desafiar a los maestros, por copiar mis deberes o por organizar concursos de todo tipo en el recreo; pero eso no le creaba ningún tipo de problema o disgusto. Conseguía siempre que la perdonaran con su carácter abierto y divertido, conseguía darle la vuelta a todo en segundos. Siempre la he envidiado por esa capacidad de cambiar su estado de ánimo y el de los que la rodean con solo una sonrisa.

A medida que me acerco, la reconozco en la terraza del restaurante, situada en el paseo que bordea la costa. Su corpulenta silueta se me aparece en una de las mesas; sus rizos rojizos resplandecen intensamente bajo el fuerte sol que cae implacable a esta hora. Mantiene una conversación divertida con el camarero, que me obliga a sonreír, imaginando qué ocurrencia debe haber dicho para que el hombre carcajee de tal manera. Llego tarde, como siempre, y me regaña en cuanto me ve:

—No cambiaras nunca, ¿eh? Hace seis meses que no nos vemos, vengo de Nueva York expresamente para tu cumpleaños y eres incapaz de llegar a la hora... Menos mal que me compensa verte tan estupenda. ¡Estás siempre tan guapa!—. Y lo dice con esa mirada que solo provocan el cariño y las confidencias de tantos años.

La estudio de arriba a abajo y advierto que ha engordado, pero no se lo diré. Es un tema en el que más vale no profundizar. Sus luchas con la báscula siempre han sido feroces. A pesar de eso, su cuerpo se ensancha y se afina con una facilidad increíble. Ella no puede evitar ese asunto:

—¡Tú siempre tan delgada! Pero ¿cómo lo haces?. Desde que estoy en Nueva York me he aficionado a correr todos los días, no como grasas ni bollos excepto en ocasiones especiales y jamás conseguiré estar como tú. ¡Qué envidia! ¡Arrrg! —Alza la vista al cielo, como buscando la respuesta, con una sonrisa divertida.

La beso en la mejilla y levanto mi dedo índice amenazante mientras advierto:

—¡Eh! no vayas por ahí o empiezo a contar todas las arrugas que me he encontrado esta mañana en el espejo y acabaremos las dos sumidas en una depresión de aquí te espero.

Su carcajada resuena por todo el restaurante y lo contagia a unas señoras muy elegantes que están siguiendo la conversación descaradamente.

Nos sentamos y el camarero sonriente se acerca a nuestra mesa, situada frente al mar. El calor incipiente del fantástico día de primavera en el que

estamos congrega cada vez a más gente en las terrazas, que se encuentran diseminadas por el paseo que recorre la playa. Tenemos la costumbre de celebrar nuestros cumpleaños viniendo a comer siempre al mismo lugar: un pueblecito de pescadores a pocos kilómetros de Barcelona. Es un rincón precioso, donde las horas pasan lentamente y te dejan vivir el momento sin prisa, saboreándolo. Año tras año reservamos la misma mesa, que nos permite disfrutar de una vista inmejorable sobre la costa. Durante unos segundos nos mantenemos en silencio deleitándonos con el apacible paisaje que nos rodea. Unos pocos bañistas osan introducirse en las calmadas aguas, mientras algunas parejas solitarias pasean cogidas de la mano por la orilla.

Tras echar un rápido vistazo a la carta, Eva se adelanta:

—Una paellita, ¿no? Hace tanto tiempo que no como una... —y entorna los ojos con cara de súplica mientras suelta otra liberadora carcajada.

—Bueno, ya sabes que no soy mucho de arroz, pero por ti hago lo que sea —y copio su mirada de ruego al cielo—. Pedimos vino blanco de aquel que te gusta tanto, ¿no?

De pronto, sus facciones se endurecen. Eva, la mujer más segura del mundo que conozco, la misma que ha recorrido medio mundo trabajando de periodista, que se fue a París siguiendo al que en ese momento creía sería el amor de su vida; que lejos de volver con el rabo entre las piernas cuando él la abandonó, decidió irse a hacer un viaje de meditación sola por la India... Esa mujer que venero y envidio a la vez... tiembla.

Su tez se vuelve pálida, se revuelve en el asiento y me mira directamente a los ojos, expectante:

—Tengo que confesarte algo... Estoy embarazada.

¡Pum! El mazazo me ha golpeado directamente en la cabeza. Casi pierdo el equilibrio y me caigo de la silla. Solo puedo pensar: “EVA; EVAAAAA, pero ¿qué has hecho? ¿Cómo se te ocurre?. Tienes cuarenta años, una vida fascinante, todos los amantes que quieres, libertad...”. Pero tan solo se me ocurre abrir los ojos y ofrecer mi mejor sonrisa:

—¡Felicidades! Y... ¿quién es el afortunado?

—Lo cierto es que... es de un donante de semen... —contesta tímidamente.

Estoy muda. Bueno, en realidad estoy rabiosa y solo puedo pensar: “¡Mi mejor amiga ha decidido tener un hijo sin padre y no me lo ha consultado!”

Ella me mira con cara de lástima y rápidamente intenta justificar su

decisión:

—Hace tiempo que le daba vueltas... Estoy muy sola. Te miro a ti y tienes tantas cosas: tus hijos, tu marido... Pero yo solo tengo mi trabajo, y ya se me va pasando el arroz... y... ¡Nunca mejor dicho!

Sus labios se curvan en una gran sonrisa mientras me guiña un ojo, saboreando una cucharada de la paella que nos acaban de servir. Hasta en los momentos más delicados es capaz de conseguir una sonrisa mía.

—Pero ¿por qué no me dijiste nada?

—Pensaba que me ibas a regañar. Te veía diciéndome que si ya tengo una edad, que voy a perder todo lo que he conseguido... Ya sabes que tú siempre has sido la más centrada de las dos, la que ha hecho las cosas bien.

Las palabras retumban en mi cabeza, una y otra vez, como un eco desgastado por la lejanía: “LA QUE HA HECHO LAS COSAS BIEN”.

Es curioso que yo siempre he envidiado la vida de Eva: tan diferente, tan fascinante... y resulta que ella envidiaba la mía por lo estable que era.

Sin poder evitarlo, de mi interior resurge una fuerte carcajada. No puedo parar y mi amiga me mira con cara asustada. Está claro que no está acostumbrada a oír mi risa fuerte y sonora.

—Y ahora... ¿qué pasa? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Yo también tengo una noticia que darte. He decidido dejar a Pedro. Me marcho.

Durante unos segundos no dice nada, pero percibo que mantiene los labios apretados. Intuyo que está rebuscando en su cerebro la frase más adecuada, pero su mirada triste me demuestra que no ha encontrado ninguna lo bastante efectiva.

—Pero... ¿por qué? ¿Has conocido a alguien?

—NOOOO. ¿Por qué siempre que alguien quiere separarse tiene que haber conocido a alguien?? Simplemente no soy feliz.

Su expresión ha cambiado de la alegría a la tristeza más amarga en cuestión de segundos. Se incorpora y levanta un dedo en señal de advertencia:

—¿Cómo es posible que no seas feliz? No lo entiendo... —Su mirada está llena de aflicción—. Tienes una vida fantástica, dos hijos que no te mereces y un marido. ¿Has hablado ya con Pedro?

—No. Sé que me está preparando una fiesta sorpresa por mi cuarenta cumpleaños. Seguramente vendrán los niños y sus padres. No quiero

estropeárselo.

Sus ojos cambian de intensidad y puedo ver un pequeño destello de rabia. En un murmuro casi imperceptible me suelta:

—Que considerada... —. Denoto una punta de desprecio en su voz.

Tendré que acostumbrarme a eso. No será fácil que mis hijos lo entiendan, pero pensé que Eva sí lo entendería, ella sí... Intentó explicárselo:

—Eva, mi vida no es como parece. Nunca he podido, o no he querido, escoger nada de lo que me ha pasado; simplemente, me he dejado llevar. Conocí a Pedro con quince años y a los veinte ya nos estábamos casando. Nos fuimos a vivir a la casa que nos regalaron sus padres, trabajo en la empresa de su familia, y con veintiuno tuve a los mellizos. No sé, miro atrás y no veo nada por lo que haya tenido que luchar o arriesgar.

Mis palabras se agolpan en mi boca y las voy soltando rápido, casi sin respirar. Noto un gran nudo que oprime mi garganta, que provoca que mi tono sea casi un susurro, una súplica porque mi mejor amiga me apoye. Pero ella me mira implacable.

—Ana, no sé qué decirte. Muchas mujeres desearían ser como tú. Eres inteligente, guapa, tienes un trabajo asegurado, un marido que te adora. ¿Es por los chicos, porque se han ido fuera? Ya le dije a Pedro que esa manía de que los niños estudiaran tanto tiempo en el extranjero iba a hacer que pasara esto. Ahora tienes a Víctor viviendo en Suecia y a Clara en Alemania. Lo que te pasa es que te sientes sola. Quizás necesitarías apuntarte a clase de algo, quizás volver a la universidad.

A medida que Eva expone su lista de razones, la rabia y la impotencia van creciendo en mi interior. ¿Cómo puede ser que no me comprenda? Mi espalda se eleva y me noto tensa, acalorada. Estoy furiosa y grito:

—¡NO ENTIENDES NADA!

Sus labios se cierran de golpe en una línea ínfima y su mirada denota miedo. Mira alrededor nerviosa, todo el restaurante nos está mirando. En un susurro casi imperceptible suplica:

—Pues explícamelo, por favor.

Estoy haciendo un esfuerzo increíble por no llorar. Es algo que me he propuesto hace días, meses, desde que mi decisión fue tomando forma en mi cabeza. Habitualmente soy una llorona empedernida. Cualquier cosa que desestabilice un poco mi vida provoca en mí una tristeza irracional. No lloraré. Suspiro profundamente y vuelvo a intentar que lo vea como yo,

aunque creo que la batalla está perdida.

—Necesito sen—tir. —Y lo digo reforzando cada silaba para que entienda todo lo que conlleva esa pequeña palabra—. Lo que me está pasando no es tan diferente de lo que te ha pasado a ti. Tú has decidido ser madre porque crees que es la última oportunidad que tendrás, y yo... Creo que tengo que demostrarme que puedo ser valiente, tomar mis propias decisiones y equivocarme, si es necesario.

La miro a los ojos. Parece que se está volviendo más indulgente conmigo. Aprovecho el momento e intento escarbar más en mis sentimientos.

—Pedro es la mejor persona que he podido encontrar, pero con eso, a veces, no es suficiente. Necesito más.

Sus oscuros ojos se abren horrorizados mientras me pregunta:

—¿Más? ¿Más qué? ¿Más pasión? ¿Más sexo?

—Eva, no todo se reduce a eso. Aunque no me iría mal un poco más de sexo. —Una leve sonrisa aparece en su rostro, aunque creo que es más por lástima que porque le haya parecido divertido—. MÁS DE TODO —digo elevando el tono expresamente—. Más risas, más lágrimas, más nervios, más intriga, más cosas que hacer, que pensar... y sí... más sexo. A lo único que ya no aspiro es a más amor.

Su mirada se mantiene mucho más fría de lo habitual, pero a los pocos segundos su faz se relaja y la comisura de sus labios se suaviza. Sus manos buscan las mías y las aferran con fuerza:

—Pues no lo entiendo... pero te prometo que lo intentaré. Si es tu decisión, la respetaré y te apoyaré. ¿Y cuáles son tus planes?

Finalmente conseguimos que el ambiente se vuelva más distendido y la comida adquiere un tono más relajado. Prácticamente me bebo la botella de vino yo sola, rememorando nuestra juventud, entre secretos y confesiones de anhelos no cumplidos. Las horas nos pasan en un suspiro, imaginando qué les puede deparar el futuro a estas dos cuarentonas que han decidido cambiar el rumbo que habían trazado en sus vidas.

2. Rumbo a lo desconocido

Hoy se cumple una semana desde que abandoné mi casa. Estoy en el apartamento que Eva tiene en Barcelona; finalmente me ha convencido para que me instale en él hasta que decida qué voy a hacer con mi vida.

Es un piso grande y luminoso. Se encuentra situado en uno de los mejores barrios de la ciudad. Los muebles son claros, de líneas sencillas pero elegantes, a excepción de la cocina, que es funcional y agresivamente roja. Un gran ventanal preside el salón; me acerco a él y observo las vistas de la ciudad que queda a mis pies. Ante mí se presenta una típica tarde de principios de verano, donde el sol aún tiene la fuerza suficiente para traspasar el cristal y acariciar mi piel con calidez. Mientras tanto, observo a la gente que pasea por la calle atravesando un frondoso parque, desde donde me llegan los sonidos agudos de los niños al jugar. Las madres, tan acostumbradas al murmullo de esas pequeñas voces, no alteran su plácida conversación mientras apuran los últimos reflejos anaranjados de un atardecer ya perenne en el horizonte. La imagen me transporta hasta mi juventud, cuando mis hijos eran solo unos niños y mi vida transcurría entre pañales y biberones, sin tregua para el descanso. La maternidad me llegó por sorpresa, sin darme la oportunidad de acostumbrarme a mí misma, antes de decidir si esa era la persona que realmente quería ser. Los años siguientes pasaron a tal velocidad que, en cuanto intento recordarlo, solo consigo reunir *flashes* inconexos: el primer cumpleaños de los niños, donde Eva les trajo una gran tarta repleta de caramelos; las vacaciones en la costa, mis hijos podían pasarse horas haciendo castillos en la arena; una fiesta de fin de año, cuando Pedro cogió el micro del karaoke y sufrimos sus aullidos durante toda la noche entre risas... Y cada recuerdo pertenece a una pieza solitaria de ese rompecabezas inacabado que ha sido mi vida. La memoria es selectiva: los momentos alegres se anticipan siempre a los malos y los sepultan en algún lugar oscuro de la mente, esperando a ser rescatados. Lo peor de evocar algo que te hizo feliz es la certeza de que ya no volverá a suceder jamás. Los recuerdos de mi boda se encuentran tan alejados que no consigo rememorar los sentimientos que me embargaban en aquella época. Tan solo veo a una chica tímida y retraída, quizás algo soñadora y con grandes expectativas de futuro. Sentí verdadero miedo cuando Eva decidió marcharse. Ahora entiendo que su decisión me abocó a una boda precipitada, buscando la seguridad que

creía perdida. Ella lo era todo para mí: una hermana, mi protectora, mi guía... Se fue en busca de sus sueños y yo acepté casarme con el hombre que ella, según sus propias palabras, hubiera escogido en mi lugar. Los tres éramos grandes amigos, pero, cuando ella se marchó, algo de ese vínculo mágico se rompió. Eva y yo mantuvimos esa profunda relación a pesar de la distancia, pero la que tenía con Pedro se fue diluyendo con el tiempo, hasta que él solo fue el marido de su mejor amiga. Los últimos años de matrimonio solo me evocan una sensación de abandono, de letargo, como un barco que se deja llevar por la deriva sin ningún timonel que busque el norte.

Mi amiga Tristeza (con la que comparto techo últimamente) se acerca a mí y me recuerda al oído quién soy y qué hago aquí. Aunque me resisto, mi mente es arrastrada hasta el día que dejé mi hogar.

Lo más duro de dejar tu casa es tener que resumir tantos años de tu vida en una maleta, decidir qué es imprescindible y qué no. El último día que estuve allí, Pedro y yo acabamos discutiendo por un álbum de fotos que me regalaron los niños por mi cumpleaños. Eran imágenes de toda una vida juntos. Parecemos tan felices... Y seguramente lo fuimos en muchísimos momentos. La cabeza me da vueltas cuando intento sacar algo en claro de mis sentimientos. Me siento culpable por no poder estar a su altura. Él me quiere incondicionalmente. Incluso viendo cómo le abandono de una manera tan cobarde, me cita en un tiempo prudencial para hablar, para intentar recordar algún vestigio de la felicidad que se transmite en esas fotos que tengo ahora en mis manos. Yo sé que eso es imposible.

Decido alejar mis dolorosos pensamientos limpiando el apartamento; lleva mucho tiempo cerrado y el polvo ha ido poseyendo cada superficie, matizando todo su esplendor. Pequeñas partículas comienzan a flotar en el aire y brillan cada vez que un estrecho rayo de luz consigue atraparlas. Miles de destellos explotan e iluminan la estancia. La mágica imagen parece presentir que pronto llegará Eva con un bebé y este será su hogar. No acabo de comprender por qué quiere volver. Aquí viven sus padres, que la podrán ayudar en un momento dado, pero tiene su vida montada en Nueva York. Tal como están las cosas en este país, no le será fácil encontrar trabajo... Observo a mi alrededor y pienso en cómo va a cambiar ese salón tan minimalista en pocos meses. No me imagino a esa mujer tan independiente lidiando con un bebé día y noche. Una sonrisa asoma a mi cara.

La melodía del teléfono me devuelve a la cruda realidad. Doy vueltas por

toda la habitación en busca del infernal aparato. ¿Dónde estará? Lo odio, siempre consigue esconderse en lo más profundo del bolso cuando más prisa tengo... Su sonido insistente me altera y contesto bruscamente en cuanto descuelgo:

—¿Sí? ¿Quién es?

Al otro lado de la línea solo hay silencio. Una sensación de disgusto recorre mi cuerpo, un escalofrío se instala bajo mi piel. Sin poder controlar mi voz insisto:

—¿Quién es? Pedro, ¿eres tú? ¡Contesta!

A lo lejos oigo un sollozo. Reconozco esa voz que tantas veces me ha nombrado mientras me reclama en un susurro roto:

—Ana... vuelve...

Oír su voz entrecortada, tan triste, me produce una punzada de dolor. No sé cómo reaccionar. No quiero herirle más, así que intento hablar suave:

—Pedro, no puede ser. Necesito tiempo. Ya lo hablamos, necesito mi espacio.

Su garganta sigue soltando pequeños gemidos, que se van clavando como afiladas astillas en lo que queda de mi alma. Dudo, siento tanta lástima por verlo así. La culpabilidad me atormenta, pero sé que con eso no es suficiente. Me obligo a recordar por qué tomé esa decisión y armándome de valor mantengo el silencio. Solo se escucha un lamento tenue, desesperado, que va perdiendo intensidad, difuminándose en el espacio, hasta que, finalmente, cuelga. Perezosamente relajo mis piernas, exhalo un largo suspiro y me dejo caer deslizando mi espalda por la fría pared de la cocina hasta quedar acurrucada en el suelo hecha un ovillo.

Me odio. Me odio por hacerle pasar eso a alguien que no se lo merece. Alguien que lo único que ha hecho es amarme y cuidar de mí. ¿Cómo puedo ser tan egoísta? Pero me sorprende a mí misma porque no soy capaz de dar marcha atrás. En realidad me siento reforzada en mi locura, en mi proyecto y, aunque estoy literalmente destrozada, una pequeña sonrisa ilumina mi cara. Una idea fugaz cruza mi mente y ya sé lo que debo hacer.

Recojo el teléfono del suelo y llamo al número que me pasó Eva. ¿Por quién tenía que preguntar? Mi maldita memoria me va a jugar una mala pasada otra vez. Si me lo hubiera apuntado... Pero el orden nunca ha sido lo mío. Creo que era Alberto... ¿o quizás Alex? Empezaba por “A”, de eso estoy segura. De pronto, se oye una voz al otro lado de la línea. Es grave pero

suenan joven:

—¿Hola? ¿Quién es?

—Hola, soy Ana, amiga de Eva. No sé si te dijo que te llamaría. Es por lo de Brasil.

La masculina voz contesta amablemente. Denoto una sonrisa en su voz:

—¡Ah sí! La chica aventurera. —Me quedo callada. ¿Qué querrá decir con eso?—. Mañana tenemos una reunión en la sede. Si quieres venir te lo explicaremos todo. Estaremos allí sobre las once. ¿Sabes la dirección?

Contesto emocionada:

—Sí, perfecto. Allí estaré.

¡Uaaaau, lo he hecho! Me siento como una quinceañera que da su primer beso. Noto el corazón acelerado. Una gran sonrisa arrebató el gesto de disgusto de mi cara. Debería llamar a Eva y preguntarle cómo se llama su amigo, pero miro el reloj y quizás no sea tan buena idea.

La tristeza anterior ha desaparecido, me siento mucho mejor. He realizado un pequeño primer paso hacia mi nuevo rumbo. Estoy emocionada y nerviosa al mismo tiempo. En cuanto me recupero advierto que estoy hambrienta. Lo cierto es que hace días que no como en condiciones. Tendría que cambiarme y arreglarme un poco, pero me da tanta pereza... Me convengo de que para ir a la pizzería que hay en la misma calle tampoco hace falta que vaya muy arreglada, así que cojo el bolso y salgo en chándal. Bajo las escaleras de dos en dos y, al llegar al portal, saludo a una pareja ya mayor que me mira con ojos inquietantes. Quizás sí debería haber cambiado de atuendo... Estudio mi reflejo en el gran espejo del recibidor y observo a una mujer madura, despeinada, con los ojos hinchados y un bolso Louis Vuiton. La imagen es aterradora, parezco una loca indigente. Durante un leve instante freno mis pies, vacilante, pero finalmente salgo a la calle y me dispongo a cenar una *pizza* cuatro estaciones acompañada de un buen vino italiano.

El estirado camarero que me atiende me sitúa en una de las mejores mesas, que se encuentra sobre un pequeño entarimado en un rincón del local. No tengo claro si lo hace para complacerme o por vigilarme, pero no me importa. Desde donde estoy puedo ver al resto de comensales. Una de mis aficiones favoritas es observar a la gente que me rodea e imaginarme historias entre los que se encuentran, sus vínculos, sus vidas. Pedro siempre me regañaba cuando íbamos a un restaurante, decía que estaba más por la conversación de al lado que por la nuestra. Supongo que estaba en lo cierto.

Cuando ya estoy saboreando mi capuchino, me fijo en una larga mesa que tengo a mi derecha. Son un grupo de jóvenes que están de celebración. Deben tener unos 20—25 años y por lo que parece están de despedida. Brindan por un futuro mejor y se besan y abrazan, se les ve felices. Deduzco que algunos han decidido marcharse a estudiar o trabajar fuera, tal como están las cosas aquí. Son valientes.

La imagen de mis hijos atraviesa mi mente. Ellos también decidieron quedarse fuera estudiando para poder tener más posibilidades. Yo me opuse con todas mis fuerzas a que se fueran, como si entonces ya supiera que su decisión me abocaría a una inmensa tristeza. Las grandes decisiones de mi vida siempre han estado marcadas por la distancia de mis seres queridos. Primero Eva, y ahora mis hijos. Sé que en el fondo he sido una egoísta pidiéndoles que no se vayan. Pedro y yo no solíamos discutir, pero este tema suscitó una de las mayores peleas entre nosotros y abrió una brecha ya irrecuperable. Fui tan estúpida que escogí el no sentirme sola a dejarles cumplir sus propios deseos, a decidir su futuro. La vida me obligó a mantener mis anhelos de juventud olvidados y, sin querer, antepuse mis miedos a su felicidad. Les echo de menos. ¿Cómo reaccionarán cuando se lo explique? Hemos decidido esperar a contárselo, no queremos interferir en sus estudios. Clara no se va a conformar con una simple aclaración, desde pequeña tenía que saber el porqué de todo. Cuando hablo con ella por teléfono siempre siento que me está haciendo un interrogatorio, pidiendo explicaciones de lo que me pasa y buscando constantemente una justificación a todo. Víctor se parece más a su padre: es tranquilo y conformista, se deja llevar por las circunstancias. Estoy segura de que decidió irse a estudiar al extranjero porque su hermana casi le obligó; si hubiera sido por él se hubiera quedado en casa, en su entorno, tranquilo. Aunque se acabó de convencer cuando su amiga Alma, que probablemente desea que sea más que una amiga, le propuso ir juntos a Suecia. Están cursando el primer curso de la carrera y aun les quedarán tres años más por delante.

La tristeza me invade. Una gota perdida resbala por mi mejilla y un nudo inicia su ascenso a través de mi garganta y cierra el paso. Recojo las cosas en un suspiro y pago la cuenta. Huyo corriendo desesperada, las lágrimas caen por mi rostro sin cesar, no puedo controlar el dolor. Llego al apartamento y exploto en un sollozo como nunca lo había hecho. El llanto es desgarrador y me encuentro perdida. Nunca había imaginado que me podría sentir tan triste.

Mi corazón parece negarse a continuar, mientras mis pulmones se contraen en un gesto desesperado por recuperar el aire. Mi cuerpo está tembloroso, débil y una gran presión me oprime el pecho. Estoy desbordada. Me acurruco en el sofá y agarro mis piernas entre mis brazos, mientras intento mantener la mente en blanco. Respiro profundamente varias veces para reclamar el oxígeno que me falta. Lentamente consigo que mi cuerpo se vaya relajando. Los espasmos desaparecen y voy recuperando el control. Mentalmente veo pasar mi vida por delante y me convengo a mí misma de que debo continuar con mis ideas, con mi deseo. Solo así sabré si soy capaz.

Rebusco en mi bolso y cojo el Ipod que me regaló Eva por mi cumpleaños. “Te he hecho un recopilatorio de las mejores canciones de nuestra época. Para que te vengan solo buenos recuerdos”. Escojo una canción al azar y suena la voz cálida de Sade. Hacía años que no la escuchaba.

El suave estribillo de *Long hard road* me lleva a un estado de tranquilidad que hasta ahora no había conseguido. “Todo irá bien”, me repito a mí misma. Me voy a la cama agotada. Mañana me espera un nuevo día y debo convencer a alguien de que soy la persona adecuada. Debo recuperarme.

Me invade el sueño mientras oigo una voz entre nieblas. “La chica aventurera...”

El agudo pitido del despertador me obliga a levantarme. Siento el estómago encogido por los nervios. Decido prepararme un café bien cargado y al instante me doy cuenta de que no tengo nada en la despensa con que acompañarlo. Deduzco que lo mejor será que me vista rápido y baje a desayunar a la cafetería.

Mi cabeza está a punto de explotar. La tensión acumulada de la noche anterior y la ansiedad por la cita que me espera producen que mi cerebro palpite tenazmente. Decido probar el hidromasaje de la ducha. Eva no escatimó en gastos cuando decoró su apartamento y eso es algo que ahora agradezco. Mmmmm... ¡es fantástico! Tras sentir cómo el agua activa mis agarrotados músculos, me siento realmente mejor. Solo me falta decidir qué atuendo me pongo.

Abro la maleta donde se encuentra mi ropa tal y como la dejé en su momento. Estará arrugadísima, teniendo en cuenta la prisa que tenía por salir del piso. Pedro observaba cada movimiento que hacía, cada cosa que cogía,

con esa mirada tan triste, como si cada objeto que me llevaba fuera un fragmento roto de su corazón. Mi uniforme en estos últimos días ha sido un chándal viejo y raído. Definitivamente, creo que ya es hora de colgar la ropa en el armario.

¿Cómo debería vestirme? Supongo que informal. Finalmente me decido por unos vaqueros y una camiseta negra. Me recojo el pelo y me maquillo lo mínimo, lo justo para tapar mis incipientes patas de gallo. Me miro al espejo y constato que he recuperado mi imagen habitual, lejos de la mujer de mirada perdida y triste que era ayer.

Suspiro hondo y me marchó escuchando mi Ipod. Suena *Sin miedo* de Rosana. Avanzo a paso firme escuchando cada palabra como si estuviera escrita para mí.

*(...) Sin miedo, lo malo se nos va volviendo bueno.
Las calles se confunden con el cielo
Y nos hacemos aves, sobrevolando el suelo.
Así, sin miedo, si quieres las estrellas vuelco el cielo.
No hay sueños imposibles ni tan lejos,
Si somos como niños(...).*

Tras desayunar en la primera cafetería que encuentro, me introduzco en la boca del metro. Hace años que no lo utilizo, desde que estudiaba la carrera. Lo recuerdo como un momento confuso en mi vida. Tenía tantas dudas...

Desde pequeña siempre quise ser médico. Me fascinaba que alguien pudiera tener ese poder. Un poder que te permite cambiar el destino de alguien que, si no fuera por ti, estaría predestinado a una muerte segura. Y aún ahora me sorprende que alguien que por fuera puede ser tan común sea capaz de descubrir qué es lo que te enferma y remediarlo.

Cuando llegó el momento de decidir mis estudios universitarios, fue una de las primeras veces que me rendí, no luché por lo que creía. Y tras esa, vinieron muchas más. Recuerdo la discusión con Pedro: No tenía suficiente nota para entrar en la Facultad de Medicina, lo cual suponía que debía esperar un año y volver a presentarme a los exámenes para mejorarla. Luego vendrían muchos años de estudio y aún más si quería especializarme en algo en concreto. Eso iba a romper todos sus planes. Él tenía prisa por casarse y, de hecho, ya le iba bien que no estudiara nada. Su idea del matrimonio era

bastante convencional. Consiguió convencer a todo nuestro entorno, nuestros padres y amigos, para que me sacaran esa idea de la cabeza. “Búscate una carrera más corta y luego, si quieres seguir estudiando, ya lo harás. Si no lo necesitas, Pedro te da todo lo que quieres”. Finalmente cedí y estudié Enfermería, porque era lo más parecido a lo que siempre había deseado, pero nunca ejercí. Justo cuando acabé la carrera descubrí que estaba embarazada, así que decidí esperar a que mis hijos fueran más mayores para empezar a trabajar.

Los años pasaron a una velocidad asombrosa. Cuando los niños tenían ocho años, Pedro se quedó sin secretaria, que se marchó sin avisar de la empresa, así que me propuso trabajar con él. En un primer momento no me pareció buena idea estar todo el día juntos. Aún tenía esperanzas de conseguir una pizca de independencia. Todavía recuerdo sus palabras: “Así tendrás libertad para hacer el horario que más te convenga. Podrás organizarte como quieras. ¿Dónde vas a tener eso?” y volví a ceder. A partir de ese instante ya no volví a ir en metro. Cada día él me llevaba y me traía del trabajo en su coche. Mi dependencia de él era total, y me acomodé en su protección.

Estoy inmersa en todos esos recuerdos, cuando una sensual voz nombra la estación en la que debo bajar. Voy justa de tiempo, como siempre... La sede se encuentra en la calle Pelayo, en el centro de Barcelona. Al salir del andén acelero mis pasos, mientras voy chocando con turistas despistados que pasean relajados con el mapa de la ciudad en la mano. Llego a la dirección que llevo apuntada y me encuentro ante un portal antiguo, con una gran puerta de hierro forjado, en la que se disponen numerosos carteles de diferentes empresas y entidades. Localizo la que busco: “Despacho de arquitectura Vanderbilt”, y debajo, en letra más pequeña: “Fundación Vanderbilt”

Subo las escaleras hasta el primer piso y llamo al timbre. Me recibe una chica joven con un traje chaqueta de corte perfecto. En cuanto la veo, mi inseguridad vuelve a asaltarme. Me siento incomoda por haberme vestido tan sencilla, pero no esperaba que en una ONG irían tan elegantes. La recepción es amplia y acogedora. Un largo mostrador de madera de arce preside la estancia decorada en tonos ocres. Un gran sofá de piel blanco resigue la pared solitario, solo acompañado por un verde tronco de Brasil que le da un toque exótico al conjunto. La chica me mira de arriba a abajo y me acompaña a una pequeña sala de reuniones, donde ya están esperando tres personas más. Antes de alejarse, me informa:

—Enseguida vendrá Albert —al fin recuerdo el nombre que me dijo Eva—. Si quiere esperar en la sala. Si necesita cualquier cosa, estoy en la recepción del estudio.

Ahora comprendo que ella trabaja en el estudio de arquitectura, por eso viste con ropa cara y elegante y me mira con cierto aire de superioridad. Me convengo de que será eso, aunque también la idea de que piense que la presencia de una mujer como yo allí no tenga sentido me corroe.

Mientras me siento, observo con curiosidad a mis contrincantes. Son jóvenes, muy jóvenes. Les saludo al entrar, pero solo me contesta sonriente una chica con el pelo lleno de rastas y *piercings* en la nariz y en el labio. Sus escuálidos brazos lucen repletos de siniestros tatuajes. Solo dejan ver pequeñas porciones de una pálida y fina piel. A pesar de los complementos y dibujos que ensombrecen su aspecto, su delicado rostro y su mirada color avellana transmiten una gran empatía. “¡Menos mal que mis hijos nunca se han puesto esas cosas!”. Al momento censuro mis pensamientos, quizás estoy siendo demasiado remilgada.

A los cinco minutos entra Albert Vanderbilt y se presenta. Me levanto con rapidez con la intención de estrechar su mano y sin darme cuenta me encuentro recibiendo un abrazo de lo más efusivo. Pero lo que más me sorprende es mi reacción. Soy consciente de que en otra ocasión su actitud me hubiera molestado; no soy una persona muy cariñosa, me gusta mantener las distancias. Pero Albert lo hace con esa naturalidad, con esa mirada tan franca, que no me incomoda en absoluto, incluso me gusta. Le observo mientras inicia su presentación sobre la fundación y sus proyectos. Él también me observa, de hecho sus ojos me miran descaradamente.

Eva me explicó cómo llegó a crear su ONG. Albert es un holandés afincado en Barcelona desde joven, tiene 55 años y hace cinco que se quedó viudo. Al parecer, su mujer era brasileña y cada año viajaban a ese país para colaborar con una ONG que ayuda a los niños de la calle. Cuando ella murió, decidió rendirle homenaje creando su propia fundación junto a su hijo, también arquitecto.

Su próximo proyecto será construir una residencia—escuela para niñas que han sufrido abusos y que provienen de las zonas más marginales de Brasil. Nos explica que gracias a su estudio de arquitectura puede dedicar tiempo y dinero a esta causa. Debido a la crisis, sus ingresos han disminuido, pero nos cuenta que está especializado en casas de lujo.

—Soy como Robin Hood, lo que consigo de los ricos se lo doy a los pobres —nos aclara mientras nos guiña el ojo, deslumbrándonos con una sonrisa espectacular.

Físicamente es un hombre muy atractivo. Su constitución es alta y delgada, pero lo justo para que esos pantalones le caigan realmente bien. Tiene los ojos de un azul esmeralda, casi transparente. Luce una dentadura blanca de anuncio y una mata de pelo blanco—grisáceo, que sospecho algún día fue rubio. Lo cierto es que parece más joven de lo que es. Pero ¿qué digo? Me sorprende pensando en esas frivolidades mientras él está defendiendo sus ideales emocionado.

De pronto enmudece y nos observa uno a uno. Me intimida, parece que esté leyendo mis pensamientos. Cuando reinicia la conversación lo hace pausadamente, arrastrando las eses a causa de su acento holandés.

—Bueno, ha llegado la hora de las presentaciones. Quiero que cada uno me explique por qué está aquí y por qué debería formar parte de este proyecto.

Albert nos mira expectante.

Soy la última en exponer, así que tendré que intentar templar mis nervios mientras escucho los argumentos de mis rivales. Cuando llega mi turno el corazón se me acelera. Todas las presentaciones han sido fantásticas. Los tres chicos provienen de estudios relacionados con este tipo de proyectos: uno es arquitecto, pero ya cooperó en una ONG en Guatemala; las dos chicas no tienen experiencia fuera, pero colaboran en diferentes asociaciones de carácter social.

¿Y yo qué digo ahora? No tengo nada con lo que pueda competir (aparte de que conocen a Eva, que seguro que me ha vendido bien). Ufff, creo que todos los poros de mi piel están sudando.

—Bueno. Me llamo Ana. Tengo 40 años (aun me cuesta decir el número) y jamás he tenido ninguna experiencia parecida. Siempre quise hacerlo, pero por cosas de la vida no lo hice.

Los nervios me invaden y enmudezco. Mis ojos buscan desesperadamente a Albert, que solo sonrío. Me hace un gesto con la cabeza pidiendo que continúe, mientras mi mente intenta escoger el discurso adecuado. “¿Y qué más puedo decir? ¿Quiero hacerlo porque mi vida es de lo más frustrante? ¿Porque nunca he sido capaz de tomar una decisión yo sola? ¿Por qué quiero alejarme de todo lo antes posible?”. Aun así continuo hablando

pausadamente:

—Creo que ahora es el momento. Aunque no tengo experiencia sé que puedo aportar muchas cosas. Ya no soy una jovencita que sueña con arreglar el mundo —al momento compruebo que he conseguido llamar la atención de mis compañeros—. Solo intentaré hacer lo que pueda. Si consigo que algunas de esas niñas sea más feliz, me sentiré satisfecha. Me esforzaré al máximo porque así sea.

Albert interrumpe mi improvisada presentación con su fantástica sonrisa.

—Bien, eso es todo. Como sabéis, debemos escoger a dos candidatos para este proyecto. En el curso de esta semana os llamaremos.

Todos se levantan rápidamente. Mientras, yo recojo mis cosas con calma, temiendo no haber hecho demasiado el ridículo. Albert tampoco se mueve. Siento su intensa mirada que se clava en mi nuca, su insistencia me altera. Me giro de repente y observo que se encuentra a escasos centímetros de mí. Él también se sorprende y se distancia un poco.

—Ana, me gustaría hablar más a fondo contigo de este tema. ¿Qué tal un café mañana?

¡Oh! Esto sí que no me lo esperaba. Me vuelvo a sentar en un intento vago de disimular la flojera que me invade, y le miro fijamente a los ojos, esos que parecen agua cristalina. Alzo mi voz intentando no parecer confusa:

—Está bien. ¿Quedamos a la misma hora?

—Sí, perfecto. En el café que hay abajo, ¿ok?

Una sonrisa espectacular vuelve a protagonizar su cara. Creo ver un destello oscuro en sus ojos, que en otro momento me hubiera provocado salir huyendo, pero ahora me parece una situación divertida. Realmente es un hombre interesante, de esos que tiene mucho mundo vivido, mucho que enseñar. Intuir que le pueda atraer me satisface enormemente.

Cuando llego a casa, me conecto con Eva por correo. Allí son las 8 de la mañana. Ella debe llevar ya un rato trabajando.

Hola, Eva,

¿Qué tal todo? ¿Cómo van tus náuseas?

Que sepas que te he dejado el apartamento reluciente, no te quejarás.

Hoy he ido a hablar con Albert. Oye, me tiene intrigada. Quiere quedar mañana conmigo para tomar un café. ¿Tú que le contaste?

Ya sabes que soy muy tonta para estas cosas y le he dicho que sí, pero no

sé.

*Un besito,
Ana*

Le doy a la tecla “enviar” y, mientras me responde, me voy a cocinar. Cuando volvía de la entrevista he pasado por el mercado de la Boquería y he comprado varias cosas para llenar mi despensa. Lo cierto es que tenía hambre y todo ofrecía un aspecto fabuloso. Llevo demasiados días con el estómago encogido sin probar bocado. Mientras me estoy preparando una ensalada con queso, oigo un aviso en mi ordenador: Eva ya está aquí.

Hola, cariño,

Me alegro de hablar contigo y que triunfes tanto. ¡Ji, ji, ji!

Conozco a Albert desde hace muchos años, es un buen tipo. Seguro que tiene muchas cosas interesantes que explicarte, ha viajado por todo el mundo. Y sí, ¡ES UN LIGON! Así que no te pongas la minifalda cuando quedes con él y mantén las distancias.

Nooo, tranquila que seguro que solo quiere explicarte más a fondo cómo funciona la fundación. Le dije que no tenías experiencia y que tendría que tener paciencia contigo. ;)

Me voy, que tengo a mi jefe controlándome.

Hablamos pronto.

Besitos, Eva.

Pd: ¡¡Estoy como una bola!!

Me quedo mirando la pantalla durante unos segundos. Casi puedo oír la risa contagiosa de Eva. La echo de menos. Sabía que en cuanto intentara entenderlo sería el mejor apoyo que podría tener. De niñas compartíamos todos nuestros anhelos sin valorar si eran correctos o no, pero con los años los prejuicios y los pequeños malentendidos te llevan a desconfiar incluso de la persona que más quieres. Ella mejor que nadie sabe las horas que nos pasamos conversando sobre mis deseos de conocer mundo, de colaborar con el prójimo. Incluso habíamos trazado un plan para irnos juntas en busca de aventuras. Hasta que Pedro apareció en nuestras vidas. En un principio no le gustó nuestra relación, se sintió amenazada y no paraba de recordarme que era demasiado joven para ataduras. Sé que, con los años, el recelo se volvió

cariño al ver cómo ese hombre era la bondad personificada. Después de tantas relaciones infructuosas y tantos desengaños, aceptó que Pedro me daba lo que otros fueron incapaces ni de intentarlo con ella: su lealtad incondicional. ¿Y qué, si a cambio renuncié a la aventura? Me dio una vida plácida y cuidó de mi tal como había prometido. Tras un largo suspiro, intentando alejar la culpa de mi interior, me dispongo a comer. Abro el buscador en mi ordenador y tecleo: “cursos intensivos de portugués”.

Al día siguiente, me dirijo al lugar donde me he citado con Albert hecha un manojo de nervios. El sitio está muy concurrido. Al acercarme a la puerta de cristal, ya observo su elegante figura apoyada en la barra. En cuanto me ve me dedica una de sus espectaculares sonrisas y decido que podría acostumbrarme a ese cálido recibimiento sin ningún tipo de esfuerzo.

Tendré que concentrarme si no quiero sucumbir a sus encantos, Eva ya me avisó y, conociéndola sé que probablemente ella lo hizo en algún momento. Tras darme un beso en la mejilla, nos acomodamos en una pequeña mesa al fondo de local que el camarero, un chico inmigrante de sonrisa permanente, nos limpia al momento. Lentamente la gente va desapareciendo y el nivel de ruido nos va permitiendo hablar con tranquilidad. Con su frescura habitual Albert intenta romper el hielo:

—Así que conoces a Eva desde niña.

Intento poner un tono profesional, pero los nervios y mi timidez no son grandes aliados, así que carraspeo antes de poder contestar:

—Sí, se podría decir que somos como hermanas. —Él me estudia con atención, probablemente intentando descifrar qué hace una mujer como yo pidiendo formar parte de un proyecto como el suyo—. Curiosamente las dos somos hijas únicas, supongo que eso nos unió más. Lo nuestro no es una simple amistad, nos protegemos y nos defendemos con uñas y dientes.

Él sonrío divertido por la expresión:

—¡Eso está claro! No sabes lo pesadita que se ha puesto con el tema de Brasil.

¡Ufff! Ahora me avergüenzo de haber contado con Eva como intermediaria. Decidí que tenía que dirigir yo mi vida y lo primero que hago es pedir ayuda a mi amiga.

—Oye, no quiero que te sientas obligado. Ya sé lo pesada que se puede poner Eva e imagino que probablemente no habrá sido muy imparcial.

Justo en ese momento, el camarero se acerca por detrás cargado con una

bandeja repleta de tazas y una gran tetera. El hombre tropieza con mi bolso, que se ha deslizado del respaldo al suelo, pierde el equilibrio y parte del contenido de la tetera cae sobre mi camisa blanca. La deja empapada y me quema la piel.

El encargado sale de detrás de la barra gritando improperios de todo tipo al pobre chico, que me mira horrorizado. Yo intento tranquilizarlo:

—Tranquilo, no pasa nada. Por suerte la tetera estaba casi vacía y ya no estaba hirviendo. Solo necesito que me traiga una toalla seca.

El dueño sigue gritando palabras sin sentido. Mientras el chico me acerca un trapo limpio, el hombre se lo quita de las manos fuera de sí y le chilla:

—Tú, *desgraciao*. Ya puedes darle una parte de tu sueldo a la señora para que se compre una camisa nueva. ¡Y mañana no hace falta que vengas!

El pobre muchacho asiente con mirada resignada, mientras saca un sobre arrugado de su bolsillo y me ofrece el contenido con mirada baja. Su cara de resignación e impotencia me dejan descolocada y llego a la conclusión de que, probablemente, no tenga contrato y cobre una miseria por estar ahí.

Acerco mi mano a la suya y la aprieto con la intención de reconfortarle, a la vez que la aparto con suavidad. Él me mira asustado mientras me levanto y me dirijo al encargado.

—Perdone, la culpa ha sido mía que he dejado el bolso en el suelo. El pobre chico solo estaba haciendo su trabajo y, por cierto, muy bien. No creo que por una tontería así deba despedirle; al contrario, creo que debería hacerle un buen contrato, si no quiere que se le escape. Debería saber que si el bar está lleno cada mañana es gracias a él y a su amabilidad, así que tendría que recompensarle de algún modo. Que sepa que si venimos mañana y no está, se correrá la voz de que lo ha despedido y su bar se quedará vacío.

Ahora el que me mira como si fuera un fantasma es el dueño del bar, que en vista del futuro incierto que le acabo de augurar, decide poner cartas en el asunto y mostrar una gran sonrisa.

—Por supuesto. José Carlos es el mejor trabajador que he tenido. Hoy mismo le he dicho que estoy muy contento con el trabajo que hace y cómo ha conseguido levantar la cafetería él solito. Así que si necesita cualquier cosa no tiene más que pedirnoslo. Y no hace falta que le diga que la consumición que estaba tomando corre a cargo de la casa, por descontado.

Consigo girarme antes de que el pobre hombre vea mi carcajada asomando y sonrío al chico mientras le guiño un ojo cómplice.

Albert se levanta y me acerca mi chaqueta, mientras me agarra del codo instándome a salir. En cuanto estamos fuera, y tras reírnos un rato juntos rememorando la cara de temor del hombre, recuerdo por qué estábamos allí y le digo:

—Creo que la entrevista no ha ido tan bien como esperabas.

Él me sonríe guiñándome un ojo.

—¿Que no ha ido bien? Me he reído como hacía días no hacía. — Intentando transmitir seriedad cambia el tono y añade—: Mira, a los cooperantes se les pide madurez, empatía y ser buenos negociadores. Sinceramente, creo que acabas de demostrar que cumples con todos los requisitos.

Mis ojos se abren intentando descifrar si eso significa lo que creo.

—Entonces, ¿me voy a Brasil?

Se me queda mirando sonriente durante unos segundos y, transmitiendo una gran satisfacción en sus ojos, afirma:

—Se puede decir que ya eres una nueva cooperante de la Fundación Vanderbilt. ¡Bienvenida!

Y me planta un sonoro beso en la mejilla que me deja perpleja e ilusionada a la vez.

3. Rumbo a la realidad

Tras pasar los últimos meses preparando el viaje y estudiando portugués, ya quedan pocos días para marcharme. Comienzo a notar en el estómago esas mariposas que surgen de la incertidumbre por lo desconocido.

Albert me ha informado de todo con riguroso detalle. Nos hemos visto asiduamente y, a pesar de que cuando estamos juntos noto su atracción hacia mí, he intentado mantener las distancias y él lo ha respetado. Es un hombre fascinante, sería fácil enamorarse de él, pero no es lo que quiero en estos momentos. Deseo mantenerme firme en mi decisión. No quiero que ningún hombre vuelva a marcarme el camino.

Hoy llegan Clara y Víctor. Pedro y yo hemos acordado comer juntos, para explicarles con calma la situación. Mi hija no me lo va a poner fácil, lo sé. Justo cuando estoy a punto de salir por la puerta llaman al teléfono:

—Hola, cari. ¿Qué tal?

Eva es la única persona a la que le permito un diminutivo como ese. Nunca me ha gustado cuando la gente deja de llamar a los que quiere por su nombre y empieza a recopilar apodos del estilo “churri”, “vida”, “amor”, e incluso “cari”. Pero ella siempre me ha llamado así, solo dice mi nombre cuando se enfada conmigo, y sé que es imposible corregirla.

Le contesto con la voz alterada:

—Hola. ¡Lo cierto es que estoy de los nervios!. He quedado para comer con Clara, Víctor y Pedro. Ya sabes... para explicárselo.

—Sí, ya lo sabía. Por eso te llamo.

“Ah”

—Ayer hablé con Pedro, para saber cómo estaba y eso. Me lo comentó.

Mis sentimientos acaban de recibir un latigazo que suena a traición. ¿Por qué mi mejor amiga llama a mi exmarido a escondidas? Bueno, no es a escondidas porque me lo acaba de contar, pero... Decido pensarlo en otro momento, ya tengo bastante con la batalla que me espera dentro de menos de una hora. Cambio de tema:

—¿Y cómo está mi niña? ¿Ya has pensado un nombre?

—En realidad, no, pero tengo unos cuantos en mente. Oye, te llamo para decirte que la semana que viene ya estoy allí. ¿Tú cuándo te vas?

—Dentro de quince días. Coincidiremos justo para despedirnos. ¡Qué bien!

—Ok, te aviso cuando tenga el vuelo. ¡Un besito!

—Un beso.

¡Mierda!, ya voy tarde. Lo cierto es que podía haber ido avanzando mientras hablaba, pero nunca he sido capaz de hablar por teléfono y hacer otra cosa a la vez. Me quedo paralizada, como si mis piernas no respondieran. Cojo un taxi y me dirijo al aeropuerto. En poco rato podré abrazar a mis niños.

En cuanto llego, diviso la alta figura de Pedro, que ya está allí. Observo su pálida piel. Una gran sombra destaca bajo sus ojos y no me pasa inadvertido cómo su cuerpo se ha afinado, probablemente consumido por la tristeza. Inspiro con fuerza y me armo de valor. Camino con paso firme hasta donde está. Me da un beso frío en la mejilla y me sorprende a mí misma de no sentir nada al recibirlo. Su actitud es distante, resentida. Lo entiendo.

El primero en aparecer es Víctor. El avión de Clara llegará dentro de media hora. Advierto que lleva a Alma de la mano, aunque la suelta rápidamente en cuanto nos ve. Viene corriendo hacia nosotros y nos da un efusivo abrazo. Víctor siempre ha sido muy cariñoso, ya desde niño no se podía dormir si no le dabas un gran abrazo y lo inundabas de besos. Mi hija se parece más a mí: es más fría, más distante.

La media hora de espera nos pasa volando, hablando con Alma y Víctor sobre Suecia y su vida allí. De pronto se oye un grito:

—¡Papá! ¡Papá!

Clara siempre ha tenido debilidad por su padre y no se molesta en ocultarlo. Supongo que nos parecemos demasiado y eso hace que hayamos tenido siempre una relación más complicada. Conmigo todo es discutible, en cambio él ha sido siempre su protector. Se acerca y nos da un beso a cada uno.

—¡Qué guapos estáis! Cómo me alegro de que estemos toda la familia junta. Vamos a disfrutar muchísimo.

Se me cae el alma a los pies. Pedro me mira incómodo y sale al paso intentando disimular:

—Venga, vámonos. He reservado una mesa en aquel restaurante que tanto os gusta y ya veo que llegaremos tarde.

La comida resulta de lo más entretenida. Mis hijos explican un montón de anécdotas de su nueva vida. Durante el tiempo que hemos pasado juntos he observado que han crecido, se han convertido en adultos. Clara es una mujer

guapa y fuerte, ha heredado mi delgadez y altura y tiene una melena rubia y una belleza que volverá loco a más de un incauto. Víctor es prudente y tierno, físicamente se parece más a su padre, es corpulento y su pelo es oscuro, pero ha heredado mis ojos verdes. Doy gracias por tener una familia tan perfecta, y me siento mal por destrozar algo tan mágico en cuestión de minutos. Hemos demorado al máximo la conversación pendiente, pero cuando llegamos a la sobremesa me armo de valor:

—Bueno, tengo que contaros algo...

He decidido ir presentando las cosas poco a poco. Primero les explico que quiero hacer algo por la sociedad, que siempre he querido, pero ellos eran pequeños, y que me ha salido la oportunidad de irme una temporada a Brasil. Les hablo del proyecto e ignoro deliberadamente que eso implica abandonar a su padre. Ellos me miran atónitos, creen que me he vuelto loca. Tras un silencio interminable, la primera en hablar es Clara. Se dirige a su padre con una expresión de terror en los ojos:

—Pero ¿tú lo ves bien, papá?

Él me disculpa, pero su mirada es triste y seguro que a ella no le pasa inadvertida:

—Sí, claro. Será poco tiempo y ya sabéis que mamá siempre ha querido ejercer de enfermera. Allí tiene la oportunidad. Vosotros ni os enterareis. Cuando volváis en Navidad, ella ya estará aquí.

Mi hija me relata una larga lista de todos los pros y contras, sobre todo contras, que me puedo encontrar. Ella sabe lo que es estar en un país que no es el tuyo, me comenta, y no es fácil. Víctor mantiene su silencio, solo nos observa. Cuando salimos del restaurante dejo ir todo el aire que, sin ser consciente, estaba conteniendo en un largo suspiro, convenciéndome de que al final no ha ido tan mal. El primer asalto ha finalizado, ahora solo me queda mantener la compostura los cuatro días que van a estar aquí, instalándome de nuevo en mi casa y durmiendo en la misma cama que Pedro.

En cuanto llegamos a casa, Clara deja sus cosas y se marcha, tiene prisa por ver a sus amigas. Pedro se encierra en su despacho y Víctor se dedica a deshacer la maleta en su habitación. Recorro el que ha sido nuestro hogar durante tantos años y un nudo de melancolía comienza a apoderarse de mi estómago. Todo está tal y como lo dejé. Pedro no ha tocado nada, quizás esperando que en algún momento despierte de la pesadilla en la que está

inmerso por mi culpa. Entro en la cocina y, al acercarme a la nevera, diviso escuetas notas distribuidas bajo imanes de colores donde reconozco mi letra: “Comprar azúcar”, “Médico lunes”... Uno a uno voy arrancando los diminutos trozos de papel, mientras las yemas de mis dedos arden con su ínfimo contacto por sentirme tan ruin y traicionera. Las lágrimas pulsan por salir al constatar que soy la única responsable de la desdicha que él siente. Inspiro con fuerza y decido ir a hablar con mi hijo: ha estado demasiado callado durante la vuelta a casa y eso no presagia nada bueno. Me acerco a su dormitorio y llamo a la puerta preparando una gran sonrisa:

—Víctor, ¿qué tal con Alma? Ya he visto que hay algo más que amistad...

Él levanta la vista y me mira con tristeza:

—Mamá, ¿tú eres feliz?

Esa pregunta me descoloca y la sonrisa desaparece de mi cara. Noto que mis ojos empiezan a humedecerse y contesto con la voz rota:

—Sí, claro, ¿por qué me lo preguntas?

Veo su cara de inseguridad y me recuerda al adolescente que aún es:

—No sé, esa historia de la ONG... Parece que estés huyendo de papá. Si fuera solo por un tema de ayudar a los demás, hubieras buscado algo por aquí, ¿no?

¡Dios mío! ¿Cómo le explico a mi hijo que sí, que no soporto más quedarme aquí, que no quiero vivir más como hasta ahora? Pero no quiero que piense que me arrepiento de haberlos tenido, eso es seguramente lo mejor que he hecho hasta el momento. Le acaricio el pelo como si fuera solo un niño y contesto tranquilamente:

—Mira, cariño, ahora no puedes entenderlo porque eres muy joven, pero hay momentos en la vida que descubres que necesitas algo más. Ayudar a los demás es una bonita manera de aportar ese más. He escogido este proyecto porque conocen a Eva y sin experiencia era difícil que me aceptaran en cualquier otro. ¿Lo entiendes?

Y supongo que no. No lo entiende, pero hace un mohín como cuando era pequeño y me planta un sonoro beso en la cara.

—Te quiero, mamá.

—Yo también, cariño.

Y dejamos que pasen los cuatro días sin hablar más del tema. Es como un acuerdo tácito entre nosotros. Queremos disfrutar los últimos días juntos

como la familia que éramos. Todos sabemos que después de Brasil nada será igual.

Los días pasan sin darme cuenta. Nos han faltado horas para cumplir con todos las reuniones familiares, compras pendientes y recados varios. Clara y Víctor se han mostrado relajados y sonrientes, ignorando el tema de Brasil, como si la conversación jamás hubiera existido. Pedro y yo hemos mantenido una actitud distante, pero correcta, en todo momento. Estoy segura de que a mis hijos no les ha extrañado nuestra frialdad, pues ha sido la tónica habitual en los últimos años de matrimonio. Me doy cuenta de que en cuanto se vayan es cuando realmente deberé afrontar la realidad de mi situación: estoy sola por primera vez ante un futuro incierto. Mi vida vuelve a estar en el punto cero de un nuevo camino que trazar y no tengo el respaldo de unos padres que te protegen, ni de una pareja que te apoye. Mis decisiones serán solo mías y, aunque es lo que estaba reclamando mi interior, la razón me dice que no será fácil.

En el aeropuerto despido a mis hijos con una ternura que no reconocen en mí. No puedo obviar mis miedos. Ellos notan que mis abrazos duran más de lo normal:

—¿Qué te pasa, mamá? ¡Ni que no nos fueras a ver más! —se queja Clara mientras se deshace rápidamente de mis mimos.

Víctor ha estado callado todo el camino hasta el aeropuerto. Tras un abrazo silencioso e interminable, el dolor por mentirles se ha instalado definitivamente en mi corazón.

Una vez se marchan y nos quedamos solos, Pedro vuelve a adoptar la actitud fría y cortante que solo hemos mantenido durante las noches en nuestra antigua habitación. Hago un esfuerzo por intentar romper ese cristal que se ha interpuesto entre nosotros, que no nos deja ni respirar con fluidez cuando estamos juntos:

—Gracias por no decirles nada.

—Ya sabes que no lo he hecho por ti —y me lo suelta con todo el desprecio que alguien, como él, tan bueno, es capaz.

—Si necesitas algo estoy en casa de Eva. Te avisaré antes de irme.

Y nos vamos cada uno por su lado, sin mirarnos, avergonzados de haber compartido media vida y no tener nada que decirnos. Solo siento vacío.

Cuando me quedo sola decido llamar a Albert. Es la única persona que

puede animarme y, técnicamente, es mi único amigo en estos momentos. Se sorprende de mi llamada y me invita a ir a su casa a cenar. Dudo sobre si debería cambiarme. Me he puesto un vestido negro que me regalaron mis hijos, en su honor, pero llevo todo el día estirándome el dobladillo en un acto reflejo de taparme más. No estoy acostumbrada a llevar faldas tan cortas, quizás es demasiado. Miro el reloj y decido que ya no tengo tiempo de pasar por mi casa, así que iré directamente.

Cojo un taxi y antes de subir al apartamento compro una botella de vino. No tengo ni idea de vinos, siempre se encargaba Pedro de escogerlos y yo nunca me había preocupado. Hay muchas cosas que tendré que decidir yo sola a partir de ahora. Me observo en el espejo del ascensor y me arreglo el pelo, lo cierto es que me siento atractiva. ¡No, no! Intento alejar esos pensamientos de mi cabeza. No estoy buscando nada. Mi subconsciente me da unos golpecitos en la espalda: “¿Ah, no? ¿Y por eso te has puesto ese juego de ropa interior tan sugerente?”. Lo cierto es que hacía años que no me compraba un conjunto tan sexi y tan caro. Quizás deba admitir que Albert me atrae más de lo que estoy dispuesta a aceptar.

Me abre la puerta con su espectacular sonrisa y siento sus claros ojos clavándose en mí. Aferra mi mano con energía y me obliga a dar una vuelta bajo su brazo para observarme de arriba a abajo:

—¡Dios mío! ¡Estás impresionante!. ¿Quién diría que eres la misma mujer que el día que llegaste a mi despacho? Pasa, pasa. ¿Quieres una copa de vino?

Se queda mirando la botella que llevo casi sepultada entre mis brazos. Acabo de notar que estoy aterrorizada, no sé cómo debo actuar ni qué decir. Se la acerco intentando disimular el temblor de mis manos:

—Sí, toma. Lo cierto es que no tengo ni idea de vinos, pero el hombre de la tienda me ha dicho que es buenísimo.

—Ok, voy a buscar unas copas. ¡Estás en tu casa!

El apartamento es muy diáfano, tipo *loft*. Está decorado muy minimalista, lo que hace que se vea vacío. Las paredes repletas de fotografías de exóticos paisajes contrastan con los pocos muebles que se encuentran en la estancia. Me sorprende, parece más un “pisito de soltero”, dedicado a llevar a sus conquistas que un sitio para vivir. Albert me observa y, como si estuviera leyendo mis pensamientos, me aclara:

—El piso no es mío, es de mi hijo. Cuando murió mi mujer decidí vender

la casa que teníamos, me traía demasiados recuerdos... —Su voz destila una gran tristeza cuando habla de ella y me siento algo incomoda. Sus ojos me demuestran que él tampoco quiere hablar del tema así que, tendiéndome la copa de vino, finaliza rápidamente la conversación.

—Mi hijo y yo casi nunca coincidimos, siempre estamos viajando. Es un buen chico, lo conocerás en Brasil. ¿Te gusta la comida japonesa?

Me ruborizo. Nunca he comido comida japonesa. Pedro es más de cocina tradicional y no le gusta mucho probar cosas nuevas. Decido ser sincera:

—Pues no tengo ni idea, supongo que sí. Y con el hambre que tengo...

—¡Perfecto!

Coge mi mano y me lleva hasta la mesa perfectamente dispuesta. Me retira la silla y hace un ademán para que me siente, mientras la acerca a mi cuerpo noto sus dedos rozando mis brazos sutilmente. Imitando a un perfecto mayordomo inglés hace una reverencia:

—Señora, hoy tiene suerte. Voy a ser su camarero toda la noche. Lo que necesite solo tiene que pedírmelo. —Me besa la mano suavemente y noto que su contacto me provoca un pequeño hormigueo en la piel.

La cena ha sido relajada. Albert me ha explicado de qué estaba compuesto cada plato y cómo debía comerse. Hemos hablado de la fundación, de sus viajes, de mis hijos y, fuera el tema que fuera el escogido, él ha mantenido su interés en mis opiniones, como si fueran lo único que le importara en este mundo. Hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir tan apreciada. Su vida es tan distinta de lo que yo he conocido que me tiene embelesada. Es un viajero nato, las horas pasan en un suspiro escuchando miles de anécdotas divertidas sobre sus experiencias por el mundo. Mientras su boca relata historias fantásticas solo para mí, sus ojos no dejan de estudiarme con interés. Ha estado coqueteando durante toda la cena, acercándose más de lo habitual cuando me servía y observándome con esa mirada que me desnuda. Lo cierto es que estoy deseando que me bese, voy a poner todos mis sentidos en que lo haga.

Mientras me prepara una copa, me refugio en el baño. Me miro en el espejo y hablo conmigo misma:

—Venga, Ana. Lo estás deseando. De hecho estás excitada y alterada. Déjate llevar. Decido desabrocharme los dos botones del escote, dejando entrever la puntilla del sujetador, y vuelvo al salón. Me siento en el sofá y escucho la música de fondo que ha puesto. ¿Ves? Te está preparando. Albert

se acerca y me da la copa. Sus dedos rozan los míos provocando nuevas sensaciones en mi interior. Él no dice nada, yo tampoco, solo sus ojos observándome. Estoy preparada. Sé que se acercará y me besará, pero me sorprende y rodea el sofá situándose justo detrás de mí. Me mantengo inmóvil, sintiendo mi corazón palpar ruidosamente. Su mano avanza delicadamente por mi nuca, se acerca a mi hombro y se desliza por mi escote lentamente, hasta alcanzar mi pecho. Mi corazón va a mil por hora y ni los nervios que me consumen evitan que ignore la humedad que va creciendo en mi sexo.

De pronto oigo su grave voz, susurrándome:

—¿Lo quieres?

—Sí, pero. — Posa los dedos sutilmente sobre mis labios, obligándome a callar.

Yo quiero decirle que no tengo experiencia, solo con Pedro. Mis manos tiemblan cuando noto su aliento, que me acaricia el lóbulo del oído sutilmente.

—¡Shhhh! Solo quiero verte...

¡Ufff! Esa voz suena tan sensual...

Me ayuda a incorporarme y comienza a desabrochar un botón tras otro de mi vestido cuidadosamente. Noto el roce de sus dedos en mi piel, tan suaves, y su contacto eriza todos mis sentidos. Finalmente, la tela cae al suelo y me quedo en ropa interior. Instintivamente busco sus ojos, desconcertada, y veo que le gusta lo que ve. Me sonrío con esa mirada tan provocadora mientras sus dedos recorren mi cuerpo lentamente:

—Eres preciosa. Déjame que te haga sentir...

Sentir. Esa palabra que yo tanto había reclamado se me aparece como algo prohibido y sensual, y me encanta. Dejo que me desnude por completo, que sus labios besen cada rincón de mi piel y me excite al máximo con su tacto entre mis muslos. Sus movimientos son lentos y cuidadosos, arrastrando mi cuerpo a seguir sus órdenes de forma autónoma. Nos mantenemos en silencio. Únicamente el ritmo de nuestras respiraciones entrecortadas flota en la estancia. Estoy tan alterada que solo siento la necesidad de desnudarle y saborearle, impregnarme de su aroma, de su contacto. Le desabrocho la camisa con pulso trémulo, mientras él se quita los pantalones y la ropa interior. Cuando estamos completamente desnudos coge mi mano y me acompaña a su habitación, estirándome en la cama con delicadeza. Su boca

traza un camino de besos interminables por toda mi piel y siento su lengua lamiendo tenazmente cada rincón prohibido de mi cuerpo. Yo me dejo arrastrar por su ternura en silencio, tan solo puedo emitir pequeños gemidos de placer. Sus manos expertas acariciándome justo donde necesito en cada preciso momento, provocan que mi cuerpo no resista más y se arquee exponiéndose a él sin pudor. Él se acopla a mi sexo con rapidez y en un gesto rápido entra en mí. En segundos, nuestros cuerpos se unen en un vaivén perfecto, al que nos abandonamos hasta que llegamos juntos al clímax en silencio. Ohhhh, hacia tanto.

Durante unos instantes nuestros cuerpos se mantienen inmóviles y nuestras miradas se encuentran bajo la complicidad que te da haber compartido esa íntima experiencia. Él rompe el silencio mientras sus dedos recorren el perfil de mis caderas en un gesto tierno y delicado:

—¿Estás bien? Sé que no es fácil cuando tienes la costumbre de una sola persona tanto tiempo.

Me ruborizo. Realmente ese era mi miedo, pero me alegro de que me lo haya puesto tan fácil. Sonrío y le beso con suavidad, en un gesto de agradecimiento por haberme hecho sentir tan deseada y tranquila a la vez. No estoy preparada para hablar de ello, pero Albert me mira con comprensión y respeta mi silencio.

Se levanta para buscar algo de beber y admiro su fibroso cuerpo, reconociendo que realmente se conserva bien. Es delgado pero sus músculos se marcan, resultado seguramente de acudir regularmente al gimnasio. Cuando regresa de la cocina con una botella de agua y me encuentra observando su torso desnudo, alza las cejas mostrando curiosidad. Yo le sonrío con mirada pícaro.

—¿Haces deporte?

—Lo intento. Me gusta salir a correr. ¿Eso significa que te gusta lo que ves? — Y esboza una sonrisa provocadora mientras se acerca para darme un beso. Es un beso diferente a los anteriores: sus labios se abren y su lengua se enreda con la mía lamiendo, reclamando con exigencia, necesitada. Siento su pasión envolviéndome y el deseo me invade arrastrándome hasta el abandono de cualquier reticencia. Entiendo que ese beso va a implicar un segundo asalto sin remedio. Lo deseo tanto como él.

La última semana antes de partir, la paso compartiendo el piso con Eva y

su prominente barriga. Me he obligado a evitar al máximo los encuentros con Albert que, desde que se marcharon mis hijos, se han repetido varias veces. A no ser que fueran reuniones de trabajo no nos hemos visto. Mientras me estoy vistiendo para irnos de compras la oigo quejarse:

—¿Cómo pueden decir que el embarazo es lo más bonito que hay? No puedo ni moverme, ni siquiera me veo la punta de los pies. ¡Y eso que aún me queda más de un mes!

Mientras la observo buscar la postura más fácil para atarse los zapatos, me acerco a ella con una sonrisa:

—Anda, trae, ya te los ato yo. Te aseguro que cuando tengas tu niña entre tus brazos se te olvidaran todas estas tonterías.

Ella me mira con tristeza:

—Eso espero, pero tú no estarás aquí para verlo. —Haciendo una mueca de disgusto añade—: Me hubiera gustado tenerte aquí.

—¿Sabes que eso que estás haciendo es chantaje emocional?

Sus labios comienzan a esbozar una sonrisa:

—Vale. Tenía que intentarlo. ¿Tienes la lista de todo lo que necesitas?

—Que sí, pesada. ¿Estás segura de que podrás andar más de dos metros seguidos? Tengo que hacer varios recados y no quiero ir arrastrándote.

Sus cejas se alzan en señal de ofensa.

—Porque te quiero, que si no... ¡no hay quien te aguante!. Cambiando de tema, el viernes traen los muebles de la habitación de la niña. Vendrá Albert a ayudarnos a montar la cuna y he pensado que, ya que estamos, podríamos hacer una cenita de despedida, ¿no?

No quiero que Eva sepa lo mío con Albert, así que disimulo todo lo que puedo e intento responder con naturalidad, mientras me introduzco en el ascensor tras ella.

—Bueno, pero pensaba más en una despedida más íntima. Las dos solas llorando como magdalenas.

Su grave carcajada retumba entre las paredes del ascensor.

—¡Nada de lloros!. Venga, Albert es un buen amigo y así podéis acabar de esclarecer las dudas sobre el viaje que te queden por resolver.

Yo acepto resignada:

—Está bien.

Eva me mira triunfante:

—Y ya te puedes esmerar. Le he vendido que eres la mejor haciendo

tortillas de patatas. Hasta le he explicado que ganaste un premio en el concurso aquel...

—Por Dios. ¡Qué vergüenza! Ahora creerá que soy una ama de casa aburrida. Y yo que pensaba que me estabas vendiendo bien.

El viernes por la tarde nos traen los muebles a la hora acordada, mientras mi habitación parece un campo de minas. Montones de ropa, productos de aseo y otros enseres que ahora creo necesarios para mi inminente viaje, y probablemente luego no utilice, esperan desperdigados a ser ubicados en la maleta.

Llaman al timbre y decido cerrar mi habitación en un intento vago de esconder el desorden. Imagino que es el hombre de los muebles, que se ha olvidado algo. En cuanto abro la puerta, Albert me lanza una de sus increíbles sonrisas y sus ojos resiguen mi cuerpo. Recuerdo que solo voy vestida con un viejo pijama y me siento desnuda al ver cómo su mirada se posa en la fina camiseta de tirantes y el pantalón corto.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Pensé que vendrías a cenar.

—Sí, pero he acabado antes en el trabajo. He decidido acercarme a ver cómo es esa cuna que hay que montar.

Señalo una gran caja que espera apoyada en la pared del recibidor.

—Vale, la cuna está ahí, en esa caja. Mientras la desembalas voy a cambiarme.

Sus labios se curvan seductoramente.

—Por mí no lo hagas... Estás preciosa igualmente.

Mi dura mirada le obliga a callar antes de que llegue Eva. Hemos hablado esta tarde sobre la cena y le he pedido que disimule. Conozco a mi amiga, no tengo ganas de que comience a crear expectativas sobre nosotros que sé que no existen. Debemos comportarnos como lo que somos: dos simples amigos que comparten una cena.

En cuanto Eva aparece por el pasillo, desaparezco y busco entre los montones algo más decente que ponerme.

El montaje de la cuna ha sido un suplicio. Llevo más de una hora oyendo cómo Albert, con infinita paciencia, aguanta la retahíla de insultos que Eva va dejando ir sobre: los muebles premontados, las instrucciones mal detalladas y los tornillos que sobran siempre en estos casos.

Mientras ellos se pelean con el mueble yo preparo la cena y dispongo la mesa. Cuando la cuna está montada y Eva da el visto bueno, les reclamo para

cenar. Albert se sienta entre las dos y no deja de dirigirme elocuentes miraditas durante toda la velada. Intentando que desvíe su atención les pregunto:

—Y vosotros, ¿cómo os conocisteis?

Eva se adelanta:

—Ya sabes, donde hay un hombre guapo yo hecho el ojo ¡y todo lo que puedo!

Albert se queda pasmado ante la respuesta de mi amiga, que ríe viendo su reacción. Intento ayudarle.

—Eres un caso, Eva. No, en serio, no había oído nunca hablar de ti. Es extraño que jamás hayamos coincidido.

—Vale, en realidad Albert fue una de las primeras personas que entrevisté. Recuerdo que era un artículo sobre arquitectura.

Nuestro amigo interviene:

—Sí, entraste hecha un manojo de nervios y no sabías ni qué preguntas hacerme — Albert se gira hacia mí—. Era un reportaje bastante aburrido si no conoces el tema, y la vi tan perdida que le propuse irnos a tomar algo, para hablar tranquilamente.

Eva prosigue con la narración emocionada:

—Sí, imagínate. Un señor arquitecto guapísimo me invita a tomar un café y comienza a explicarme sus viajes, sus aventuras. ¡Acabamos la entrevista al cabo de cinco horas!

—Bueno, tal como lo explicas parece que solo hablé yo. Tú no te quedaste corta. Me explicaste que tu sueño era irte a la India, ¿recuerdas?

Eva responde con voz melancólica:

—Sí y al cabo de unos años lo hice.

Sonrío cuando me imagino la situación. Conozco a mi amiga. Estoy segura de que fue ella la que lo acaparó durante cinco horas avasallándole a preguntas sobre sus viajes y manipulando la entrevista. Solo alguien así tiene la capacidad de salir airosa de esa situación y conseguir mantener una amistad con un hombre que no tiene nada que ver con su mundo. Me entristece pensar que ahora que la he recuperado me obligo a separarme de ella otra vez. La voz de Albert me aleja de mis pensamientos:

— ¿Estás bien? Pareces un poco triste.

—Sí, claro. Supongo que son los nervios. Ya sabes, lo de Brasil es toda una aventura para mí.

Él sonríe recordando sus palabras:
—Sí. Ana, la chica aventurera.

4. Rumbo a la aventura

Intento dormir por enésima vez, comprobando que el diseño de los aviones no está pensado para ese fin. Mientras me revuelvo en mi asiento sin encontrar la posición acertada, cierro los ojos esperando que Morfeo se apiade de mí. Me vienen a la mente imágenes de los últimos días en Barcelona: Eva llorando desconsolada en el aeropuerto, (creo que más por la poca confianza que tiene en mí que porque tema que no vaya a volver), Víctor abrazándome y disculpando a su hermana por no poder venir a despedirme. Todos sabemos que sus prácticas en la universidad son solo una excusa; mi hija sigue siendo tan obstinada como siempre y cree que si juega la baza de la indiferencia conmigo recapacitaré, pero lo cierto es que me siento mucho más fuerte que hace un mes y realmente ilusionada por el proyecto. El tiempo lo arreglará, no debo preocuparme demasiado. Pienso en Albert y como nuestros encuentros se han ido sucediendo inevitablemente cada vez más seguidos en los últimos días. Decido que la distancia nos hará bien para tomar perspectiva, los dos sabemos que no queremos una pareja estable, pero tengo que reconocer que ya le echo de menos.

A mi lado se sienta Mara, la chica del pelo *rasta* que conocí en la entrevista. Tal como su nombre indica, aunque a ella no le gusta que la llamen por su nombre completo, es una “Maravilla”. Es educada, atenta y divertida. Me arrepiento de haberla prejuzgado tan rápido sin conocerla. Creo que seremos buenas compañeras y me alegro de no ir sola. Ella levanta su mirada, absorta desde hace horas en la máquina, y me sonrío:

—¿Que tal, Ana? ¿Quieres jugar?

—Creo que no se me dan muy bien estas cosas. Pero deberías dejarlo, llevas más de una hora.

—¡¡Sí, maaaaami!! —contesta en un tono exageradamente irónico, mostrando su mejor sonrisa.

De pronto recuerdo que no había nadie de su familia despidiéndola, así que le pregunto:

—¿Y tus padres? ¿No han venido?

Su cara se tensa y su piel adquiere un tono grisáceo, quizás inducido por el reflejo de la mesa donde apoya sus manos, pero que le da un aspecto triste, lejos del que suele mostrar. Con cierta languidez me explica que sus padres murieron hace dos años en un accidente. Vive con su abuela y su hermana:

una es mayor y la otra trabaja, por lo que no han podido despedirla. Me dice que no me preocupe, que ella está bien. Mientras afirma eso, una lágrima solitaria le resbala por la mejilla. Yo la aparto con mi dedo con delicadeza, solo como una madre puede hacerlo. La miro con ternura, la imagen de dolor que transmite me embarga totalmente. Pienso en lo injusto que es el destino para algunas personas, arrebatándoles todo lo que tienen de un zarpazo cruel. Mis padres también murieron hace poco pero yo ya he disfrutado de ellos casi cuatro décadas. Con veintidós años se es demasiado joven para afrontar esa brutal pérdida y pasar por la vida como si no te hubiera afectado. Veo a mis hijos en una situación parecida y entiendo por qué la madurez es uno de los rasgos que los diferencian de la joven que me acompaña. Las palabras fluyen de su boca con lentitud, su dulce voz me habla entre susurros:

—Lo cierto es que tampoco estaba muy unida a mis padres. Ellos no entendían por qué me hacía esto. —Sus manos señalan el *piercing* de la nariz y los tatuajes del brazo—. Y cuanto más se cabreaban, más deseaba hacerme otro. Siempre estábamos enfadados.

Yo intento que lo vea desde mi punto de vista, el de madre:

—Su reacción era normal, yo tampoco entiendo como os puede gustar ir así, y eso no se borra. Cuando seas vieja seguirás teniendo medio cuerpo tatuado y quizás no te gusta. Probablemente ellos te lo decían para protegerte, pensando en tu futuro.

Sus ojos miran fijos hacia el horizonte, rememorando con tristeza esos momentos junto a sus padres.

—Lo único que me sabe mal es que nunca llegaron a conocer que había debajo de esos tatuajes. No hicieron ningún esfuerzo por comprenderme, y los perdí sin demostrarles lo que puedo conseguir.

Una punzada de dolor me invade al oír esta afirmación. ¿Pensaran lo mismo mis hijos de mí? Probablemente sí, creerán que no me esfuerzo lo suficiente en entenderlos y verlos como seres adultos que pueden tomar sus propias decisiones en la vida. Quizás tengan razón.

Ella se aferra a mi mano, se reclina sobre mi hombro, y así lloramos las dos en silencio durante un buen rato hasta quedarnos dormidas.

Cuando llegamos a Salvador de Bahía no puedo moverme. Añojo mi cuerpo de hace veinte años, que en estos momentos acompañaría a Mara saltando de un sitio a otro en décimas de segundo. Tengo el deseo de una ducha caliente hasta el preciso momento que salimos del aeropuerto y una ola

intensa de calor nos abofetea. En el exterior, el ambiente es asfixiante debido a la humedad, así que empezamos a despojarnos de la ropa que llevábamos en el viaje (no sé por qué siempre tiene que hacer tanto frío en los aviones), mientras arrastramos nuestras maletas hasta un Dios brasileño que alza en su mano un cartel con el nombre de la fundación. Es un moreno corpulento, debe medir metro noventa y su blanca dentadura destaca sobre la piel oscura. Las dos nos miramos con sonrisa pícaro y aún alcanzo a susurrar:

—¡Creo que este sitio me va a gustar!

El dios brasileño nos lleva hasta una furgoneta destartada pintada con imágenes muy coloridas de niños y el lema de la ONG. Nos apretamos los tres en los asientos delanteros y arrancamos rumbo al que será nuestro nuevo hogar.

Mara y yo estamos emocionadas, aunque cada una transmite su estado de espíritu como bien sabe o puede. Yo me mantengo en silencio mientras ella y Marcelo, que así se llama nuestro guía, entablan una larga conversación en la que mezclan español y portugués sobre el país, el clima, la fundación y todos los temas que pueden caber en tres horas de viaje por las carreteras más auténticas que jamás haya visto.

Mis ojos se mantienen atrapados en la ventanilla como si fuera un imán, intentando conservar cada pequeño detalle que descubro eternamente en mi retina. Todo me maravilla: la luz, los colores, los aromas... Las angostas carreteras atraviesan pequeños poblados donde la gente se adueña de las calles y nos saluda con una alegría totalmente innata. La vieja furgoneta nos sacude arriba y abajo cada vez que se introduce en algún agujero de la ajada calzada, que da la impresión de estar abandonada hace años en medio de un paisaje selvático. Las líneas de circulación están desgastadas de tanto uso y el asfalto ha dejado de cubrir gran parte de la vía. Humildes casas construidas con simples bovedillas grises se arremolinan a nuestro paso formando diminutos pueblos sin ningún orden evidente. Aun así, la gente que los habita nos dedica sin excepción espontáneas sonrisas y miradas de esperanza. La vegetación que nos rodea está compuesta de frondosos arbustos de un verde intenso salpicados, en algunos tramos, por altas palmeras que resurgen sobre una tierra rojiza. Sobre nosotros se despliega un gran cielo azul, donde espesas nubes blancas parecen perseguirnos a nuestro paso. Mi primer contacto con Brasil me inunda de un sentimiento de felicidad, de plenitud, al observar la naturaleza en estado puro y la calidez de sus gentes.

En cuanto nos alejamos de la carretera principal el paisaje se vuelve más agreste y exótico. La vegetación aumenta, cubriendo completamente los arcones e incluso invadiendo el camino. Los núcleos habitados se suceden mucho más espaciados en el tiempo. Nuestro guía nos explica que, a pesar de ser el quinto país más populoso del mundo, Brasil presenta uno de los más bajos índices de densidad poblacional. La mayor parte de su población se concentra en la costa. A medida que te introduces en el interior, te encuentras con grandes zonas absolutamente despobladas.

Tras varias horas de viaje, la camioneta se introduce en una pista de tierra. Marcelo nos anuncia que es el camino de entrada a la fundación. Al fondo, asoman unas cabañas viejas de madera y una gran construcción de piedra pintada de colores. Los edificios se encuentran dispuestos formando un círculo alrededor de un solar polvoriento, donde un montón de niños juegan bulliciosamente ajenos a nuestra presencia.

Estacionamos delante de una de las casetas de madera. Mientras Marcelo va en busca de la directora del centro, Mara y yo empezamos a descargar la furgoneta. La parte de atrás está repleta de comida, medicina y otros enseres. En la fundación esperan ansiosos nuestra llegada y probablemente el motivo tenga más que ver con todo el material que nos acompaña desde Barcelona que por nuestra presencia.

Junto al grupo de niños se encuentran varios jóvenes voluntarios que ahora nos observan con curiosidad descarada. Entre ellos destaca un chico alto y atractivo que me mira de un modo desafiante. Es moreno, fuerte, y tiene unos rasgados ojos azules que me atraviesan completamente. Lleva una camiseta sin mangas que deja apreciar un pequeño tatuaje en el brazo y un pantalón corto vaquero, desgastado y roto. La fina barba desarreglada y el pelo, algo largo y alborotado, aumenta su aspecto indómito. Al instante deduzco que debe ser el hijo de Albert. No tienen un gran parecido, aunque los ojos resultan igual de penetrantes, pero mucho más oscuros. Al contrario de la calidez y empatía que emana su padre, es tosco y algo salvaje. Lo cierto es que me intimida. Su intensa mirada no cesa de incomodarme, hasta que se encuentra a una corta distancia y, manteniendo esa aura de misterio, nos da la bienvenida. Nos saluda con un fuerte apretón de manos, sonriendo levemente y provocando que un diminuto hoyuelo se dibuje en su cuadrada barbilla.

—Supongo que sois Mara y Ana. Bienvenidas. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Tranquilo? Yo soy Alex.

Su mirada inquisidora se mantiene sobre mí mientras se presenta sin transmitir ninguna clase de emoción en su voz. El gesto serio que nos dedica, tras la breve sonrisa inicial, devuelve a su posición unos labios carnosos y perfilados. Imagino que Albert le ha puesto al día de nuestras intimidades y por lo que parece no acabo de ser el perfil que quizás esperaba. No me apetece nada hablar con un hijo celoso de las conquistas de su padre. Lo cierto es que creí que sería más parecido a él: más locuaz, más alegre. Aunque pensándolo bien mis hijos no se parecen en nada a mí. ¿Por qué debería ser diferente en este caso? Está claro que solo lo deseaba por mi propia tranquilidad, para sentir que aún me queda algún nexo de unión con mi antigua vida que me de consuelo cuando me asalten las dudas. Pero está claro que no va a ser él.

La directora aparece como un remolino que se abre paso. Es una mujer brasileña muy corpulenta y desgarrada que al llegar me abraza tan efusivamente que entrecorta mi respiración. Habla en portugués, tan rápido que me cuesta entenderla. En minutos nos ha mostrado la fundación, nos ha presentado a los otros voluntarios y nos ha conducido hasta una de las casas de madera donde Mara y yo compartiremos estancia. Y todo ello sin parar de interrumpir nuestra conversación para pararse a hacer un arrumaco a un niño, llamarle la atención a otro o atarle los zapatos a un tercero. Luciana, que así se llama, irradia afecto por todos sus poros.

Cuando finaliza el recorrido, nos deja en nuestra habitación para que podamos deshacer la maleta y darnos una ducha rápida. Mi mirada recorre el lugar donde voy a estar los próximos días: es extremadamente sencillo y un punto deprimente. Dos camas de madera cubiertas por sábanas amarillentas de tanto uso presiden la estancia. Solo las acompañan unos estantes para la ropa igual de desvencijados y una sencilla mesita de noche. El baño es pequeño. Observo un desagüe en un rincón del suelo rodeado por una cortina descolorida y rasgada. No hay plato de ducha donde se recoja el agua, por lo que imagino que se inundará todo cada vez que la usemos. El olor a desinfectante me abofetea en cuanto me acerco al inodoro. La directora ya me advirtió que era sencillo pero que ella se había encargado de que estuviera limpio con sus propias manos. El agua caliente solo funciona una hora al día por la tarde. Por suerte vengo acalorada del viaje y eso no será un impedimento para que disfrute de esa ducha que llevo horas deseando.

Mientras el agua helada me recorre la espalda pienso en Luciana. Veo a

una mujer fuerte, luchadora por naturaleza. Debe tener unos sesenta años y a pesar de su carácter abierto y divertido sus ojos arrastran una sombra de tristeza. Su vida ha sido difícil, tanto que ha decidido dedicar la vida a los demás para que no pasen por lo mismo que ella, para que sean felices. Albert me explicó cómo llegó hasta la fundación y cómo su vida había sido un cúmulo de desgracias sin remedio.

Luciana fue una “niña de la calle”. Vivía con su madre en las calles de Río, durmiendo donde podían y comiendo lo que encontraban. Un día, con solo seis años, su madre fue en busca de algo de comida. Luciana esperó y esperó hasta que lo irremediable se hizo evidente y comprendió que estaba sola. Nunca más supo de ella. Los años siguientes fueron una tortura para la niña: desnutrida, violada, maltratada y todo lo que mi cerebro de mujer protegida y aposentada es incapaz de imaginar y aceptar. Finalmente fue recogida por unas monjas que tenían un pequeño orfanato cerca de Río y allí creció y entendió que podía cambiar el rumbo de la vida de muchos niños, tal como hicieron con ella. Jamás se casó ni tuvo hijos. Se dedicó en cuerpo y alma a todo aquel que la necesitara.

Solo cruzar nuestras miradas supe que sería un gran apoyo en mi estancia en este país desconocido. Lo que no sabía era que en un futuro no muy lejano iba a salvarme la vida.

5. Rumbo al deseo

Llevo ya unas semanas en la fundación. El trabajo intenso y todo lo que estoy aprendiendo hacen que pasen los días demasiado rápido. He conectado fácilmente con los niños, que ya me llaman por mi nombre y me buscan para jugar. Mara es una buena compañera. A pesar del poco tiempo que hace que nos conocemos y de la diferencia de edad, siento que estamos creando una conexión importante: la base de una buena amistad. Sentir la soledad a miles de kilómetros de tu hogar provoca que los lazos entre las personas arraiguen con fuerza y se vuelvan sólidos a una velocidad inusual. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría viviendo con gente desconocida, en un sitio como este y entablando amistad con una veinteañera llena de tatuajes creería que estaba loco. Pero lo mejor es que me siento feliz y satisfecha.

En el recinto no hay cobertura, así que debo llegar hasta la unión de la pista con la carretera principal para poder llamar. El cruce se encuentra a un kilómetro de la verja de la entrada, para llegar debo reseguir un camino desértico y polvoriento. Salgo del recinto atravesando una pequeña puerta que da acceso al exterior, justo en el lateral de la alta valla de metal. En cuanto salgo, me cruzo con un elegante coche negro que lleva las lunas tintadas. Intento descifrar quién ocupa su interior, pero tan solo veo al conductor vestido con un formal traje. Parece el protagonista de una película de suspense. Nuestras miradas se cruzan en cuanto pasa por mi lado, provocándome un leve desasosiego.

Decido que hoy voy a llamar a mis hijos. Les envié un mensaje desde el aeropuerto pero no quiero que estén preocupados. Tienen el contacto de Albert y sé que si surgiera cualquier problema él me localizaría, pero necesito hablar con ellos, los echo tanto de menos.

Mientras camino la distancia que separa el edificio del cruce veo que se acerca la furgoneta destartalada de Marcelo y se para a mi lado. El ruido del motor casi no deja que nos oigamos, así que sonriendo grita:

—*Boa tarde, senhorita Loira. Como vai?*

Entre los voluntarios existe toda una colección de apodos que juegan con la imagen que transmite cada uno y la que en realidad quiere transmitir. Luciana me explicó que me habían adjudicado dos en concreto, el que me había llamado Marcelo que significaba “Señorita Rubia” y el que me

llamaban a mis espaldas: “Señorita Tristeza”. Supongo que este se debe a que no puedo evitar cierta nostalgia al ver a los chicos que me recuerdan tanto a mis hijos. No me relaciono mucho con ellos y me retiro pronto a dormir después de cenar. Me siento fuera de lugar con aquella juventud y, aunque resultan divertidos sé dónde debo mantenerme en todo momento y quién soy, por no hablar de mi testaruda timidez.

Mientras le informo de mi intención de encontrar cobertura observo unos ojos asustados que me estudian desde el asiento trasero del vehículo. Es una niña de unos 5 o 6 años. Marcelo me explica que la han encontrado por las calles de la ciudad y al no localizar a ningún familiar han decidido traerla a la Fundación. Lleva varias horas en el hospital y no ha dicho ni una palabra.

Sonrío y ella no me devuelve el gesto, solo acierta a abrir un poco más sus ojos color azabache. Desprende tanto miedo. ¿Qué le habrán hecho a esta pobre criatura?. Siento tanta rabia en mi interior que solo pienso en abrazarla, pero Marcelo me advierte que no se deja tocar y que aún hay mucho trabajo por hacer hasta que se sienta segura. Ella lo mira con desconfianza. Cuando el motor arranca y la furgoneta avanza ante mí, gira su pequeña cabeza, con su mata de pelo enmarañado, persiguiéndome hasta que nuestros ojos pierden el contacto.

Esa mirada ha hecho que todo en mí se resquebraje. Estaba feliz, con ganas de hablar con mis hijos y explicarles mi vida aquí, pero ahora solo siento tristeza. “*Miss Triste*”, esa soy yo.

Miro hacia el cruce y observo que quedan unos metros hasta mi destino, así que decido ir y hacer esas llamadas. La primera será para Eva, seguro que su risa me contamina. Ella me contesta con su tono alegre habitual:

—¿Hola?¿Eres tú, Ana?

—Hola, Eva. ¿Cómo está mi gordita preferida? ¿Todo bien?

—¡Ana, no puedo creerlo! ¿No te ha avisado Albert? Tuve la niña hace tres días. Se ve que no podía aguantar más sin ver a la loca de su madre.

Me siento fatal. La culpa me invade y solo intento descifrar por qué Albert no me avisó.

—Lo siento, cariño, me sabe tan mal no haberte llamado. Es que no hay cobertura y tengo que caminar un kilómetro para poder llamar, y... —ya estoy llorando otra vez. Solo pensar en ella sola en la sala de partos se me encoge el corazón—. Eva, ¿cómo fue el parto?¿Estuvo alguien contigo,no? ¿La niña está bien?

—Sí, bueno, todo bien. Ya te contaré, pero que sepas que tienes una ahijada que le va a robar el corazón a más de uno. —Su voz cambia y se torna esquiva, así que decido no insistir más en el tema. Entiendo que no habrá sido fácil estar sola en un momento así.

—Oye, tengo que colgar. Aún quiero llamar a mis hijos y a Albert.

—UY, uy,uy. Veo que mi amigo ya ha ejercido sus dotes de persuasión en ti.

—Eva, no es lo que crees, solo somos amigos. Quiero darle las gracias por cómo me tratan aquí.

Tras colgar llamo a mis hijos y dejo a Albert para el final. Sé que es el único que puede quitarme la tristeza que me van a provocar el interrogatorio imperturbable de Clara y la melancolía de Víctor.

El camino de vuelta se me hace interminable. Todas las conversaciones han sido extrañas. Parecía que Eva me estaba ocultando algo y Clara ha sido especialmente dura conmigo. Mientras voy andando, las palabras de mi hija retumban en mi cabeza una y otra vez.

—Mama, ayer hablé con papa y está muy triste. Seguro que se siente muy solo: tu allí y nosotros estudiando fuera. ¿Cómo puedes estar ahí tan tranquila?

—Clara, papa y yo ya lo hablamos. Tiene a los abuelos y ahora está Eva. ¿Crees que yo no me siento sola?

—Pues no sé, mamá. Tengo la sensación que el que lo está pasando peor es él. Sinceramente creo que estás siendo muy egoísta. Si lo que querías era ayudar al prójimo, ¿no podías ayudar a gente en Barcelona? ¿Tenías que irte a la otra punta del mundo?

—Hija, no me lo pongas más difícil. Solo te pido que confíes en mí, que lo intentes entender, aunque sea solo un poquito...

—Lo siento, mama. Lo cierto es que soy incapaz de entender nada. ¿Y qué quieres que le diga a la gente?. —Su tono se vuelve irónico—. No sé, será la crisis de los cuarenta. Ya sabes, necesitaba reencontrarse. Pensarán que te has vuelto loca.

—Cariño, siento que no lo entiendas, pero...

—Mama, tengo que colgar... Ya hablamos, ¿vale?

—Sí, claro. Cuando tú quieras. ¡Pero no olvides que te quiero!

Mi última frase queda flotando en algún lugar del espacio sin ser escuchada por Clara que ya ha colgado. Albert, aunque ha sido tan cariñoso y

locuaz como siempre, me ha sorprendido con su declaración: me ha confirmado que habló con su hijo y le pidió que me diera el mensaje sobre el parto. ¿Por qué no lo ha hecho? Este chico es realmente insufrible. No ha cruzado más de diez palabras conmigo desde que llegué y casi mejor que no lo hubiera hecho, aunque siempre siento su mirada vigilante, esperando a que cometa algún fallo. Parece que me evita y solo se dirige a mí para dejarme en evidencia delante del resto. Sinceramente creo que no me lo merezco. Tengo que solucionarlo antes de que venga su padre, no quiero que piense que no nos soportamos.

Sin darme cuenta acelero mis pasos hacia el edificio principal, los rayos de sol me queman los brazos desnudos bajo unos finísimos tirantes. Noto las gotas de sudor deslizándose por mi cuerpo y el contacto del tejido de la camiseta, cada vez más húmedo, pegándose a mi piel. Mi cabeza no deja de darle vueltas a las conversaciones mantenidas y esa sensación de desesperanza que me han transmitido hace crecer en mí un sentimiento de rabia e impotencia.

Al traspasar de vuelta la estrecha puerta de acceso, diviso a Luciana caminando junto a los dos hombres que me he cruzado hace un rato. Su rostro muestra cierta incomodidad mientras les da todo tipo de explicaciones sobre la fundación y su funcionamiento. Durante unos instantes la observo, dudando sobre si debería presentarme, pero finalmente decido acelerar mis pasos hasta el edificio principal. Entro en la sala de reuniones, donde Alex está dando instrucciones a varios monitores sobre las actividades del día siguiente. En cuanto me ve, alza sus ojos color zafiro hacia mí. Noto como su mirada estudia mi cara y se desliza lentamente sobre mi ropa que sigue adherida a mi cuerpo. Esos ojos implacables se mantienen en mí mientras continúa hablando con los chicos. Siento un cúmulo de sensaciones que no puedo discernir con claridad: estoy enojada y rabiosa, dispuesta a hacerle frente en cuanto termine la reunión; y a la vez me siento ofendida por la mirada lasciva que no se ha molestado en disimular. Sin venir a cuento, me reprende con autoridad:

—La reunión era hace media hora. Entiendo que tenías algo mucho más importante que hacer.

¡Ohhhh, ahora sí que no me voy a reprimir! ¡Es realmente odioso! Le contestó con el mismo tono desagradable:

—Pues sí, he tenido que ir hasta la carretera para enterarme de algo que

se supone debías haberme explicado tú. Para mí era importante, pero a ti que más te da, ¿no? Te crees que eres mejor que nadie porque tu padre te ha puesto de responsable y que lo sabes todo de mí, ¡pero solo eres un niño malcriado!

Un silencio incómodo se apodera de la sala. Todos bajan la vista al suelo excepto Alex, que me reta con la mirada. Siento cómo su mandíbula se tensa y una vena se marca más de lo deseable en su ancho cuello. Se sienta en el borde de la mesa cruzando sus fuertes brazos e intentando mantener la calma responde:

—Creo que la reunión ha terminado. Podéis iros. La “Señorita Triste” y yo tenemos una conversación pendiente.

No comprendo cómo puede ser tan altivo y prepotente. Si no conociera a su padre diría que es imposible que sea hijo suyo. Le observo en silencio mientras los chicos van abandonando sus asientos lentamente. Se le ve tranquilo, seguro de sí mismo. La indignación que siento se entremezcla con vergüenza al ver cómo clava sus pupilas en mi cuerpo esbozando una media sonrisa de superioridad. Cree que me ha vencido, pero si algo tengo claro es que esta vez yo voy a tener la última palabra. Lentamente se acerca a mí consiguiendo que su altura y su fortaleza me hagan sentir cada vez más insignificante. A medida que nuestra distancia disminuye, de igual manera lo hace mi ofensa. Un temblor en mi vientre aparece al sentir su cercanía. Su varonil aroma me envuelve y con cada recorrido de sus ojos sobre mi contorno consigue que se me erice la piel sin remedio, como si de una lenta caricia se tratara. No entiendo por qué mi cuerpo reacciona contra mí, cuando tendría que estar revelándose ante tal acoso.

Cuando ya solo nos separan escasos centímetros, doy marcha atrás hasta quedar atrapada entre su esbelto cuerpo y la pared. A pesar de mi estatura, mi cara está a la altura de su barbilla, donde mantengo la mirada fija para evitar cruzarme con sus inquietantes ojos. Levanta su mano y me acaricia el rostro con suavidad susurrándome al oído con la voz más ronca y sensual que haya oído nunca:

—¿De verdad quieres saber por qué llevo una semana prohibiéndome hablar contigo?

¿Prohibiéndose hablar conmigo? ¿Por qué narices tendría que hacer eso? Él continúa hablando mientras me acaricia con extrema lentitud.

—Sabía que si te tenía más cerca de lo que me convenía no podría evitar

besarte.

¡Ah!

Mi cerebro no alcanza a dar la señal correcta. Estoy confusa y muy, muy excitada. Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado que podrían alterar mi pulso de esa manera con una mirada y cuatro palabras. Intento mantener la compostura y levanto mis hombros en un intento de transmitir confianza. Dirijo mi mirada gélida directamente a la suya mientras afirmo:

—No entiendo qué quieres decir. Pensaba que me odiabas.

Sus manos se deslizan suavemente sobre mis brazos y provocan un sinfín de escalofríos a su paso hasta alcanzar mis muñecas. Mientras me sorprende agarrándolas con fuerza, sus labios se acercan y siento cómo su lengua humedece los míos. Intento alejarme de él, pero en cuanto siente mi rebeldía se introduce en mi boca apasionadamente. Aún me resisto unos segundos hasta que, sin saber cómo, me encuentro devolviéndole el gesto y dejándome ir explorando cada rincón de su boca impunemente. Es un beso lleno de deseo descontrolado, nuestras bocas se enredan en una espiral de pasión que se transmite por mi piel con una intensidad desbocada. Nuestras lenguas se saborean salvajemente provocando descargas de pasión en cada punto nervioso de mi cuerpo. Jamás pensé que un solo beso podría provocar tal fuego en mi interior. Justo en el momento que sus brazos ceden la presión y los míos abrazan su nuca ansiosos por mantener esa sensación el mayor tiempo posible, sus labios me abandonan. Apoya su frente sobre la mía en un gesto de resignación, mientras nuestros corazones intentan relajar el ritmo acelerado en pocos segundos. Su voz jadeante susurra:

—Sabía que si me acercaba demasiado no podría evitar que esto sucediera. Y tú también lo sabías. Hay química entre nosotros, lo noté la primera vez que me miraste.

Intento mantener la calma. Mi pecho se mueve siguiendo el vaivén descontrolado de mi corazón. Mi voz suena aguda y nada convincente:

—Yo no quería que esto pasara, de hecho no me caes bien.

Levanta la cabeza y me mira con una sonrisa sugerente. Se le ve triunfante, seguro de sí mismo y tremendamente sexi:

—Pues nadie lo diría. Juraría que no te caía tan mal hace un momento.

—Mira, lo mejor es olvidarlo. Somos dos personas adultas y... ¡Por Dios, tengo diez años más que tú! Simplemente me has sorprendido, pero no volverá a pasar.

Delicadamente, sube el tirante de la camiseta que se ha deslizado dejando mi hombro desnudo, sin que su mirada abandone mi boca. No puedo evitar un escalofrío al notar su tacto sobre mi excitada piel, lo cual le provoca una nueva sonrisa:

—Si no quieres aceptarlo, allá tú, ya eres mayorcita. ¡Pero mantente alejada de mí o no responderé de mis actos! —Y me espeta un beso corto en los labios antes de desaparecer por la puerta sin más.

Inconscientemente salgo de allí con una sonrisa plasmada en los labios. Cuando llego a mi habitación Mara me espera intranquila:

—Ana, ¿qué ha pasado? Vaya tensión había en el ambiente. ¡Por Dios!

Yo la miro intentando parecer sosegada, aunque aún no he conseguido recuperarme de lo que ha pasado tan solo hace unos minutos. Todavía siento su roce, su sabor, su caricia en mi piel y el estómago se me encoge como nunca lo había hecho. Con voz calmada le quito importancia al asunto:

—Nada, Alex es un niño prepotente. Una vez solos hemos tenido una conversación tranquila y hemos aclarado un par de cosas. Nada más.

Mara sonríe, sus inteligentes ojos no se han perdido detalle de nuestra peculiar conversación. No puede evitar decir:

—Pues, tal y como estudiaba tu cuerpo, yo diría que si algo no quería era hablar. ¡Pero si tú lo dices yo me lo creo! —Deja a un lado su sonrisa inicial y su tono se vuelve más serio—. Estoy de acuerdo en lo de que es bastante prepotente. Tiene a todas las chicas que se mueren por sus huesos, tú eres demasiado mujer para él. A ti te veo más, no sé, con alguien como su padre.

Mientras ella habla yo me voy desvistiendo con la intención de tomar una ducha helada (sabe Dios que la necesito). No puedo evitar mirar su sonrisa pícaro y decido no contestar. Ella no sabe nada de lo que pasó con Albert, aunque lo puede intuir por cómo me trataba este los últimos días antes de marchar. Decido que prefiero que siga así, de momento.

Entro en el baño y me observo desnuda. Aunque me conservo bien, mi piel ya no es lo tersa que fue. Mis pechos no son grandes, lo que ha permitido que la gravedad no los maltrate tanto como para no ser apetecibles, pero mis curvas ya no son perfectas como lo habían sido. La edad no perdona y no soy una gran amante de los deportes precisamente, lo que ayuda a mantener cierta flacidez en mi cuerpo sin corregir desde hace años. Recuerdo el torso perfecto de Alex con sus abdominales marcándose a través de la ropa, sus

brazos fuertes y su pelo alborotado que le cae sobre los ojos. ¿Por qué querría alguien como él besarme a mí? Está claro que puede tener a la chica que desee. Quizás es un reto, siente una atracción morbosa al saber que he estado con su padre y quiere demostrarle algo. Los hombres hacen esas cosas, ¿no?

A medida que el agua helada me devuelve al mundo real, lejos de la excitación y la inquietud que sentía hace unos momentos, me doy cuenta de mi error. Debo alejarme de ese chico, seguramente él solo está jugando y si una cosa tengo claro es que quiero vivir mi vida, sin hombres que influyan en mis decisiones. Si algo valoro de Albert es que tiene la madurez suficiente para entenderlo y por eso le adoro.

Salgo de la ducha y Mara se ha marchado, así que me visto y me dirijo a la sala de actividades que se encuentra en el edificio principal. Estoy intrigada por la niñita que vi llegar: se veía tan asustada y frágil... Una vez allí observo a Luciana que está organizando un juego y todos los niños participan alterados y sonrientes. Las carcajadas y gritos llenan toda la estancia, se les ve felices. Al fondo veo a la pequeña sentada en una silla, sus ojos miran al suelo y a su lado se encuentra Mara, que intenta en vano comunicarse con ella. Me acerco sigilosamente y veo la cara de resignación de mi compañera:

—Nada, no hay manera. No quiere jugar, ni comer. Ni siquiera han conseguido convencerla para darle una ducha, al final tendremos que llevarla a la fuerza.

Yo miro a la niña y hablo en portugués para que me entienda:

—No haremos nada que ella no quiera. Tranquila, yo tampoco tengo ganas de jugar, me quedaré aquí sentada un rato.

Me siento a su lado sin mirarla y noto cómo sus ojos me observan de reojo, distantes. Estamos un buen rato quietas, ignorándonos, hasta que Luciana pone fin a la hora de juegos y con un grito ensordecedor insta a los niños a ir a la ducha. Todos se dirigen hacia allí entre empujones y risas. La niña solo les observa, en silencio. Cuando nos quedamos solas me acerco a ella:

—Yo me llamo Ana. ¿Y tú?

Silencio. Sus negros ojos son tan grandes que parece que en cualquier momento van a escapar de su bonita cara. Vuelvo a intentarlo:

—No hace falta que me hables, si no quieres, pero me puedes hacer compañía. Yo también estoy aquí sola y muchas veces me siento muy triste.

Nos quedaremos aquí juntas en silencio, luego iré a ducharme. Me puedes acompañar si quieres.

En ese momento Luciana se acerca, se queda dudando al vernos allí, y finalmente nos informa de que tiene la intención de llevarla a la zona de aseo. Prueba a asirle la mano pero la niña la retira y empieza a gritar y a llorar desesperadamente. En cuanto intentan desvestirla, su pequeño cuerpo se revuelve sobre sí mismo como si estuviera poseída por el demonio, lanzando golpes y patadas a todo el que intenta sujetarla. Sus gritos son desgarradores, está atemorizada como nunca había visto a nadie. Yo quiero acercarme y abrazarla, y decirle que confíe en mí, que jamás permitiré que nadie le haga daño, pero está fuera de sí. Sus ojos me buscan y veo en ellos una súplica para que la salve. Al momento reacciono gritando:

—¡Quietos! Vamos a dejar que se calme y luego lo intento.

Luciana está muy alterada, parece como si la actitud de esta niña la haya transportado hasta algún lugar remoto de su mente que no quiere recordar. Está pálida y sus manos tiemblan. Yo intervengo:

—Luciana, no te preocupes, yo me encargo. Iros todos, por favor.

Me dirijo a ella de la manera más dulce que sé:

—Cariño, no te va a pasar nada. Si no quieres quitarte la ropa podemos ducharnos con ella.

Me introduzco bajo el chorro caliente de una de las duchas totalmente vestida, manteniendo una gran sonrisa. La niña abre atónita sus negros ojos y aprovecho su desconcierto para cogerle la mano con suavidad y preguntarle:

—¿Vienes?

En silencio se acerca y se sitúa a mi lado. El agua empieza a recorrer su cara y pequeños chorros ennegrecidos desfilan por su piel. A saber cuántos días lleva sin bañarse. Lentamente enjabono mi pelo y le ofrezco mis manos para hacer lo mismo con el suyo. Inexplicablemente, ella se da la vuelta y me ofrece su mata rizada para que proceda. Luciana nos observa inmóvil con la boca abierta, sus ojos se humedecen de emoción. Finalmente, decido dar un paso más y despojarme de mi ropa lentamente para acceder a cada rincón de mi piel. Espero su reacción con cautela. Ella me observa y, aunque duda, empieza a desvestirse con rapidez. Le ofrezco una pequeña cantidad de jabón y se lo restriega por su pequeño cuerpo lleno de marcas y cortes. Un gran moratón preside su espalda. Casi no puedo mirarla sin sentir mi corazón hecho un puño. ¿Cómo le pueden haber hecho algo así? Intento disimular mi

estupor ante la barbarie que debe haber sufrido y sonrío satisfecha por haber conseguido un pequeño gran paso. Ella no sonrío pero cierra los ojos y su cara, por un momento, transmite tranquilidad.

La directora nos trae toallas y ropa limpia para ella. Se lo ofrece y la niña lo recoge en un gesto rápido, desconfiado. Se seca y se viste sola sin necesidad de ayuda, y a mi mente se asoma el recuerdo de mis hijos cuando tendrían más o menos su edad. El baño era su momento preferido y estaban horas reclamando mi ayuda para vestirse, para peinarse, solo para competir por mis atenciones hacia ellos.

Observo su pelo y, aunque ahora limpio, sigue siendo una maraña de enredos. No creo que pueda peinárselo, tiene un rizo tan pequeño que solo alguien como Luciana, una mulata con un pelo afro increíble, puede dominar. Ofrezco el cepillo a la directora y le pido que nos peine. Empieza conmigo. Con suavidad me recoge la lacia melena en dos trenzas, luego se dirige a la niña y con sumo cuidado realiza la misma operación. Ella se deja hacer manteniendo su mano firme en la mía. Cuando ya está completamente peinada y limpia me dirijo a ella para que me suelte:

—Ahora, debes ir a cenar. Yo tengo que vestirme, pero luego vengo. ¿De acuerdo?

Aunque no contesta puedo sentir cómo aumenta la presión de su mano sobre la mía, lo que indica que no asiente a mi petición.

—De acuerdo, Luciana, ella me acompaña a vestirme y luego vendremos a cenar. ¿Te parece bien?

Luciana mira sus pequeños nudillos totalmente blancos a causa de la fuerza que ejercen sobre mi mano. Luego me mira a los ojos con ternura mientras asiente:

—Está bien, pero me prometéis qué vais a comer algo cuando volváis.

—¡Eso está hecho!

Y cruzo el campo de tierra que separa el edificio de las duchas de mi cabaña totalmente descalza, aguantando la toalla que cubre a duras penas mi cuerpo desnudo con una mano, y con la otra secuestrada por cinco infantiles dedos. Cuando quedan solo unos pasos para llegar a mi habitación siento una presencia que me observa, levanto la vista y allí está Alex. Sorprendentemente, una sonrisa sincera ilumina su cara. Su voz grave resuena en la noche:

—*Boa noite, Miss Loira.*

Yo le miro y sonrió en silencio, mientras su intensa mirada me acompaña hasta el interior de la habitación.

Me visto y acompaño a la niña al comedor. Le pido al cocinero que me ponga un plato y me siento junto a ella. Normalmente los monitores no comparten comida con los niños; ellos comen primero y luego lo hacemos nosotros, por turnos. El resto de niños me estudian con curiosidad mientras voy saboreando cada cucharada como si fuera el mejor manjar que podía encontrar jamás. Exagero mi cara de placer y sonrió ampliamente.

La pequeña coge la cuchara y prueba la comida. Sin darse cuenta empieza a acelerar el ritmo de sus bocados y termina el plato en pocos minutos. Debía estar famélica. Me siento realmente satisfecha y no por la cena que acabo de saborear. Un rayo ínfimo de felicidad ha asomado durante unos segundos en la menuda cara que me acompaña y ese gesto no voy a olvidarlo mientras viva.

Tras la cena, nos dirigimos hasta el dormitorio de las niñas. La habitación es grande y espaciosa. Varias literas de metal se disponen formando dos filas exactamente iguales. Mis compañeras han decorado su cama con un gran cartel con motivos infantiles en el que pone: "Bem—vinda Wenda". Me giro interrogando a Luciana con la mirada. Ella asiente:

—Cuando la encontraron llevaba una pulsera con ese nombre. Significa "Joven luchadora". No sabemos si es su nombre, pero creo que le queda perfecto.

—Wenda me parece un nombre precioso.

Introduzco su pequeño cuerpo maltratado en el interior de las sabanas y la arropo tal y como lo hacía años pasados con mis propios hijos. Ella me mira con angustia, su mano sigue aferrada a mí como si de un seguro de vida se tratara.

—Wenda, ¿quieres que me quede contigo hasta que te duermas?

Ella no contesta, pero la presión de sus dedos disminuye, lo que interpreto como un sí. Sus pequeñas manos se acercan a mi rostro y lentamente resigue con sus dedos mis rasgos. Como si temiera olvidar mi rostro su dedo resigue mis cejas, mis ojos, desciende por el óvulo de mi cara hasta encontrar mis labios que le dedican instintivamente un suave beso. Cuando lo recibe, cierra los ojos. Aproximo una silla y me siento a su lado acariciando su pelo con suavidad y tarareando una nana que he rescatado de entre mis recuerdos. Cuando todos los niños están ya en sus respectivas camas, las luces se apagan

y, a pesar de que sus ojos están cerrados, siento la tensión en su pequeño cuerpo al sentir la oscuridad. Yo continuo a su lado transmitiéndole toda la dulzura de la que soy capaz. Acercó mi dedo a su rostro y resigo sus pequeñas facciones imitándola. Cuando mis dedos se posan en sus temblorosos labios, estos se curvan en una tímida sonrisa que dura tan solo un segundo.

Finalmente su respiración se ralentiza, demostrando que se encuentra profundamente dormida. Lentamente me alejo sin hacer ruido, intentando no despertarla.

En cuanto me asomo al porche oigo voces. Es habitual que los chicos se tomen un refresco conversando tranquilamente una vez acostados los niños, es su momento de relax y de intercambio de impresiones. El grupo se encuentra sentado en la escalinata de una de las casetas de madera, su tenue luz destaca en la inmensidad del oscuro entorno. Yo decido quedarme donde estoy y me acomodo en el primer escalón. Dirijo la mirada hacia ese cielo impresionante que tengo sobre mí, donde la contaminación lumínica es prácticamente inexistente y las estrellas lucen en todo su esplendor. Cruzo mis brazos sobre mi torso al sentir un leve escalofrío por la bajada de temperatura al desaparecer el sol. La luna está menguante y su pálida luz permite que miles de estrellas destaquen orgullosas sobre la inmensidad del espacio. Mientras estoy observando el firmamento totalmente embobada, una mano interrumpe el espectáculo y me ofrece una cerveza. Desciendo la vista intentando descubrir quién es, aunque al notar la reacción de mi cuerpo lo deduzco perfectamente. Alex me sonrío:

—Felicidades. Realmente lo has hecho muy bien con Wenda

Comprendo que intenta ser amable así que decido no salir huyendo, que es la primera reacción al notar su cercanía.

—No ha sido nada, no soy psicóloga pero soy madre — y con una voz más amarga que satisfecha añado—: Supongo que los años de experiencia me deben servir para algo, ¿no?

Da un trago largo directamente a la botella y con voz seca me contesta:

—Estas obsesionada con tu edad. Aquí nadie te cuestiona, no sé por qué te preocupa tanto lo que piensen de ti.

Ya estamos. ¡Ya ha conseguido cabrearme!

—Simplemente constato una realidad —señalo al grupo de jóvenes que conversan y ríen animadamente—. No sé qué haces aquí. Tendrías que estar

con ellos, divirtiéndote.

Su mirada se oscurece y sus hombros se tensan. Sube un tono su grave voz. Está realmente enfadado, aunque no puedo comprender por qué le importa tanto:

—¿Por qué? ¿Al cumplir los cuarenta te ha aparecido un muro que te aísla de los demás? ¿No te puedes relacionar con la gente que no es de tu edad o más?

Sus palabras cada vez me alteran más, por lo que ahora la que sube el tono soy yo:

—Oye, déjalo. Tú no sabes nada de mí, pero tengo dos hijos que tienen la edad de muchos de esos chicos y no sé...no me siento bien cuando estoy con ellos.

De pronto Jud, una chica norteamericana guapísima que hace pocos días que ha llegado, se acerca hasta nosotros. Es la viva imagen de la muñeca Barbie, tiene un cuerpo de infarto y una melena que le cae formando delicadas ondas rubias sobre la espalda. Su rostro siempre está perfectamente maquillado y sus uñas con una manicura impecable. Me pregunto cómo lo consigue en un sitio como este donde los centros de belleza están a kilómetros de distancia. Su curvilíneo cuerpo queda prácticamente fusionado al de Alex mientras acaricia su brazo sutilmente. Se dirige a él en inglés dando por sentado que eso les dará intimidación, pero por suerte o por desgracia hace años que me esfuerzo por dominar ese idioma.

—*Hi darling*, estoy cansada y me voy a dormir. ¿Me acompañas?

Alex mantiene su mirada gélida en mí y le contesta en su mismo idioma:

—No, hoy no. Yo también estoy cansado.

Ella desaparece disparándome una odiosa mirada y un sentimiento de aversión similar aparece en mi interior. No sé qué me ocurre, la situación es lógica y natural. Los dos son jóvenes y terriblemente guapos, viven la vida y el momento y pienso que hace unos años yo debería haber actuado igual.

Alex sigue de pie ante mí y nuestras miradas se encuentran mientras apuro la última gota de cerveza de la botella. Él me la retira de la mano y mi piel se altera al notar su tacto sobre ella. Vuelve a adoptar esa sonrisa provocativa que me ha hecho enloquecer hace unas horas:

—No puedes negar lo que sientes, tu cuerpo te delata. Estoy cansado y debería irme a dormir, pero que sepas que, si decido visitar a Jud, será porque aún tengo tu imagen semidesnuda y mojada de hace un rato y me está

volviendo loco, pero que solo pensaré en ti.

Y se aleja mientras observo su escultural cuerpo introducirse en la oscuridad, dejándome totalmente trastornada.

Dios mío, creo que mi corazón se ha parado y no sé cómo voy a conseguir arrancarlo de nuevo. Yo no estoy preparada para esto, ni ahora ni a los veinte años. Nunca nadie me había alterado las hormonas de esa manera con su sola presencia. Y sus palabras... Nadie había sido tan sensual conmigo, tan provocativo. Si algo está claro es que sabe lo que hace y cómo dejarme impresionada y excitada a la vez. Solo son palabras. No quiero imaginar si llega a tocarme. Necesito otra ducha ¡fría!

Cuando parece que mi cuerpo ha vuelto a la normalidad intento dormir. Mara ya lleva rato disfrutando de su sueño pero yo estoy demasiado alterada. En mi mente aparecen *flashes* donde se entremezclan imágenes del día que ha sido intenso y emocionante. Me siento satisfecha por saber que por fin Wenda está durmiendo plácidamente en su habitación. Pensando en ella intento alejar la imagen de Alex. El recuerdo de su cuerpo perfecto me tortura. Necesito relajarme y descansar y él produce exactamente el efecto contrario en mí.

Un ruido en el exterior me sorprende y me obliga a escuchar con atención: los pasos de algún desconocido se sienten con fuerza sobre la madera del porche, que cruje sin cesar. Intento concentrarme y afinar el oído todo lo que puedo. Un ruido seco rompe el silencio. Recuerdo que nuestra puerta está abierta, nunca la cerramos con llave a pesar de que el vigilante, Luis, nos avisó de los peligros de este país. Nuestra habitación se encuentra bastante alejada de la sede, aunque Mara y yo gritáramos no creo que nadie alcanzara a oírnos. Mi corazón empieza a moverse rápidamente, mi pulso se acelera y cada vez escucho con más claridad que algo o alguien se mueve entre la maleza. Le doy al interruptor pero la oscuridad se mantiene en la habitación. Entonces recuerdo que el generador que nos proporciona de electricidad se apaga por la noche así que, a oscuras, me levanto y busco a tientas la linterna que está en el baño. En este momento desearía que Alex estuviera aquí protegiéndome, aunque alejo ese pensamiento y suavemente despierto a Mara susurrando:

—Shhhh, Mara. Despierta. —Ella abre los ojos semiinconsciente y tranquilamente se da la vuelta ignorándome.

Desisto, voy a abrir la puerta con la linterna en mi mano. Seguro que es

algún animal. Ahora no recuerdo si en esta zona existe alguno salvaje, pero mi imaginación avanza atropelladamente situándome en toda clase de peligros a los que me podría exponer si salgo. Aspiro con fuerza y abro la puerta enfocando con la linterna al exterior. Estoy aterrorizada y dirijo el haz de luz por todo el jardín intentando encontrar alguna causa lógica y coherente a los ruidos, que han cesado de golpe. Lentamente avanzo unos pasos y, justo en el momento que me estoy convenciendo de que todo es fruto de mi imaginación, aparecen dos ojos negros de las entrañas de la oscuridad.

—Wenda, ¿qué haces aquí?

Miro su pequeño cuerpo y veo que está aterrada. Sus manos tiemblan y sus ojos están llorosos. Tras ella aparece Luis corriendo y me informa que la niña aprovechó un descuido y se escapó, que lleva un buen rato buscándola. Los niños duermen con dos monitoras y Luis se queda vigilando la puerta toda la noche. En la fundación la seguridad es importante. Intento calmarle:

—Tranquilo, Luis, ya me quedo yo con ella. Está muy asustada.

—Sí, Luciana me contó que lleva toda la noche con pesadillas, llorando y gritando. Pero ahora creían que se había dormido, al fin.

La pequeña acerca su mano a la mía y se aferra a ella dándonos a entender su decisión.

—Está bien, esta noche puedes dormir aquí. Luis, informa a Luciana, por favor.

—Está bien, *Miss Loira. Boa noite.*

—*Boa noite.*

Entramos en mi cabaña y nos acurrucamos las dos en mi cama. Yo le acaricio el pelo con ternura mientras tarareo una canción hasta quedarnos dormidas profundamente.

6. Rumbo a un mundo cruel

Las últimas tres semanas han pasado como un sueño y siento como si hubiera formado parte de este mundo toda la vida. Wenda ha mejorado mucho en sus relaciones, aunque sigue sin hablar. Cada noche la acompaño hasta que se queda dormida, tarareándole una canción que ella agradece con una caricia o una simple sonrisa. Sus dulces dedos recorren mi rostro en un acto de amor infinito. Para mí, esos gestos representan más que cualquier palabra que me pudiera decir. Nuestra muda comunicación es más perfecta de lo que hubiera jamás imaginado. Nuestra conexión es tan profunda que solo con una mirada suya puedo descifrar en segundos su estado de ánimo.

Colaboro con Luciana en el dispensario donde cada día, paso a paso, voy recordando mi profesión de enfermera. Habitualmente solo curamos pequeñas heridas o alguna infección leve. También nos encargamos de administrar las vacunas a los niños y de contactar con el médico de la zona si tenemos algún caso más grave. El trabajo es ameno y me gusta tener algo en lo que me siento especialmente útil.

Otra de mis tareas es curar las terribles heridas de la pequeña Wenda. A pesar de que hoy prácticamente su piel luce libre de golpes y sus numerosos cortes están cicatrizados, el proceso no ha sido fácil. El primer día que la llevé a la enfermería, ella solo estudiaba con cara de espanto todos los utensilios que allí se encontraban. Su pequeño cuerpo se tensó de tal manera que pude sentir su miedo como si fuera el mío propio. Sus ojos vigilaban impacientes la puerta, como buscando una vía de escape rápida si el peligro la acechaba. Me dolía que aún no confiara en mí lo suficiente, aunque comprendía que el horror estaba tan instaurado en su interior que todavía tardaría mucho tiempo en abandonarla, si es que alguna vez lo hacía. Así que decidí buscar una táctica para acercarme a ella y ganarme su confianza. Hasta el momento, no había permitido que nadie la desvistiera. Siempre lo hacía ella con rapidez y desconfianza, lo que me hacía pensar en las aberraciones que debieron causar en su infantil cuerpo. Mi corazón se encogía cada vez que la veía esconder su desnudez con tal determinación. Así que, en cuanto la tuve sentada en la silla de la consulta, me senté en la camilla y le mostré mis piernas. Llevar pantalones cortos y estar todo el día al aire libre ha provocado que estas siempre muestren todo tipo de golpes y rasguños. Con cautela le hice una petición:

—Wenda, tengo un problema. ¿Ves mi piel llena de golpes? —Como siempre, la niña mantuvo su silencio. Tan solo dirigió la mirada sobre las superficiales heridas. Yo continué lamentándome—: Lo cierto es que tengo una pomada mágica. Me la dio una mujer que conocí una vez. Ella me explicó su secreto: era una hada. El hada de las curaciones. En cuanto extiendes la crema sobre las heridas, estas desaparecen en poco tiempo. Pero hay una condición... —Sus negros ojos cada vez se manifestaban más concentrados en la pócima mágica, que no era otro que un desinfectante corriente. Aprovechando su innato interés seguí avanzando—: Para que la pócima funcione, solo la puede administrar una persona que te quiera mucho. Solo funciona si se da mezclado con mucho amor. Luego hay que soplar tres veces para que el sortilegio surta efecto.

Los ojos de Wenda no paraban de ir de la pomada a mi pierna en un reclamo mudo de colaborar. Sonriente, le ofrecí una pequeña porción del ungüento. La pequeña la recogió con sus dedos y comenzó a restregarla sobre mis pequeños hematomas y cortes. Al finalizar se quedó mirando mi sonrisa complacida, mientras yo la invitaba a soplar para completar el sortilegio. Ella lo hizo con cierto recelo, tres soplidos tímidos que sentí como auténticos besos de miel. Su cara transmitió máxima satisfacción en cuanto yo le expliqué que ya me sentía mucho mejor, y que todo había sido gracias a ella.

Al finalizar mi teatro, intenté convencerla para hacer lo mismo con sus heridas:

—Wenda, te agradezco mucho lo que has hecho. Creo que lo justo sería que ahora te ayudara yo a ti.

Aunque en un principio se mostró recelosa y sus pequeños dedos se agarraron a la camiseta en un gesto de defensa, poco a poco se fue relajando. Durante días repetimos el mismo ritual. Días en que la pequeña soportaba el escozor que debía sentir al curar sus cortes infectados con una fortaleza admirable. Ni una sola lágrima resbaló por su piel, ni un solo gesto de dolor. Tan solo podía sentir la tensión que emanaba de su cuerpo cada vez que mis manos la rozaban en alguno de aquellos puntos donde la habían herido tan impunemente. En el momento en que mi boca exhalaba los tres soplidos, sus músculos se destensaban y volvía a ser la niña de siempre.

Y así hemos repetido esta operación día tras día, hasta conseguir que ya no tema desvestirse ante mí y dejándose cuidar por mis manos. Con cada herida que consigo sanar, mi corazón se agrieta un poco más, consciente del

dolor que le han provocado. Sé que jamás tendré pomada mágica suficiente para curar el suyo completamente.

Uno de los días, mientras estoy ordenando los medicamentos en la farmacia tras curar a Wenda, aparece Alex detrás de mí. Me giro sobresaltada al sentir su cercanía y lo veo observándome mientras sonrío :

—Dice Luciana que eres una buena enfermera. Lo estás haciendo muy bien con Wenda.

Le devuelvo la sonrisa intentando hablar con naturalidad:

—A Luciana todo lo que hago le parece bien. Hace años que no practico, pero en los pocos días que hace que estoy aquí he hecho un curso acelerado. ¿Necesitas algo?

Sus ojos se posan sobre los míos durante unos segundos manteniendo el aura de misterio que tanto le gusta provocar. Finalmente se levanta la camiseta y me muestra un feo corte a la altura del abdomen.

Aunque intento disimular, mi voz suena preocupada:

—¿Que te ha pasado?

—Estaba ayudando a los chicos a arreglar la valla y sin querer me he tropezado y he caído sobre un amasijo de hierros que había en el suelo.

Observo el corte que es pequeño pero profundo.

—Habrá que poner puntos y vacunarte del tétanos si no lo estás.

Alex me mira incrédulo.

—No creo que sea para tanto. ¿La vacuna es necesaria?

Yo sonrío. Por una vez lo tengo bajo mi mando.

—Este es mi territorio. Aquí yo decido si hay que coser. Quítate la camiseta.

Él sonrío provocativamente mientras susurra.

—No sabes cómo me gusta oírte decir eso.

Mi pulso comienza a acelerarse en cuanto veo su torso desnudo y oigo sus insinuantes palabras. Tiene unos músculos definidos pero se nota que no son de gimnasio y su piel luce bronceada. Me recuerdo a mí misma que debo ser profesional y contesto fríamente.

—No te va a gustar tanto cuando te lo cosa. Ahora, estate quieto.

Mis manos temblorosas comienzan el ritual de desinfección y suturan la herida tras ponerle una leve anestesia en la zona. Mientras trabajo cuidadosamente, intento ignorar su mirada fija en mí alterándome hasta límites insospechados. Cuando termino se levanta rápidamente y comienza a

desabrocharse el pantalón. Yo lo miro perpleja:

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—¿No vas a ponerme una inyección? Solo te estaba facilitando el trabajo. Me giro ignorando su sonrisa justo cuando entra Luciana por la puerta.

—¿Qué pasó? ¿Me han dicho los chicos que estás herido.

Antes de que Alex conteste le aclaro:

—Nada grave, Luciana. Ya le he cosido el corte y ahora tienes que ponerle la inyección del tétanos.

Sonríó a Alex mientras le aclaro:

—Es una inyección algo dolorosa. Luciana es experta, te dará un pequeño azote y no notarás nada.

Le paso la jeringuilla a Luciana y me despido dejándolo con cara de sorpresa y los pantalones bajados.

A medida que pasan los días me siento más segura de mí misma. Por fin estoy totalmente integrada con mis compañeros, con los que organizo las actividades y distribuyo las rutinas del día. El calor es realmente sofocante, así que de vez en cuando nos gusta remojar a los niños con una manguera para que se diviertan mientras se refrescan.

Jud, encargada de los juegos de hoy, persigue a los niños por todo el solar de tierra mientras ellos se alejan alborotados. Yo admiro la escena divertida hasta que dos ojos profundos como el mar se cruzan en mi camino y arrastran a los míos sin remedio. De pronto todo sucede muy rápido y ella, que se ha quedado con nuestro cruce de miradas, dirige el chorro directamente hacia mi rostro, aumentando la presión al máximo, lo que dificulta que pueda respirar con facilidad. Yo grito y salgo corriendo intentando escapar, pero la fuerza del agua es tal que no me permite abrir los ojos, hasta que me doy la vuelta bruscamente y topo con algo fuerte y grande. El cuerpo de Alex se desestabiliza en cuanto chocamos y caigo sobre él sin remedio. Sonríe al ver mi cara de enfado, que en estos momentos fulmina a la americana, mientras susurra en mi oído:

—No sabes cómo me pone tenerte mojada sobre mí.

Me levanto furiosa y sin perder ni un segundo cojo la manguera y dirijo el agua directamente al rostro perfectamente maquillado de Jud y lo remato con un chorro sobre el de Alex. Los niños gritan alborotados a su alrededor mientras ella me dedica en inglés toda clase de insultos. Cuando me siento suficientemente satisfecha, cierro el grifo y me voy triunfante a mi cabaña

con intención de cambiarme para la comida.

Por la tarde me acerco ansiosa al despacho de la directora. En unos minutos tengo una reunión con Alex y Luciana, que me han convocado para hablar de Wenda y sus avances. Mi relación con él se ha vuelto lo suficientemente correcta como para mantener una conversación educada, siempre que nos mantengamos a más de un metro de distancia. Hay algo en su mirada que hace que me obligue a seguirla perdiendo todo el dominio sobre mí misma, así que he decidido poner distancia de por medio hasta que consiga averiguar el porqué. No sé qué me sucede, la antigua Ana jamás se habría sentido atraída por un chico como él: un musculitos guaperas y rebelde. Yo siempre he sido la del chico bueno, como diría Eva: “la que hace las cosas bien”. Aun así, tras nuestra conversación en el porche he seguido su consejo y he intentado conocer mejor a nuestros compañeros. Lo cierto es que son divertidos y me llevo bien con casi todos.

Me dirijo a la sala de reuniones agradeciendo que Luciana se reúna con nosotros. No me apetecería nada volver a lidiar con mis hormonas descontroladas otra vez. Cuando llego, los sorprendo estudiando los planos de la nueva fundación. Me explican que la construcción se encuentra ya muy avanzada y que cuando esté terminada Alex se trasladará allí para dirigir el nuevo proyecto. Él levanta la vista, hasta ahora absorta en el plano, y sonrío irónicamente:

—Dentro de unas semanas me iré y te librarás de mí; además, vendrá mi padre a substituirme

Junto a esta última declaración su gesto se oscurece expectante, buscando algún tipo de reacción en mí. Yo finjo no darme cuenta.

—A mí no me molestas en absoluto, aunque estaré muy feliz de tener a alguien que me profesa algo de cariño cerca.

Luciana levanta la mirada divertida y grita con su chillona voz:

—¿Y yo? *Linda, eu te amo muito.*

—Lo sé, Luciana. Suerte que te tengo a ti, que me tratas como a una princesa —fijo la mirada en Alex y adoptando una actitud seria añado—: ¿Hablamos de Wenda?

Los dos me explican que han conseguido que una psicóloga trabaje exclusivamente con ella cada semana. Es una antigua amiga de la madre de Alex, una reconocida terapeuta. Albert ha conseguido convencerla y han acordado que vendrá para conocer a la niña. A pesar de que tenemos varios

psicólogos trabajando en la fundación, Wenda precisa de alguien que tenga experiencia en casos como el suyo.

Luciana me explica que el “mutismo selectivo” suele darse en niños que han sufrido fuertes situaciones de estrés. Algunos de ellos disfrutaban activamente del contacto con los demás y juegan sin mayores problemas; sin embargo, permanecen en silencio. Otros, desarrollan con la persona más cercana estrategias de comunicación alternativa (signos, miradas, gestos, etc.). Muchos de estos niños han mostrado, en algún momento de desarrollo, formas leves o moderadas de ansiedad de separación, lo que puede repercutir en una fobia social cuando se convierten en adultos.

La noticia de la terapeuta es fantástica por lo que no alcanzo a discernir por qué parece que me estén dando un parte de defunción. Sus gestos, sus miradas, denotan un punto de melancolía y prudencia a partes iguales. Presiento que la noticia que me han transmitido es la buena de una lista no tan productiva. Finalmente, Alex irrumpe en las explicaciones de Luciana:

—Ana, debes alejarte de la niña. La terapeuta nos ha dicho que no puede depender exclusivamente de ti. Estos niños están aquí para darles una nueva oportunidad en la vida y deben aprender a superarlo solos.

Mi mirada perdida busca a Luciana, que me mira con tristeza pero asiente ante las palabras de Alex. Me revuelvo en el asiento intentando comprender lo que me piden:

—Pero no podrá soportarlo. Necesita que la cuide. Si no le canto por la noche, no se dormirá. Me necesita.

Ellos se muestran impasibles. Derrotada, abandono mis brazos a ambos costados de la silla mientras me observan en silencio. Sin poder evitarlo, las lágrimas nublan mi mirada. Luciana intercede al ver mi cara de impotencia:

—Linda, es lo mejor para ella. Tiene que valorarse y aprender a confiar en los demás. Debe saber que existe mucha gente dispuesta a ayudarla, sin condiciones. Debe saber que todo el mundo no es malo.

No puedo creer que me pidan eso. He puesto todas mis energías en cada sonrisa, cada caricia que le he dedicado a esa niña. Con sus palabras han permitido que todo lo que he conseguido se vuelva estéril. Siento que he vuelto a fracasar por enésima vez en mi vida. Miro directamente a Alex. Esta vez no mantiene su actitud altiva, sus ojos me vigilan con un punto de preocupación.

Con voz triste añado:

—Lo que no entiendo es que, si no era lo correcto, por qué me habéis dejado actuar así. Creo que ahora sufrirá mucho más que si nos hubierais alejado desde el principio.

Él me responde sin dudar:

—Ella te eligió.

—¿Ella me eligió? ¿Qué narices quiere decir eso?

A pesar de mi tono desafiante el suyo sigue sonando conciliador:

—Ana, ella te eligió porque vio en ti algo que seguramente ni tú conoces. Sintió que podía confiar en ti, que eres valiente y lucharías por ella como nadie. Que serías capaz de quererla sin exigirle nada. Eres una buena persona y eso se transmite. Pero debes ayudarla a que ande sola por la vida y, solo sabiendo todo lo que ha sufrido, entenderás por qué te lo pedimos.

Me siento desorientada, vacía. Aun así, acepto que Alex me entregue una carpeta roja repleta de papeles, donde leo en grandes letras impresas: “Informe policial”. Yo lo miro extrañada sin entender a qué se refiere. Luciana me coge la otra mano mientras me susurra:

—Este es el informe que traje desde el hospital Wenda. Puedo ayudarte a comprender lo que pone y hasta qué punto ha sufrido la pequeña. Yo... — cierra los ojos y sacude la cabeza en un acto de fuerza— ... yo pasé algo parecido y sé que lo que te pido es bueno para ella. Créeme.

Me tomo unos minutos, en los que el silencio se vuelve tan tenso entre nosotros que corta el aire como un cuchillo afilado. Cuando asimilo lo que me piden asiento :

—Está bien, leeré el informe; pero prefiero hacerlo sola, si no os importa. Si no entiendo algo ya os avisaré.

Luciana me abraza en un gesto sincero mientras susurra a mi oído miles de emocionados “gracias”. Alex me da una leve palmada en la espalda y con una voz casi imperceptible me avisa:

—Estaré ahí fuera por si me necesitas. —Y sale sin volver la vista atrás.

Me quedo unos minutos paralizada. Abrir esa carpeta se me hace demasiado doloroso, aunque sé que debo intentarlo por ella, por Wenda.

El primer informe es del día que la encontraron en la calle. Describe la gran variedad de golpes y cortes que su pequeño cuerpo presentaba. Está todo explicado con palabras muy técnicas que no atino a comprender

completamente, pero tampoco deseo profundizar mucho más. En otra carpeta habla de fisuras óseas anteriores y abusos sexuales repetidos desde una edad aproximada de dos años. Estoy mareada y confusa: mis pulmones no aciertan a alcanzar suficiente oxígeno para permitirme respirar con normalidad. Mi garganta se vuelve extremadamente seca mientras un sinfín de lágrimas inundan mi cara. Siento como si hubieran partido mi alma en dos. ¿Cómo puede ser alguien tan sumamente cruel?

El fallo policial acusa al padre directamente de los abusos y de “prestar” a su hija a otros indeseables como él a cambio de dinero. Conozco el tema de los niños abandonados en Brasil y sé que es realmente un grave problema que el país no consigue resolver a pesar de los años. Millones de niños viven y trabajan en las calles de las ciudades y acaban abocados al consumo de todo tipo de drogas y a la explotación sexual. La tremenda violencia que acompaña la vida de estos niños en su casa suele provocar que estos escapen y decidan vivir en la calle.

Tras conocer su historia comprendo que Wenda, con tan solo cinco años, tomó la valiente decisión de escapar de su progenitor. Nada de lo que pudiera encontrar en la soledad de la calle podría ser peor que lo que ya se había visto obligada a conocer. Pero en cuanto descubro el último folio, todo el horror, la angustia y el dolor inimaginable se concentran: una foto de Wenda inconsciente, desnuda, desnutrida y apaleada provoca en mí una náusea incontrolada. Su pequeño cuerpo cubierto de cortes reposa inerte sobre un mugriento suelo salpicado de sangre. Tiene los ojos cerrados y su boca se contrae en una mueca de dolor.

Lanzo los papeles y salgo corriendo hacia el exterior. Necesito respirar, los latidos de mi corazón son tan intensos que no podrán seguir por más tiempo bombeando mi sangre. En cuanto el aire cálido del exterior acaricia mi rostro, me arrodillo y vomito en un intento de alejar la repugnancia que me invade. Necesito sacar de mi cuerpo todo ese odio y aversión. Las arcadas me obligan a doblarme y caigo arrodillada sobre la tierra sin sentir, tan siquiera, las pequeñas piedras que se clavan en mi piel. En un instante mi mundo se ha esparcido en pedazos, mi corazón se ha roto en infinidad de partículas que se encuentran desparramadas por el suelo. Cierro los ojos con energía, en un intento vago de borrar esa dolorosa imagen. Mi cuerpo no responde cuando intento levantarme, solo sé que no tengo fuerzas para mantenerme en pie. Una mano me ayuda a incorporarme con delicadeza. Sé

que es Alex pero no puedo mirarle a la cara, solo puedo llorar silenciosamente mientras él, con suma ternura, me abraza acompañándome en mi dolor. No dice nada, solo me rodea con sus fuertes brazos mientras apoyo mi cabeza en su pecho. Su mano acarona mi pelo con suavidad. Cuando consigo recomponerme ligeramente me separo de él y observo que mi vomito ha salpicado nuestras ropas:

—Alex, lo siento... Tu ropa. .

Él sonrío sutilmente. Contesta casi con vergüenza:

—No pasa nada, esto tiene arreglo. —Señalando mi corazón, añade—: Hay otras cosas más difíciles de reparar...

Lo miro directamente a los ojos dispuesta a darle la razón. Mi voz es un susurro casi imperceptible:

—Vale, lo entiendo. Necesita mucha más ayuda de la que yo le puedo dar, pero ¿cómo lo hacemos? No puedo desaparecer de su vida de repente.

Tras estudiar mi reacción contesta con sigilo:

—Ni yo te lo pido. Hemos pensado que lo mejor será que te tomes unos días libres, todos tus compañeros se han tomado los suyos y creo que ya va siendo hora. Sal de aquí, haz turismo, Brasil es un país maravilloso que tiene mucho que ofrecer. Solo serán dos o tres días, lo suficiente para que Wenda te eche de menos pero entienda, a tu vuelta, que sigues a su lado. Estos niños han sido abandonados demasiadas veces y deben aprender que las separaciones no siempre significan abandono. Tú debes enseñárselo.

—¿Aunque me duela?

Durante unos segundos su mirada azul se fija en mis hinchados y demacrados ojos. Suavemente acaricia mi mejilla mientras afirma con gran seguridad:

—Aunque nos duela. Para eso estamos aquí.

Con su dedo índice me hace un mimo en la nariz como si yo fuera una niña frágil e indefensa y él el hombre que me protege. Nuestros papeles han cambiado durante unos momentos y me siento mejor. Mientras realiza ese gesto sonrío divertido:

—Bueno, *Miss Triste*, me ha encantado ser su paño de lágrimas y vómitos, pero creo que ya va siendo hora de darme una ducha y quitarme este fantástico aroma que me ha regalado —y guiñándome un ojo se aleja tranquilamente.

—Alex, gracias.

Sus pasos frenan de golpe al oír mis palabras, gira su irresistible cara hacia mí e irónicamente dice:

—Ya me lo cobraré en algún momento, si puedo.

Y me deja allí, con una sonrisa tonta pegada a mis labios y un corazón agotado de la montaña rusa en la que lo tengo instalado últimamente.

Cuando vuelvo a estar limpia y aseada me dirijo a la sala de juegos donde Wenda se encuentra saltando la comba con las niñas. Su cara está sonriente aunque sus ojos siguen transmitiendo una gran tristeza. Debo intentar que consiga ser feliz y entiendo que yo sola sería incapaz.

Mientras observo a la niña, Luciana se acerca y aferra mi mano con fuerza. Sus ojos destilan una aflicción infinita mientras me habla:

—Linda, ese dolor la va acompañar mientras viva. Pero tú puedes ayudarla a que ese manto de pena desaparezca lentamente y quede reducido a un leve pinchazo en el corazón cuando lo recuerde.

Su desorientada mirada me indica que sus pensamientos se encuentran perdidos en algún lugar recóndito de su mente, desde donde intento arrancarla:

—Luciana, ¿estás bien?

Ella no responde, pero, a cambio, sus ojos se deslizan por la sala buscando uno de los murales. Los chicos han recubierto las paredes con dibujos de los niños junto a grandes carteles con diversas frases célebres impresas, que nos recuerdan, día a día, por qué estamos aquí. Al seguir su mirada me detengo en uno de ellos y leo su contenido en voz alta:

La felicidad humana generalmente no se logra con grandes golpes de suerte, que pueden ocurrir pocas veces, sino con pequeñas cosas que ocurren todos los días. Benjamin Franklin

Y entiendo que eso es lo que debo aportar a estos niños: pequeñas dosis de felicidad diaria que consiga sacarles de ese pozo interior que les consume.

Busco la mano de Luciana y la aprieto, transmitiéndole todo el ánimo que sé que necesita en estos momentos. En segundos recupera su alegría habitual y su aguda voz llama a los niños organizando un nuevo juego. Parece como si hubiera despertado de un mal sueño.

Por la noche me acerco a la cama de Wenda y la observo mientras duerme. Se la ve tan frágil e indefensa que parece increíble que haya podido

superar la infinidad de horrores que ha vivido. Su pequeño cuerpo reposa a mi lado, se mueve suavemente al ritmo de una respiración lenta y relajada, inmersa en un profundo sueño. Sus pesadillas han ido disminuyendo con los días y, aunque no son tan violentas, aún no logra dormir de un tirón hasta la mañana siguiente. Siempre hay un momento de la noche en que las sombras de su pasado reaparecen y alteran su sueño infantil. Estudio su cuerpo ya libre de marcas y acaricio con ternura uno de los cortes que ya está prácticamente cicatrizado. Qué fácil es curar las heridas externas y qué complicado será que alguna vez deje atrás las de su interior. Admiro su fuerza, su valentía, y me siento ridícula cuando pienso en los problemas que me preocupaban antes de llegar aquí. Algo en mí ha cambiado y se lo debo todo a esta preciosa niña. En cuanto intento soltar su mano de la mía, abre sus somnolientos ojos y, semiinconsciente por el sueño que le he alterado sin querer, deja escapar un sonido de su garganta:

—Ana.

Yo me quedo paralizada por la emoción y, nerviosa por mantener el momento, dejo mi mano en la suya inmóvil. Ya sé cómo suena su voz: dulce y aterciopelada. Aunque no lo fuera me ha parecido la más bonita que haya oído jamás. Suavemente apoyo la cabeza en su almohada y decido pasar mi última noche junto a ella.

Por la mañana me despierto sobresaltada al oír voces a mi alrededor. Consigo abrir los ojos lo justo para descubrir qué está pasando, mientras intento evitar la fuerte luz que entra por la ventana. Mara y su amiga Sara están conversando animadamente mientras observan cómo me desperezco. Intento salir de la cama sin despertar a Wenda, lo que resulta una misión casi imposible. Las medidas de las literas están perfectamente pensadas para esos pequeños cuerpos, pero el mío no logra desencajarse con soltura de la posición que he adoptado toda la noche. En el intento por rodar hacia atrás para salir de la cama sin despertarla me caigo y armo tal estruendo que la niña abre los ojos en busca de cualquier peligro. Mara ríe descontroladamente mientras Sara me ofrece su brazo para incorporarme intentando disimular una carcajada que aflora en sus labios. No puedo evitar unirme a sus risas.

Sara me cae bien, es una chica realmente divertida y sin complejos, siempre está de buen humor y explicando anécdotas sobre cualquier cosa que se le ocurre. Mara y ella se han hecho inseparables últimamente, lo que me alegra porque veo en ella que sentir que tiene una amiga la hace feliz. Cuando

consigue ahogar su carcajada me dice:

—Pues menos mal que no te ha pasado hace unos minutos. Si no, te mueres de la vergüenza.

La miro sorprendida.

—Y eso, ¿por qué?

Ella sonríe y contesta lentamente observando mi reacción:

—Bueno, cuando Mara me ha dicho que no estabas durmiendo en tu cama dedujimos que estarías aquí y al llegar... Bueno, fue toda una sorpresa.

La impaciencia se está apoderando de mí. La apremio a aligerar el ritmo de sus explicaciones:

—Me estás preocupando. ¿Qué pasa?

—Mmmm. Hace muchos años que conozco a Alex, supongo que sabes que nuestras madres eran amigas y nos pasábamos los veranos juntos mientras ellas colaboraban con alguna ONG, fundación, asociación o lo que fuera que tocara ese año. Sé que es cabezota y hasta incluso detestable, pero siempre consigue sorprenderme.

La interrumpo sin pensar:

—¿Alex? ¿Que tiene él que ver con mi caída tonta?

Las dos amigas se miran sabedoras de que ocultan algún secreto que por lo parece debería querer averiguar. Finalmente Sara se confiesa:

—Cuando hemos llegado aquí nos hemos encontrado a Alex observando cómo dormías con la niña abrazada en tus brazos y te aseguro que la mirada decía mucho más que algunas palabras.

De pronto recuerdo nuestra conversación de la tarde anterior: él me pedía que me alejase de ella y no le habrá gustado nada verme aquí durmiendo. Mi voz se tiñe con un punto de amargura:

—Probablemente estará enfadado. Quedamos que ya no dormiría más con ella.

Sara abre sus grandes ojos oscuros y me contesta con su dulce acento argentino:

—Te aseguro que no era enfado. Sus ojos te miraban con una gran ternura. Estaba pensativo y cuando nos ha visto ha huido corriendo hablando sobre no sé qué de ir a hacer unas fotos. Conociendo a Alex ni él mismo debe saber lo que le está ocurriendo, pero creo que siente algo por ti.

Me siento confundida y avergonzada a la vez:

—Solo es atracción. Está acostumbrado a tener todas las mujeres que quiere y yo no le sigo el juego, eso es todo. Debe ser una especie de reto.

Ahora es Mara la que habla:

—Vaaale, dejemos el tema. Por cierto, Sara y yo también nos tomaremos el fin de semana libre. Podemos ir a Bahía y visitar la ciudad, ¿no?. Hemos quedado con Marcelo para salir con sus amigos y así conocer un poco la vida nocturna de este país. Vendrás con nosotros, ¿no?

—Sí, claro, ¿por qué no?. No quiero que penséis que soy una cuarentona aburrida.

Y entre risas salimos al exterior, donde se está formando un revuelo increíble. Alex se acerca a nosotras con una moderna cámara colgando de su cuello, pero mira directamente a Sara y me ignora deliberadamente:

—Sara, vamos a hacer las fotos para nuestra página web. Poneos las camisetas de la fundación y acercaos a la verja de entrada. ¿OK?

Mientras nos da instrucciones aparece Jud, que lleva la camiseta amarilla anudada a su plano abdomen marcando su gran pecho y pareciendo más una *stripper* que una integrante del voluntariado. No puedo evitar un comentario ácido:

—Vaya, supongo que hay tallas de adulto, ¿no? Creo que Jud se ha confundido y ha cogido una de niños.

Alex intercambia una mirada con ella y sin mirarme a los ojos contesta secamente:

—Pues a mí me gusta como le queda.

Empieza a brotar en mí un hervor en la sangre al que no estoy acostumbrada. Mara y Sara se alejan en busca de su atuendo y entonces él dirige sus inquietantes ojos directamente a los míos. Su mirada de deseo continúa instalada en ellos y me sonrío con gesto pícaro mientras susurra:

—Tú no necesitas ponerte algo así para seducirme...

Me quedo helada. Nadie se había dirigido a mí nunca con tanto anhelo contenido. Sus palabras provocan un efecto irreconocible en mi cuerpo. Si no me quedara un poco de lucidez, que me permite discernir donde estamos caería en sus brazos como una adolescente, pero por un momento los dos nos sentimos incómodos y él se aparta de mi lado y me señala el pelo divertido:

—Deberías peinarte o no saldrás guapa en la foto. ¡Te doy cinco minutos!

Tras hacernos la foto de rigor Marcelo se acerca a mí con varios chicos que hace unos minutos se encontraban arreglando la valla de la entrada.

—¿Qué tal, *Miss Loira*? Estos son mis amigos Joao y Manuel.

Los hombres se acercan con una gran sonrisa y me saludan con cortesía. Me explican que viven en Salvador y que el sábado celebran el cumpleaños de uno de ellos. Me invitan a acompañarlos prometiéndome que me llevarán a un restaurante típico de la ciudad y luego a un local a bailar. Son muy extrovertidos y divertidos, así que no me queda duda de que será una noche memorable. Finalmente nos despedimos y ellos se alejan hablando ruidosamente. Cuando alzo la vista observando sus anchas espaldas puedo ver la mirada de Alex expectante. No parece muy contento. Le sonrío guiñándole un ojo y doy media vuelta para reunirme con los niños.

Al momento sale Luciana gritando emocionada, me abraza y empieza a llenarme de besos. Grita loca de alegría y solo repite una palabra:

—*Fala, fala.*

Con las prisas por las fotos se me olvidó explicarle que Wenda habló ayer noche, pero por su emoción comprendo que ha decidido continuar haciéndolo esta mañana. Intento calmar a Luciana y le explico que ayer dijo mi nombre antes de dormirse. Ella solo abre la boca y acierta a comentar algo sobre milagros. La pequeña se acerca sonriente y me llama para que me acerque a ella ofreciéndome un extremo de la cuerda de saltar:

—Ana, ¿jogas?

Yo sonrío y voy tras ella:

—¡¡Claro!!

7. Rumbo salvaje

El fin de semana llega y Marcelo nos acompaña con su furgoneta hasta Bahía. En cuanto el ruidoso motor arranca y las grandes puertas de la verja se abren, un gran coche negro se asoma al otro lado. Al momento Sara reniega por lo bajo, lo que me obliga a interesarme más por esos hombres de traje que se pasean por la fundación de vez en cuando.

—¿Quiénes son esos hombres? Tienen un aspecto digno de la mafia.

Sara contesta sonriente:

—¡Qué ocurrencias tienes! Vienen de parte del nuevo Gobernador de Bahía. Desde que ganó la presidenta, Dilma Rousseff, los controles sobre las ONG se han intensificado.

—Bueno, eso está bien, ¿no?

Por el cruce de miradas con Marcelo, deduzco que las visitas del gobierno no deben ser demasiado placenteras. Cuando estoy a punto de preguntar otra vez, Sara interrumpe cambiando de tema:

—Ya verás, Salvador de Bahía te va a encantar. ¡Nos lo pasaremos genial!

Las dos jóvenes han decidido alojarse en casa de unos amigos de la Argentina, pero yo he preferido reservar habitación en un hotel. Necesito dormir un par de noches en una buena cama, aunque sea sola. Mañana dedicaremos el día a hacer turismo y por la noche quedaremos con los amigos de Marcelo y su mujer para cenar. Me apetece cambiar de aires y visitar la ciudad, aunque también me entristece pensar en Wenda y cómo se lo va a tomar. Sé que debo hacer el esfuerzo por ella, pero el recuerdo de sus afligidos ojos me invade sin remedio. Su mano se ha mantenido aferrada a la mía desde el momento que le expliqué que debía irme unos días. He sentido sus ojos vigilantes persiguiéndome sin tregua y, aunque no ha dejado de hablar, la alegría que desprendía el primer día ha ido menguando hasta desaparecer casi por completo.

Luciana ha intentado transmitirme tranquilidad en las últimas horas antes de partir. Sus dulces palabras son un bálsamo para mi alterado espíritu. Hay personas que tienen la virtud de contagiar esperanza y ella lo consigue con una sola mirada. Es una mujer admirable. Bajo esa fortaleza se esconde una sensibilidad extrema hacia el sufrimiento de los demás. Poco a poco se ha ido abriendo a mi hasta el punto de que hace unos días me explicó por qué no se

había casado nunca. Su fortaleza me asombra aún más al recordar las palabras que me contó por casualidad.

Era un día caluroso y yo me encontraba jugando con los niños en el exterior. En un momento dado sentí un mareo provocado por el bochorno que hacía y decidí entrar en el despacho, uno de los sitios más frescos de toda la estancia. Cuando llegué me encontré a Luciana llorando desconsoladamente y sosteniendo un papel en la mano. Me acerqué a ella y la abracé con fuerza y así nos mantuvimos en silencio hasta que sus llantos se fueron controlando. Cuando lo consiguió tan solo dijo:

—*Ninguém pode fugir ao amor e à morte.* (Nadie puede escapar del amor y la muerte).

Su mirada estaba ausente y mantenía el papel agarrado con fuerza. La ayudé a sentarse y empezó a hablar muy pausadamente:

—Yo me enamoré una vez, hace muchos años.

Me explicó que cuando tenía 18 años y aún vivía en el orfanato se encargaba de la cocina. Las monjas le habían enseñado ese oficio conscientes de que Luciana no seguiría sus pasos en la congregación. Muchas de las chicas se hacían monjas y dedicaban el resto de su vida al culto a Dios. Todas habían tenido una infancia difícil y probablemente la seguridad que les ofrecía la vida en el convento era más de lo que cualquiera de ellas podía desear. Pero la madre superiora siempre supo que ella no servía para esa vida, era demasiado luchadora para aceptarlo y desde pequeña se había convertido en el mejor apoyo de las niñas recién llegadas. Su carácter alegre y fuerte a partes iguales la predestinaba a salir de allí en la primera ocasión. Así que pensaron que la mejor opción sería darle la mejor educación posible y que aprendiera cosas tan básicas como cocinar, ir a la compra y otras pequeñas gestiones del convento. Con los años acabó gestionándolo por completo y trabajando para otras fundaciones o asociaciones sin ánimo de lucro. La única condición que exigía era que tuvieran por objetivo ahuyentar el dolor de los niños.

Mientras fue la encargada de la cocina, se acercaba cada mañana al mercado con la intención de comprar verduras frescas y siempre conseguía que los comerciantes le regalaran algo de pescado o de carne. Su simpatía pronto hizo que todo el mercado la conociera y apreciara, así que nunca faltaba comida en el convento. La única parada a la que jamás se acercaba era una frutería que se encontraba junto a la salida. El frutero era un hombre

mayor que siempre gritaba palabras malsonantes dirigidas al convento, a Dios y a toda relación con la fe católica. Muchos brasileños tienen su propia fe basada en el candomblé, una religión que proviene de los esclavos que trajeron los portugueses a Brasil para trabajar en sus tierras. Aunque el catolicismo se instauró prácticamente en todo el país, las diversas creencias conviven sin problema. Pero ese hombre desprendía un profundo odio hacia todo lo que tenía relación con el catolicismo. Ella pasaba siempre de largo, con la cabeza gacha, intentando que el dueño de la frutería no advirtiera su presencia y no se metiera con ella o con el orfanato. Un día llegó cuando ya estaban cerrando y se sorprendió al ver a un chico joven limpiando, que le sonrió al pasar y se acercó a ella:

—Hola, tú debes ser la chica del convento. Soy Fernando, el hijo del frutero.

Ella se quedó mirando esos ojos oscuros, casi pudo sentir cómo le estaban acariciando el alma. Balbuceando, totalmente avergonzada intentó responder:

—Sí, soy Luciana. Creo que a tu padre no le gusto mucho.

Él sonrió:

—No te lo tomes a mal, es así con todo el mundo. Yo siempre cierro la parada. Si vienes a esta hora te puedo dar la fruta que sobre.

Solo pensar en lo que le haría ese hombre si lo descubría la hizo sonrojarse. Negó con cara asustada:

—No, no quiero pensar cómo se pondrá si se entera.

El chico acercó su mano, le ofreció varias piezas de frutas y las deslizó discretamente en la cesta que ella transportaba. Con voz susurrante añadió:

—Correré el riesgo. Será nuestro secreto.

A partir de ese día se hicieron inseparables. Ella perdía tiempo intentando encontrar una excusa para llegar al mercado a última hora y él la acompañaba hasta el orfanato paseando. Con el tiempo, Luciana dedicaba más tiempo del que hubiera sido necesario para acicalarse antes de ir a la compra, hecho que no pasó inadvertido a la madre superiora. Un día, cuando estaba a punto de salir, la llamó:

—Luciana, ¿ese chico que te acompaña cada día quién es?

La joven no pudo evitar sonrojarse.

—Es Fernando, el hijo del frutero.

—No voy a prohibirte que lo veas, pero ese hombre nos odia. Su mujer le abandonó para hacerse monja. Jamás permitiré que tengas algún futuro con

su hijo.

Luciana no contestó, aunque notó un nudo en la garganta que le oprimía con fuerza. La madre superiora añadió:

—Debes evitarlo. Si te enamoras de él sufrirás demasiado. Y ya has sufrido bastante.

En ese momento ella se dio cuenta de que estaba perdidamente enamorada. Era probable que él no sintiera lo mismo. Llevaban dos años volviendo juntos a casa y jamás se le había acercado para darle un beso o había intentado intimar más de la cuenta. Cuando llegó al mercado sentía su corazón desbocado y decidió comprobar si tenía sentido seguir pensando en él.

En cuanto estuvieron bajo el porche a punto de despedirse, ella acercó sus labios tímidamente a los del chico. Él no pudo resistirse y le devolvió el beso, que se tornó húmedo y suave. Luciana le abrió su corazón y le dijo que lo amaba, que siempre lo había amado. La mirada del chico se volvió dura. Le cogió las manos y le confesó:

—Yo también te amo. Más de lo que jamás pueda amar a nadie, pero mi padre no permitirá que me case contigo. Sin él no tengo nada que ofrecerte. Me han ofrecido un trabajo en Europa. Me marcharé y cuando reúna suficiente dinero volveré. Entonces nos casaremos.

Luciana notó cómo se le rompía el alma, pero decidió confiar en él y esperar a su vuelta. Los años pasaron y ella iba recibiendo cartas semanalmente. Él vivía en Portugal y trabajaba en la construcción. En sus cartas le decía que quedaba menos tiempo para estar juntos. Le enviaba fotografías donde podía ver ya a un hombre curtido por el trabajo, lejos del delgado chico que conoció. Y ella se concentraba más en el suyo propio, en ayudar a más niños a ser felices mientras su corazón esperaba que volviera su gran amor.

Un día se produjo un incendio en el orfanato. No hubo heridos, pero todo lo material fue arrasado por las llamas. Todas las cartas de Fernando quedaron desintegradas, todas las fotos desaparecieron. Las monjas y las niñas se trasladaron a otro orfanato y Luciana decidió colaborar en una ONG que acababa de instalarse en Brasil. Jamás supo nada más de Fernando. No tenía su dirección, perdida entre los restos del fuego. Jamás le llegó ninguna carta más de él.

El papel que sostenía en las manos el día que la sorprendí era del hijo de

Fernando. Le notificaba que su padre había muerto y que entre sus cosas encontraron una caja llena de cartas dirigidas a ella, que durante años le fueron retornadas. Su madre también había muerto, así que pensó que no haría daño a nadie localizándola y enviándole la caja. Luciana lloraba desconsoladamente mientras me explicaba que creía que la había abandonado, pero que él siempre la había amado. Aunque jamás se volvieron a encontrar.

Lo recuerdo y aún siento ese dolor en el estómago, esa tristeza por un amor que no es el mío pero que creo se merecía haber acabado de otro modo. Jamás he sentido un amor como ese, tan intenso. Yo creía que amaba a Pedro, pero ahora creo que lo que yo sentía estaba muy lejos del amor verdadero. Lo nuestro era un cariño basado en la confianza. Él era mi amigo, me cuidaba. No sentía la necesidad de sus besos de forma desesperada, el dolor de su ausencia no me rompía el alma. Éramos dos compañeros de camino, pero estoy segura de que confundimos nuestra amistad con algo mucho más profundo: el amor. Quizás éramos demasiado jóvenes. Nadie me había enseñado a amar, no sabía cómo reconocerlo, como desgranar los sentimientos que me envolvían. Llego a la conclusión de que definitivamente no sé lo que es estar enamorada y me compadezco de mí misma, porque probablemente ya nunca lo sabré.

En cuanto llegamos a Salvador de Bahía me instalo en el pequeño hotel que me ha reservado Marcelo. Es un bonito edificio del S. XVIII en el centro histórico de la ciudad, situado en lo alto de una colina. La fachada, de un tono mostaza, contrasta con los marcos de las puertas y ventanas, pintados en color teja. La terraza está decorada con un sillón de cañizo y una hamaca que cuelga de las anchas vigas de madera y ofrece unas vistas preciosas de la Baía de Todos os Santos, la mayor de las entradas marítimas costeras de Brasil. La mirada se pierde en el horizonte hasta alcanzar la isla de Itaparica, que se levanta exuberante y verde sobre la inmensidad del océano.

Una gran cama con dosel cubierta con sábanas blancas de algodón preside la estancia, destacando sobre un pulido suelo de madera tropical. Me siento bien, el lugar es precioso y reconozco que salir de la fundación unos días ha sido una buena idea. La imagen del maravilloso entorno en el que me encuentro solo está empañada por el recuerdo de los ojos tristes de Wenda cuando nos hemos despedido. Me obligo a pensar que ella estará bien y me

desvisto para, por fin, darme una buena ducha con la presión y temperatura perfectas, antes de introducirme en la gran cama y dormir más de diez horas seguidas.

Al día siguiente pasamos todo el día callejeando por las empinadas calles adoquinadas del Pelourinho —el barrio histórico de la ciudad—, maravilladas con los coloridos monumentos de estilo colonial algo decadentes que se encuentran a cada paso. La mayoría de los edificios están poco conservados. La humedad y el salitre provocan que los colores hayan adoptado un tono matizado, como si los hubieran pintado con tizas de todos los colores inimaginables. Las líneas que enmarcan las grandes contraventanas de madera dibujan sus sinuosas formas en un blanco impoluto. Antiguamente era un barrio eminentemente residencial, donde se concentraban las mejores casas de la ciudad. Probablemente escogieron esa ubicación por su posición estratégica en lo alto de un abrupto terreno, con vistas inmejorables sobre el puerto. A pesar de los elegantes edificios, los bahianos disfrutaban la vida en la calle: un barbero que corta el pelo, paradas con dulces caseros o simples tiendas de artesanía local invaden las estrechas aceras mientras los sorteamos divertidas. Como buenas turistas, finalizamos nuestro paseo subiendo al elevador Lacerda, uno de los símbolos de la ciudad, que conecta la “Ciudad Alta” con la “Ciudad baja”. Desde los 70 metros de altura que tiene observamos toda la Bahía, disfrutando del espectáculo que nos da el agreste mar. Fotografiamos cada detalle de las pequeñas construcciones de colores que asoman, unas sobre otras, resiguiendo el desnivel del terreno. Sara conoce perfectamente la ciudad y ha sido una guía estupenda, amenizando el recorrido con un sinfín de anécdotas divertidas. El ascensor nos desciende a gran velocidad hasta la parte de la ciudad cercana al puerto. Allí nos dirigimos a una inmensa plaza, donde se sitúa el edificio del ayuntamiento frente al majestuoso palacio Rio Branco, la antigua sede de gobierno de estado de Bahía. La blanca piedra de la fachada de la imponente construcción neoclásica destaca sobre los adoquines grises y desgastados que rodean la plaza. Varias mujeres vestidas de bahianas se acercan a nosotras con miles de pulseras de telas de colores en las manos. El vestido típico que llevan consiste en una amplia falda de vuelo, un gran turbante en la cabeza y numerosos y coloridos collares que repiquetean sobre su pecho al andar. Una de ellas lleva una cesta con una especie de buñuelos. No puedo evitar preguntar:

—¿Qué es eso?

La mujer contesta orgullosa:

—*Acarajé* —y me ofrece uno de los bollos.

Yo lo acepto sorprendida mientras Sara completa la explicación:

—Es un bollito de frijol frito en aceite de dende, característico del candomblé. Era una especie de ofrenda a sus dioses. Aunque ahora lo puedes encontrar en todas partes, ellas lo consideran una comida sagrada. Su receta no puede ser modificada y debe ser preparada solo por los santeros.

La mujer sonrío satisfecha al ver cómo me deleito saboreando el dulce. En segundos, la anciana que la acompaña se acerca manteniendo sus cansados ojos en mí. Su velada mirada y su cetrina piel le dan un aspecto tétrico. Deduzco que debe ser una de las santeras. El instinto me obliga a dar un paso atrás al sentir algo extraño en mi interior, mientras ella coge sigilosamente mi mano y ata una de las finas pulseras de tela en mi muñeca con tres nudos. La seriedad con la que me estudia me comienza a afectar, hasta que las palabras salen de su boca:

—*Pede un desejo*.

La otra mujer me explica que debo pedir un deseo. Cuando los nudos se deshagan por sí solos, este se cumplirá.

Acaricio la pulsera deseando con todas mis fuerzas que Wenda sea feliz, mientras Sara me explica el significado de los diferentes colores y mensajes que llevan. Así, según el color elegido, será el aspecto que debes reforzar en tu vida. Si el deseo es para otra persona, conseguirás reforzar ese aspecto en la de ella. La de color blanco que llevo atada significa “seguridad y pureza”.

Al ver a turistas dispuestas a comprar, varias mujeres más se reúnen a nuestro alrededor gritando sin parar en un intento de convencernos. Sus fuertes voces y su cercanía me comienza a alejar de la placidez en la que estaba instalada, provocando en mí cierta incomodidad. Así que, con la intención de poder continuar nuestro paseo con rapidez, escojo dos pulseras más al azar y me las ato sin pensar demasiado. La anciana bahiana se acerca a mi oído con voz susurrante y acaricia una de las cintas. Solo dice en portugués:

—Rojo, peligro, pasión...

Sara sonrío ante mi actitud temblorosa al oír esa siniestra voz y me aclara:

—Suerte que también has escogido la amarilla. Como ves, lleva escrita la palabra “Felicidade”. Cuando se desaten los nudos por sí solos, significará

que tu vida estará llena de alegría y felicidad.

Yo la miro incrédula, pues nunca he sido demasiado supersticiosa. Aun así, decido mantener la tradición y esperar a que los trozos de tela se separen por sí solos. Solo por si acaso.

En cuanto consigo alejar de mí el mal presentimiento que la mujer bahiana me ha transmitido, finalizamos nuestro paseo con una puesta de sol preciosa en el faro de Barra. El alto cilindro pintado con rayas blancas y negras se encuentra en una punta de la bahía, sobre un pequeño montículo que vigila la playa de Barra. Nos acomodamos en la arena para disfrutar del espectáculo que nos ofrece el sol mientras el calor envuelve nuestros cuerpos. Las tres gozamos del delicioso momento saboreando un zumo de caña de azúcar que nos han preparado al instante. Pequeños puestos donde se venden recuerdos rodean el faro y varias personas se congregan alrededor de unos chicos que practican capoeira.

Finalizo el día tal y como lo he comenzado: con una sonrisa instalada en mis labios. Los paisajes aquí desprenden tanta belleza y la luz lo llena todo de una intensidad tan especial que mis ojos no dejan de admirar cada rincón con cierta incredulidad, como si me hubiera sumergido en un sueño. Es un país lleno de color y eso transmite una alegría inusitada a mi espíritu. Transitando por sus calles me he dejado llevar por la cadencia de un ritmo y un modo de vivir que me han envuelto como una burbuja flotante.

Al llegar al hotel pienso en mis hijos y decido llamarles, aprovechando que aquí no tengo problemas con la línea; pero, a pesar de intentarlo varias veces, no consigo que me conteste ninguno de los dos. Finalmente decido llamar a Eva y ella me habla con su entusiasmo habitual:

—Hola, Cari. ¡Por fin! ¿Cómo va todo?

—Genial, Eva. Estoy de turismo por Salvador y es precioso. Qué pena que no puedas venir a verme. Sería genial que estuviésemos las dos aquí.

—Sí, bueno, recuerda que yo ya estuve hace años y ahora tengo cosas más importantes entre manos.

—¿Qué tal tu niña? Por cierto, ¿ya tiene nombre?

—Sí, se llama Noelia.

—¡Ohhh, es precioso!

—Sí, me compré un libro de nombres y cuando lo leímos nos gustó al momento.

Durante unos segundos las dos nos quedamos en silencio. Finalmente yo

rompo el hielo:

—¿Nooos? ¿Eso quiere decir que hay algo que yo no sepa?

La voz de Eva se altera y noto que no le apetece mucho ahondar en el tema. Quizás ha empezado alguna relación y aún no está preparada para hablar de ello. Lo cierto es que yo tampoco le he explicado lo de Albert, ni el beso de Alex. Bueno, eso no significó nada, pero prefiero mantenerla al margen. Ella interrumpe mis pensamientos:

—Nada, tengo un amigo que me está apoyando mucho, pero no es nada serio.

—Eva, me alegro por ti. Lo que más deseo es que seas feliz y, si encuentras a un padre para Noelia, mejor que mejor. La mayoría de hombres saldrían huyendo ante tu situación y si te está ayudando a escoger un nombre, seguro que es un buen hombre. ¡Ya tiene mi bendición!

Noto que la situación le incomoda por lo que constato que ese “amigo” es más importante de lo que quiere hacerme ver. Su vida amorosa no ha sido muy estable, así que es comprensible que no quiera hacerse demasiadas ilusiones. De pronto, Eva suelta una de sus pegadizas risitas y me pregunta:

—¿Y tú qué? ¿Qué tal Albert? El otro día hablé con él y solo habla maravillas de ti. Creo que le gustas bastante. Ya le dije que probablemente aún no estabas preparada para tener una relación, pero estoy segura de que cuando venga lo intentará. Solo decir tu nombre podía sentir el deseo en sus ojos. Ana, suéltate, no todos los días se tiene un hombre como él tras de una.

“Si tú supieras...”. Intento zanjar el tema con rapidez:

—¡Eva! Pero ¿qué dices? Somos solo amigos y asunto concluido.

—Ay, hija, qué remilgada eres. Bueno, muchos besos y hablamos pronto. ¡¡Y disfruta!! ¡No pienses, solo vive el momento!

Como siempre la conversación se ha alargado más de lo previsto y debo darme prisa en arreglarme para la cena de esta noche. Quería llamar a Albert pero lo aplazaré hasta mañana.

Tras muchos días de llevar cómodos pantalones cortos y camisetas de tirantes hoy podré disfrutar vistiéndome con un veraniego vestido de seda verde. Su suave tela es fresca y se ciñe elegantemente a mi silueta, pero sobre todo destaca sobre mi piel morena y queda perfecto con el color de mis ojos. Me calzo unas sandalias de tacón y me maquillo algo más de lo habitual. Finalmente me aliso el pelo y dejo mi lacia melena suelta sobre mis hombros. Cuando me observo al espejo yo misma estoy maravillada del cambio. Llevo

tantos días con el pelo recogido y camisetas viejas que no recordaba que puedo sentirme atractiva con un poquito de aderezo.

Cuando Sara y Mara me recogen, la primera lanza un silbido de admiración:

—¡Uauuuuu! Miren a *Miss Triste*. Estás espectacular.

Sara lleva un vestido negro que marca sus voluptuosas redondeces con descaro. Sus rizos oscuros le caen como una cascada por la espalda. Mara lleva unos pantalones estrechos y un jersey rosa que le deja al descubierto los delgados huesos de su hombro de manera muy sensual. Me pide que la maquille y consigo que sus ojos color avellana destaquen de una manera prodigiosa. Las tres observamos nuestra imagen en el gran espejo de la entrada y Sara vuelve a emitir un silbido:

—Estamos impresionantes. ¡Esta noche vamos a arrasar!

Bajamos al *hall* del Hotel, donde Marcelo nos está esperando con su esposa. Es una morena muy llamativa que viste un vestido rojo que se adhiere a su cuerpo como una segunda piel. Debo reconocer que le sienta muy bien. La chica es tan extrovertida que conecta con nosotras en pocos segundos. Nos explica sonriente que han quedado con sus amigos en un restaurante que se encuentra al final de Pelourinho, donde probaremos la mejor *carne do sol con aipim* de la ciudad.

Callejamos junto a ellos por las estrechas calles empedradas, observando encantadas los pequeños locales decorados con lucecitas que brillan intensamente a nuestro paso. Marcelo nos explica cómo en unas horas el barrio se transformará y se convertirá en el centro del “movimiento” (así llaman a la marcha nocturna). Incluso con espectaculares *shows* de capoeira y batucada al aire libre. Tras pasar el Convento Do Carmo, vemos un pequeño cartel tallado en madera que cuelga en la fachada y nos adentramos en lo que parece un antiguo almacén. Seguimos a la pareja doblando por la derecha del mostrador (como si fuéramos los empleados) y al final del corredor nos sorprende una terraza con varias mesas dispuestas sobre una impresionante vista de la bahía, que luce ahora totalmente iluminada. Mara y yo nos quedamos boquiabiertas de la impresión. Solo por cenar en este sitio ya no me arrepiento de haber venido.

Los dos amigos de Marcelo nos esperan acompañados por varias personas más, que nos dan una cálida bienvenida. Cenamos la famosa carne seca con

puré de *aipim*, que está deliciosa, acompañada de un buen vino. Me siento relajada como hacía mucho tiempo no lo estaba. Mi risa surge de manera espontánea ante las anécdotas y bromas de los otros comensales y disfruto cada minuto intensamente.

Tras la cena, decidimos seguir la fiesta en un local donde Joao, el amigo de Marcelo, promete darme clases de baile para enseñarme a mover mis caderas como lo hacen en la samba. No se me da mal bailar, pero el tema de llegar a dominar la samba me resulta imposible. Creo que deben tener algún gen especial que les hace mover sus músculos a una velocidad tan extrema sin perder el ritmo. En cuanto llegamos, los chicos me traen una caipiriña, que está deliciosa. Sin darme cuenta comienzan a caer en mi mano una tras otra. El bar es sencillo y está muy oscuro para mi gusto, pero los chicos que me acompañan son divertidos y disfruto el momento sin pensarlo mucho. El sitio es pequeño, sofocante y hay demasiada gente, así que sin pensarlo apuro las bebidas a una velocidad de vértigo.

Los amigos de Marcelo me llevan a la pista que se encuentra en el centro del local repleta de gente y empiezan a bailar a mi alrededor. Sus movimientos son extremadamente sensuales. A medida que la canción avanza noto sus cuerpos más cercanos al mío. Mi cabeza empieza a no discernir muy bien hasta qué punto sus manos me están rozando o es solo fruto de mi imaginación. Cada vez me siento más aprisionada entre esos grandes cuerpos y empiezo a notar una cierta aversión hacia ellos. Levanto la cabeza y busco alguna cara de confianza a mi alrededor, pero Sara y Mara no aparecen por ningún lado. Estoy alterada, bastante mareada y siento cómo el sudor se adhiere a mi piel. Unas manos desconocidas inician su camino y me soban a través de la fina tela del vestido. Una gran erección se me clava en el trasero. Por Dios, tengo que salir de aquí.

Justo en el momento en que me decido a gritar en busca de ayuda, un brazo fuerte me rescata y estira de mí. Casi en volandas le sigo a través de la multitud hasta el exterior. El imponente cuerpo que me arrastra cesa su camino bruscamente al traspasar la salida. Bajo la luz de la entrada, gira mi cuerpo y me enfrento a dos inmensos ojos azules que me atraviesan llenos de odio. Alex grita terriblemente enfadado sin dejar de agarrarme los brazos con violencia:

—¿Se puede saber qué haces? ¿Qué querías, que te violaran allí mismo?

La indignación que siento provoca que mi embriaguez desaparezca en un suspiro y le contesto en tono desafiante:

—¿Qué haces aquí? Creo que ya soy mayorcita para saber lo que hago. Solo estaba bailando, me estaban enseñando a bailar samba.

Me mira con cierta ironía, aunque su nivel de enfado sigue al máximo.

—¿Samba? Te aseguro que la samba no se baila así.

Y entonces lo hace: sonrío sensualmente y me mira con los ojos entornados, mientras siento que me derrito por dentro. Acerca sus labios a mi oído y me susurra con rabia contenida:

—Solo querían follarte. Oí cómo estaban haciendo apuestas sobre ti. Lo que querían era hacer un trío contigo en los baños.

Ya ha vuelto a cabrearme. Intento soltarme de sus manos, pero en pocos segundos estas pasan de mis brazos a mi cintura y la retienen con fuerza. Su boca se acerca peligrosamente a la mía. Y no sé si es por la bebida, el calor o el sinuoso baile que he vivido en el interior, pero sin pensarlo nos enzarzamos en un beso profundo y caliente. Siento cómo un ardor interior se apodera de mí a una velocidad de vértigo, acelerando mi pulso hasta la extenuación. Sus manos comienzan a avanzar por todo mi cuerpo impunemente, provocando que mi garganta emita pequeños gemidos, mientras nuestras lenguas se niegan a separarse, produciendo instantes de placer que deseo que no acaben nunca.

Cuando consigo separarme unos centímetros de su boca con voz jadeante solo puedo decir:

—Al hotel. Está aquí cerca.

Él asiente. Caminamos sobre las calles empedradas totalmente entrelazados, parando cada pocos pasos para iniciar otro tórrido beso interminable, mientras nuestras manos se introducen bajo la ropa en busca del ansiado contacto. Cuando llegamos al hotel no hay nadie en recepción, así que nos introducimos rápido en el ascensor con nuestros cuerpos aún enredados en una marea de caricias. Alex me baja los tirantes del vestido y su lengua empieza a lamer sin tregua la piel de mis pechos hasta llevar mi excitación al límite. Yo intento razonar: “Debería hacer que parara. Estamos en un ascensor, cualquiera puede vernos”. Pero lo único que deseo es sentir la gran erección que mantiene entre mis piernas dentro de mí urgentemente. Como si me leyera el pensamiento me levanta el vestido y me arranca las pequeñas bragas brutalmente, comprobando que estoy preparada. Su lengua

sigue excitando mis pezones exasperadamente mientras yo le desabrocho los pantalones. Rápidamente se introduce en mi sexo con un movimiento rítmico, tan intenso y brutal que los dos alcanzamos el éxtasis en pocos segundos. Cuando el ascensor llega a su destino, nos da el tiempo justo de recoger mis bragas rotas y subirse los pantalones. Por suerte no hay nadie en el rellano y entramos rápido en la habitación.

Una vez dentro siento su ronca voz que se acerca a mi oído, mientras alterna sus palabras con pequeñas caricias de su lengua en mi cuello:

—Ana, Ana, me vuelves loco. Esto ha sido solo el aperitivo. Una imprudencia. Sin condón.

Yo me siento tan abrumada que no consigo prácticamente hablar, mientras sigue resiguiendo mi cuello con su lengua húmeda.

—Llevo un DIU hace años y en la fundación, la revisión.

En la fundación nos obligan a hacernos analíticas exhaustivas. Muchos de los niños tienen riesgo de padecer sida u otras enfermedades, así que es un tema que controlan mucho. Alex lo entiende al momento, así que sonrío mientras sus manos empiezan a deslizarse entre mis muslos en busca de mi sexo desnudo y húmedo. Su ronca voz sigue susurrando:

—Bien, en ese caso tenemos una larga noche por delante...

De pronto algo empieza a nublar mi sentido del equilibrio. Al abrir los ojos observo el majestuoso techo tallado de madera que revolotea sobre mi cabeza.

—Alex, creo que me estoy mareando.

Siento que me fallan las piernas. Sus musculosos brazos me sostienen mientras me ordena:

—Ven, vamos a la ducha.

—¿A la ducha? ¡No! Continúa, por favor.

Mi voz es una súplica que se vuelve exigencia al ver cómo me abandona su contacto. Necesito desesperadamente que sus dedos sigan hundiéndose en mi caliente y húmedo sexo. Sus movimientos provocan en mí interior fuertes oleadas de placer, que recorren todo mi cuerpo como una asoladora onda expansiva. No quiero dejar de sentirlo. Alex me mira contrariado.

—Tienes que despejarte. No quiero aprovecharme de ti si no estás en condiciones.

¿En qué condiciones? ¡Estoy mejor que nunca! Lo del ascensor ha sido lo más apasionante que haya hecho jamás. El contacto de sus manos, su voz, su

cuerpo. Todo provoca en mí una reacción de abandono total. No hay nada más, él y yo y una pasión asoladora que jamás había sentido antes. Aún así le sigo al baño sin rechistar. Me siento en el retrete mientras observo cómo se tensan los fuertes músculos de sus morenos brazos al accionar los mandos de la ducha. Tiene un cuerpo perfecto, unos hombros anchos y unas nalgas prietas que no dejan de reclamar mi atención. Él se acerca y me ayuda a levantarme mientras baja la cremallera del vestido lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos, con tanto deseo que me gana al momento. La ropa cae suavemente a mis pies y yo me siento tan expuesta que bajo la vista avergonzada. Cuando se da cuenta de mi incomodidad acompaña mi barbilla con sus dedos y me obliga a devolverle la mirada.

—Ana, no lo dudes, te deseo. —Es un leve susurro mientras sus hábiles dedos me desabrochan el cierre del sujetador con suavidad—. Te recuerdo que acabo de arrancarte las bragas en un ascensor. ¿Aún no te has dado cuenta de que me vuelves loco?

Solo recordarlo siento cómo mi sexo se contrae. El rubor aún se instala más tenazmente en mi rostro.

—Ya, es que estarás acostumbrado a cuerpos más tersos, pechos grandes. Ya sabes, como Jud...

Él se aparta ligeramente de mí sonriendo con incredulidad, mientras su mano acaricia tiernamente mi mejilla.

—¿A qué viene eso? Jud tiene unos pechos impresionantes, pero me gustan más los de verdad.

¡Vaya! ¿Son falsos? Eso me provoca una sonrisa inconsciente, mientras él me coge en volandas y me introduce en la ducha.

—¡Ahhhh, está fría!

Me quejo divertida, aunque permanezco bajo el chorro helado. Alex ríe mientras se va quitando la ropa y vigila de reojo que no escape. Observo sus marcados abdominales y sus fuertes pectorales que se acercan a mí. Solo se me ocurre pensar que la temperatura del agua debe haber aumentado unos grados, porque una ola de calor va creciendo en mi interior como un devastador terremoto. Sus grandes manos me enjabonan suavemente mientras su ronca voz me convence de que adora mi piel, mi suavidad, mis pechos. Y sé que esta noche seré suya por completo. No puedo negar más el latigazo de deseo que siento por él cada vez que me roza y no lo voy a hacer. Haré caso a Eva: disfrutaré como nunca lo he hecho.

8. Rumbo al arrepentimiento

Cuando la luz de la mañana acaricia mi piel desnuda, despierto del profundo sueño en que caí rendida tras la noche de sexo más increíble que haya tenido jamás. Abro los ojos lentamente y observo la cama vacía; Alex se ha ido, lo que en realidad me aboca a un sentimiento de alivio y tristeza a partes iguales. Ruedo por la cama sobre las sábanas revueltas y aún puedo sentir su aroma que me envuelve. Intento recordar todo lo que ha sucedido en las últimas horas, pero el dolor intenso en mi cabeza no me permite hacerlo con agilidad. Giro la vista hacia la mesita y veo una bandeja de desayuno junto a un zumo y una píldora. Una nota lo acompaña:

Ana,

He tenido que marcharme temprano a la fundación (nadie sabía que estaba aquí). Estabas tan dormida que no quería despertarte.

Tómate el zumo y la aspirina, te irá bien para la resaca.

Gracias por esta noche, ha sido genial. Te pido que quede entre nosotros. No quiero tener problemas con mi padre.

He decidido que a partir de ahora ya no serás nunca más Miss Triste. Eres mi Linda. Estoy seguro de que Luciana me dejará compartir el nombre que escogió para ti; ella siempre sabe ver más allá. Un beso, mi Linda.

Alex

Una sonrisa ilumina mi cara. Soy consciente de que nuestra atracción es simplemente sexual. Pero en determinados momentos de la noche se ha mostrado tan tierno, tan lejos del chico altivo que suele ser... Su actitud me desconcierta y me desarma. Estoy de acuerdo en que debemos mantener esta noche en secreto, no va a repetirse más y no quiero que Albert se ofenda. Él tiene claro que nuestra relación no implica nada, pero ¡Dios! ¡Es su hijo!. ¿Cómo se me ha ocurrido? Esto no debería haber pasado jamás.

Al momento oigo unos golpes en la puerta. La voz de Mara suena ahogada tras la madera:

—Ana, abre. Soy Mara.

Me levanto con dificultad. Siento un dolor más agudo en la sien a medida que me desplazo por la habitación hasta alcanzar la manilla de la puerta. Noto cada uno de mis músculos doloridos por la intensidad de la noche. Cuando

abro, ella me mira horrorizada.

—¡Ana, vaya cara! ¿Estás bien?

Yo la miro con los ojos entrecerrados a causa de la intensa luz que proviene del pasillo.

—Tengo resaca y me duele todo, pero estoy bien.

Miro alrededor y constato que Mara está sola. Su cara denota preocupación, así que pregunto:

—¿Y Sara?

Su voz suena indecisa. Sus ojos se centran en la cama deshecha y rodean la habitación como si fueran en busca de algo.

—Bien, vendrá dentro de un rato. Ana, estás sola, ¿no?

Me sorprendo por la pregunta y pongo cara de ofendida.

—¡Pues claro! ¿Quién quieres que esté?

Su tono de voz se vuelve cauteloso intentando escoger las palabras más acertadas:

—Ana, te vi. Ayer, cuando saliste con Alex del bar. Yo estaba en el callejón y vi cómo os besabais. Vi cómo os ibais juntos.

Creo que voy a morir.

El rubor sube por mis mejillas, recordando el fuego que nos consumió en cuestión de segundos. No puedo debatir nada a eso:

—Bueno, sí, ha sido un error. Bebí demasiado. Los chicos me estaban acosando y Alex... ¡apareció!

Mara abre sus expresivos ojos mostrando sorpresa.

—¿Y qué hacía allí? ¿Te rescató como un caballero andante de los malvados? Aún va a resultar que este chico es un romántico. —Una sonrisa cómplice crece en su rostro por momentos.

Yo niego con la cabeza.

—No sé qué hacía allí, pero creo que el motivo no tenía nada que ver con el romanticismo. Fue más bien... —¿sexo salvaje?— ... casualidad. Por cierto, ¿y tú que hacías en el callejón? Os estuve buscando en el bar a ti y a Sara.

Mara baja los ojos incómoda. Su cuerpo se tensa ante la pregunta, por lo que me siento a su lado y le aprieto la mano con delicadeza. Mi voz suena dulce ante el desconcierto de sus ojos:

—Explícamelo.

—Bueno, estoy muy confundida. Creí que hablar contigo me ayudaría...

Yo le sonrío intentando transmitir tranquilidad.

—Claro que sí. Confía en mí.

—Estaba con Sara. Ella... yo... Nunca me habían gustado las chicas, pero Sara...

Yo me quedo tan sorprendida que no sé qué decir. Pero sé que ella espera mi apoyo y hago un esfuerzo por que mi respuesta suene lo más natural posible:

—Pero entonces, ¿Sara es lesbiana? ¿Tú lo sabías?

Mara se revuelve en el asiento.

—Ella me dijo que había tenido relaciones con hombres y con mujeres. De hecho Alex fue su primer novio. —Cuando ve que mi frente se arruga ceñudamente al oír esta afirmación, sonrío y me aclaro—: Tenían 16 años, fue una tontería. Sara dice que es como un hermano para ella. El caso es que un día conoció una chica y se sintió atraída por ella. Cree que no se ama a un hombre o a una mujer por el sexo al que pertenece sino que ella se enamora de la persona. Dice que yo soy especial.

—¿Y tú qué crees? ¿Sientes algo por ella?

—Sé que junto a ella soy muy feliz. Me trata con cariño y es muy divertida. Pero ayer... Yo jamás había besado a una mujer y creo que me gustó. Luego fuimos a su habitación y bueno, fue increíble. Jamás me había sentido así. Hay algo en ella que me atrae sin remedio.

La comprendo mejor de lo que ella puede imaginar. Y yo pensaba que tenía problemas.

Acaricio su áspero pelo con mis dedos intentando escoger mis palabras con cautela:

—Mara, no debes sentirte mal por tener esos sentimientos. Son tan legítimos como cualquier otro. Si tu realmente estás feliz con ella y has disfrutado no debes arrepentirte. Pero una relación entre dos mujeres siempre es complicada. Aunque parece que todo ha avanzado mucho, la gente no es sincera y la mayoría de veces os discriminará. Pero si tú crees que vale la pena, sabes que yo te apoyaré.

Mara me interrumpe. Sus ojos desprenden silenciosas lágrimas mientras habla con decisión:

—Nunca había sentido nada igual por nadie, pero me asusta. Jamás pensé que podría sentirme atraída por una mujer y eso me desconcierta. Pero no quiero perderla. Lo siento, Ana, necesitaba hablar con alguien.

—Mara, eres mi ojito derecho y quiero que seas feliz. Yo estaré siempre aquí cuando me necesites.

Las dos nos fundimos en un fuerte abrazo. Yo le acaricio la espalda protectoramente y lentamente su llanto se va convirtiendo en una risita tonta mientras, sin querer, grito mis pensamientos en voz alta.

—¡Vaya par! Las que no querían complicarse la vida. ¡Menos mal!

Mara me besa en la mejilla y me suelta divertida:

—¿No me vas a explicar nada de Alex?

Yo pongo cara de misterio mientras añado:

—Eso es secreto de sumario. Y preferiría que nadie lo supiera. Por favor, dile a Sara que sea discreta.

Levanta la mano en señal de juramento.

—Está bien, prometido. Tus hijos deben estar orgullosos de tener una madre con la que se puede hablar de todo. Mis padres no lo hubieran aceptado tan fácilmente. Solo hubiera sido otra decepción.

Yo le respondo con melancolía:

—Bueno, yo no estaría tan segura. Creo que mi perspectiva de la vida ha cambiado mucho últimamente. Hace unos meses no creo que hubiera pensado del mismo modo, probablemente me hubiera escandalizado hasta de mí misma. —Mientras digo eso pongo cara de asustada y subo las palmas de mis manos sobre mi cabeza.

Mi teatralidad hace que Mara vuelva a soltar una carcajada mientras yo me dirijo a la ducha. En pocos minutos llegará Sara y, tras acabar nuestra visita por la ciudad, volveremos a la fundación. Mientras me estoy desvistiendo suena mi teléfono. Le pido a Mara que lo coja, pero ella se acerca con el aparato en la mano y me susurra entre dientes para que el interlocutor no la oiga:

—Es Albert.

Yo le hago señas para que le diga que estoy en la ducha y corte rápido. Oigo cómo ignora mis indicaciones y empieza a entablar una conversación con él mirándome divertida.

—Hola, Albert. ¿Qué tal?

Agudizo el oído intentando descifrar su voz.

—

—Ana está en la ducha, pero si quieres le doy algún mensaje. Ayer salimos hasta tarde y creo que bebimos más de la cuenta. Acabamos de

levantarnos.

Yo la observo mentir descaradamente desde el quicio de la puerta del baño. Habla tranquilamente mientras va dando tumbos por la habitación. Cuando veo que se acerca peligrosamente a la nota que me ha dejado Alex, salgo corriendo hasta la mesita intentando arrancársela de las manos. Espero que no haya leído nada.

Cuando le quito el papel la veo sonreír cínicamente mientras contesta pacientemente al interrogatorio de Albert:

—¿Alex? No, él no vino. Fuimos las chicas con unos amigos de Marcelo... Sí, se lo diré... Ok. Besos.

Cuando cuelga me mira con sonrisa maliciosa.

—¿Mi Linda? Albert estaba muy interesado en saber con quién habías estado. ¿Tienes que contarme algo más?

La miro con cara de resignación.

—¡Ufff! Voy a darme una ducha. ¡Creo que si no mi cabeza va a estallar!

Mientras me ducho pienso en Albert y reconozco que soy una cobarde por no haberme puesto al teléfono. Pero las sensaciones de la noche pasada con Alex están aún demasiado impresas en mi piel, los recuerdos demasiado cercanos. Nunca he sabido mentir, por eso siempre tenía a Eva cubriéndome las espaldas de manera experta. Aunque ella siempre decía que no mentía, alteraba la realidad a su gusto para ofender lo mínimo posible a los que nos rodeaban. Supongo que eso es lo que debería hacer yo.

Lo que he descubierto hace solo unos momentos es tan cierto... Antes de llegar aquí no hubiera sido capaz de vivir las experiencias que estoy sintiendo y no escandalizarme. Era una mujer de su casa, de su familia y no veía más allá. Viví durante años en una burbuja y estoy segura de que, si Clara me hubiera confesado lo que me ha explicado Mara, me hubiera disgustado mucho, la habría juzgado con mucha más dureza. Creo que empiezo a sentirme libre para disfrutar de nuevas sensaciones y comprender mejor las que viven los demás. Esta experiencia me está haciendo mejor persona, de eso estoy segura. Tan solo me queda hablar con Alex y dejarle claro que no va a volver a suceder. La atracción que siento por él es demasiado fuerte y sé que puede arrastrarme al infierno si no me separo a tiempo. El Alex salvaje que me sorprendió en el bar ha pasado a ser tierno, protector y ante todo sorprendente. A pesar de nuestra diferencia de edad su experiencia es mucho mayor. Sabe cómo hacer que una mujer disfrute cada minuto junto a él. Es el

hombre más sensual que he conocido. La pasada noche las horas han sido solo nuestras, no he pensado en nada más, en nadie más. Tan solo me he dejado arrastrar por las extremas sensaciones que me ha producido. Recuerdo su delicada sonrisa al ver cómo me estremecía con sus provocaciones y su voz susurrante que me repetía una y otra vez al oído: “Me vuelves tan loco. Creo que no podré parar nunca, mi Linda Ana”. Y yo me sentía tan bien entre sus brazos como si le perteneciera en toda mi totalidad. No le estaba entregando mi cuerpo, era algo mucho más profundo. No sabía que el sexo podía hacerte sentir así.

Al minuto pienso en su padre. Es odioso comparar, pero debo aclarar la naturaleza de mi relación con ellos o me volveré loca. Los encuentros con Albert los recuerdo más comedidos, más tensos. Él fue extremadamente delicado esperando siempre a que le diera permiso, lo que evitó que me relajara peligrosamente como lo he hecho con Alex. No me dejé arrastrar por la pasión, por el deseo. No dejé que me arrancara las bragas en un ascensor. Debo estar loca. Me convengo de que es una relación mucho más segura para mí. Los dos sabemos cuáles son los límites y ninguno está demasiado interesado en transgredirlos. En cambio, Alex es un provocador nato. No me conviene complicarme la vida, debo hablar con él y aclarar varios puntos antes de que llegue su padre.

Estoy deseando llegar a la fundación y abrazar a Wenda. En cuanto traspaso la verja de entrada, inconscientemente busco a Alex pero no lo veo, lo que me produce un gran alivio. Luciana se encuentra en la entrada hablando con el nuevo repartidor de material que viene semanalmente a suministrarnos los pedidos. Me acerco a ellos y me lo presenta. El antiguo se ha jubilado y este será su sustituto. Es un hombre de baja estatura con una prominente barriga cervecera. Cuando sonrío observo que le faltan un par de dientes y los que conserva tienen un tono amarillento probablemente debido a un exceso de nicotina. Su mirada turbia me provoca un escalofrío; aun así le doy la mano educadamente e intercambio una pequeña conversación con él, que se interesa por cosas banales como mi país de origen o mi trabajo en la fundación. Un grito detrás nuestro da la charla por finalizada. Veo a Wenda que viene corriendo hacia mi hasta fundirnos en un emotivo abrazo. Está sonriente y feliz, lo que me quita de golpe el remordimiento que sentía por abandonarla. Tras ella aparecen el resto de niños que se unen a nuestro abrazo

uno tras otro, hasta tirarme al suelo entre carcajadas.

Al levantar la vista reconozco el fuerte brazo que me ayuda a incorporarme. Alex me sonríe imponente con su cámara de fotos al cuello. Siento cómo me ruborizo al oír el tono grave de su voz:

—*Bem—vida, Miss Triste.*

Yo le miro provocativamente.

—Cre  que ya no ibas a llamarme más así.

Sus ojos mantienen su mirada mientras se acerca a pocos centímetros de mi rostro y susurra solo para mis oídos.

—“Mi Linda” está reservado solo para cuando te tenga desnuda ante mí.

Mi cuerpo reacciona al momento temblando y mi mente admite sin reparos que seguir su juego ha sido un error. Debo aclarar las cosas con él, pero Jud se ha acercado tanto que puede oír nuestra conversación sin problemas, así que decido cambiar de tema bruscamente:

—Wenda está genial. Se la ve muy feliz.

Jud nos mira recelosa intentando descubrir qué tramamos. Mientras nos habla observa nuestras reacciones con interés:

—Sí, al principio estuvo algo triste pero Luciana la ha cuidado mucho. Le explicó claramente que solo te habías ido un par de días. Lleva horas esperándote nerviosa.

Al momento gira su rostro hacia Alex y, aunque baja el tono y habla en inglés, agudizo el oído todo lo que puedo.

—Alex me tienes abandonada. El domingo por la mañana vine a tu habitación para que fuéramos a hacer *footing* juntos y estuve llamando pero no me contestaste. No creo que estuvieras durmiendo. Lo cierto es que estuve tentada de entrar y despertarte cariñosamente.

 l contesta con el aplomo habitual, sin dudar, mientras me observa de reojo:

—Me levant  temprano, era un amanecer precioso y decidí hacer unas fotos. Y casualmente encontr  una flor muy “linda” que me cautivó durante horas.

Levanto la vista hacia él totalmente ruborizada y sorprendida de lo provocador que llega a ser. Intento decir algo coherente, pero las palabras se enredan en mi boca sin ningún sentido:

—Me... voy. Mejor. S . Wenda, adiós.

Cuando les doy la espalda y arrastro a Wenda hasta el comedor

prácticamente corriendo, puedo sentir una intensa mirada azul que se clava en mi espalda, mientras imagino una media sonrisa irresistible que la acompaña.

Los días pasan y aún no consigo encontrar el momento oportuno para hablar con Alex. Los dos estamos absortos en nuestro trabajo, aunque no podemos evitar cruzar nuestras miradas a la mínima ocasión. Es como si su sola presencia fuera un gran imán que me arrastra hacia él sin contemplaciones cuando se encuentra en mi campo de acción.

La única persona que sé que no se pierde detalle de esta irracional atracción es Jud, que aprovecha uno de los momentos que estamos a solas para interrogarme:

—Ana, esto de estar aquí y haber dejado a tu familia debe ser duro para ellos.

Mi primera intención es ignorarla al ver el tono con el que me habla, pero finalmente decido contestar escuetamente:

—No tanto. Mis hijos viven fuera, así que no me echan de menos más de lo necesario.

—¿Y tu marido? Tenía entendido que estás casada. No sé si le gustaría saber que estas tonteando con un chico que podría ser tu hijo.

Ya sabía yo que sus intenciones no eran muy buenas. Mantengo el silencio unos segundos pensando en la contestación que debería darle sin dejarme en evidencia, cuando una voz intercede por mí.

—Eso sería un poco complicado. Ana y yo nos llevamos solo diez años, aunque no lo parezca en absoluto con ese cuerpo que tiene.

Por una vez agradezco su sonrisa provocativa y al momento observo a Jud que se ha quedado descolocada. Antes de irme añado:

—Para tu información estoy separada. Si quieres que en algún momento te aconseje sobre algo, no tienes más que decirlo. Supongo que como eres muy joven no lo sabes, pero la plenitud sexual de las mujeres es precisamente a los cuarenta. Tranquila, todo llegará.

Y me marcho satisfecha de haber callado a Jud pero evitando cruzar la mirada con Alex.

Mara y Sara llevan su romance en secreto. Solo Alex y yo somos cómplices. Las veo felices cuando están juntas y eso me alegra enormemente, porque en el poco tiempo que las conozco siento un gran cariño por ellas, lo cual es recíproco. Mientras estamos las tres en mi habitación chismorreando sobre Jud y tomando un refresco, Sara no puede evitar sacar el tema de Alex:

—Ana, ¿cómo va con Alex?. Parece que te evita, ¿no? Eso solo quiere decir que está pillado por ti y no sabe cómo gestionarlo.

Yo me río ante su ocurrencia y la necesidad que tiene Sara siempre de analizarlo todo.

—Sara, no hay nada entre nosotros. Hubo un solo día de sexo, pero no cuenta porque yo estaba borracha.

—Ya... Y entonces las chispas que salen cada vez que se cruzan vuestras miradas no cuentan, ¿eh? Sois igual de cabezotas los dos. Si os gustáis, ¿qué problema hay?

—Bueno, es más complicado que eso.

—¿Por qué?. ¿Estás con otra persona? Creí que ya no estabas casada.

Sin poder evitarlo mi espalda se tensa. Mara intercede por mí:

—Sara, déjala. Ana ya es mayor para saber qué quiere. Si dice que Alex no le interesa es que no le interesa.

Pero la curiosidad de Sara no se aplaca tan fácilmente; al contrario, al ver a su novia intentar que abandone el tema entiende que ella está más implicada de lo que le cuenta y le exige con voz ofendida:

—Y tú sabes algo y no me lo cuentas. Creía que no había secretos entre nosotras, ¡esto sí que no me lo esperaba!

Mara me mira con cara insegura. Me da tanta lástima que decido contarle a Sara el resto:

—Vale, antes de venir tuve una historia con Albert. Somos amigos y en principio no era nada serio, pero no estoy segura de que le gustara mucho la idea de que me haya revolcado con él y ahora con su hijo. ¡Dios, ni yo me lo creo cuando lo cuento en voz alta!

Sara se queda inmovilizada como si yo fuera un fantasma que acabara de aparecer. De pronto empieza a flotar su risa por toda la estancia.

—Ana, eres mi heroína. ¡Y parecías una mosquita muerta!

Cuando ve mi cara de incomodidad cesa su risa de golpe. Su voz suena preocupada:

—¿Alex lo sabe?

—Bueno, no hemos hablado del tema. Pero sabe que entre Albert y yo hubo algo. Me siento fatal. He intentado hablar con Alex y dejarle claro que no va a volver a pasar nunca más, pero no hace más que evitarme. Tu eres su amiga, ¿no podrías hablar con él?

Sara me mira con mirada comprensiva.

—Creo que debéis arreglarlo vosotros. Pero ¿estás segura de que eso es lo que quieres? Entonces, ¿prefieres a Albert? Te aseguro que el ego de Alex no lo resistirá.

—¡No! No prefiero a ninguno de los dos. No quiero a ningún hombre que me trace el camino. Quiero decidir libremente y si empiezo cualquier tipo de relación con alguno acabaré dependiendo de ellos. Y no, tampoco me apetece crear ningún tipo de tensión entre padre e hijo. Les tengo demasiado aprecio a los dos.

—Vale, si quieres puedo prepararle una encerrona a Alex para que hables con él. Pero ya sabes que, si tengo que decantarme por alguien, él es como un hermano para mí.

—Sí, ya me dijo Mara que fuisteis novios.

Sara sonríe divertida.

—Eso fue una tontería. Teníamos 16 años y no pasamos de los besos adolescentes a escondidas de nuestros padres —su voz adopta un tono melancólico—. Pero luego se convirtió en mi mejor amigo y siempre me ha apoyado. Los dos pasábamos los veranos tras las aventuras de nuestras madres en este país y nos convertimos en dos chicos bastante rebeldes. Cuando descubrí que también me atraían las chicas y se lo conté me defendió hasta el final. Cuando la chica de la que me enamoré me abandonó fue el único que no me dijo “Te lo dije”, que es lo que hicieron todos los demás. Ya sé que parece que es un fanfarrón, pero tiene un gran corazón. Así que si lo tienes claro mejor que hables ya con él y que no se haga ilusiones.

—No creo que vaya a sufrir mucho. Hace un momento estaba tonteando con Jud. Seguro que encuentra sustituta rápidamente.

—¡Uy, uy! ¡Eso ha sonado a celos!

Y no puedo evitar unirme a sus risas, avergonzada de la estupidez que acabo de decir.

Cuando las chicas se van, decido llamar a Albert. Sé que le debo una explicación por no haber contestado sus mensajes, así que cojo mi teléfono y me armo de valor. Al salir me encuentro con el nuevo repartidor que me acompaña amablemente con su furgoneta hasta la carretera para que pueda realizar la llamada. El olor a nicotina contamina mi ropa y sigue manteniéndose en mí incluso después de salir del vehículo. Agradezco que el trayecto sea corto y respiro hondo mientras suenan los pitidos de espera. La voz alegre de Albert me sorprende:

—¡Ana! Por fin. Creí que no querías hablar conmigo.

—Albert, ¿cómo estás? Lo siento, he estado muy liada y, como aquí no hay cobertura, se complica un poco más el tema de las llamadas. ¿Todo bien?

—Bueno, ahora que he oído tu voz mucho mejor. Te he echado de menos, ¿sabes?. No sé qué me has dado, pero no paro de pensar en ti.

Esto va a ser más complicado de lo que pensaba.

—Albert, yo también tengo ganas de verte. Me iría bien un amigo cerca.

Su risa contagiosa resuena en el altavoz.

—¿Tan mal te trata mi hijo?

—No, él es un encanto conmigo —no puedo creer que haya dicho eso—, pero son todos tan jóvenes... Bueno, menos Luciana, que es adorable y me mima muchísimo.

—Me alegro. Alex me contó lo que hiciste por Wenda. Está maravillado del cambio que ha dado. Según él todo el mérito es tuyo.

No puedo evitar sentir una chispa de satisfacción en mi corazón cuando oigo que Alex ha hablado tan bien de mí, aunque tampoco puedo evitar preocuparme por sobre qué otros temas habrán hablado. Aun así intento que mi voz suene despreocupada:

—Bueno, solo me guie por la intuición, pero estoy muy feliz de cómo está ahora. Albert, gracias por dejarme vivir esta experiencia y confiar en mí.

Mi amigo, siempre tan locuaz y alegre, me contesta con cierta timidez:

—Lo supe en cuanto te vi entrar en mi oficina. Parecías un ángel. Tienes algo especial, algo innato que hace que la gente te adore.

Sus palabras me han emocionado, pero quizás no tanto como me han alterado. Su tono ha sido demasiado íntimo, demasiados sentimientos aflorando con cada palabra. De pronto me siento tímida y desconcertada.

—Albert, yo...

A pesar de la distancia él comprende que debe dejarme respirar y le da un inesperado giro a la conversación:

—Por cierto, vi a Eva. Está genial y la niña es una preciosidad. Iba acompañada de un hombre que estaba embelesado con ella, pero no quiso presentármelo.

—¿De verdad? Yo también intenté sonsacarle, pero no quiso decirme nada. Ay, creo que Eva se nos ha vuelto a enamorar.

—Sí. ¡Es incorregible!

Y los dos acabamos despidiéndonos entre risas, pensando en Eva y en su

acompañante misterioso. Como siempre, Albert ha sabido hacerme sentir bien en pocos minutos, aunque soy consciente de que cuando venga también debo mantener una conversación más profunda con él.

Cuando inicio el camino de tierra hacia la fundación me cruzo con Alex y Jud, que salen a correr por los alrededores. Ella lleva un top que le deja el ombligo al descubierto y unos pantalones tan cortos que casi enseña media nalga. Alex está guapísimo con sus pantalones de deporte, que descubren sus impresionantes muslos y la camiseta ajustada sobre su abdomen. Levanto la mano en un gesto de saludo al cruzarme con ellos, maldiciendo por lo bajo habérmelos encontrado. Jud sonríe triunfante y Alex me guiña un ojo mientras me pregunta en español:

—¿No quieres acompañarnos, Linda?

Y sin pensarlo, las palabras salen de mi boca demostrando la rabia que me invade:

—No, gracias. No me van los tríos.

Él sonríe irónicamente mientras me alejo con paso decidido. Aún oigo su voz que grita detrás de mí:

—¡No puedo imaginarme uno mejor!

Imbécil. Fanfarrón.

9. Rumbo a lo desconocido

El tiempo pasa a una velocidad de vértigo. Cuando quiero darme cuenta, dos semanas más de mi aventura han sido consumidas. Todo el equipo nos dirigimos a la sala de reuniones donde Alex nos ha convocado para comunicarnos su marcha. Finalmente no hemos hablado sobre nuestro encuentro, simplemente nos hemos evitado, lo cual me entristece porque eso significa que no podemos ser solo amigos. Las miradas de Alex se han mantenido vigilantes insistentemente y han continuado alterándome de igual manera, así que he aceptado que la distancia será la mejor opción. Él ha viajado varias veces a Fortaleza para supervisar las obras, por lo que ha sido fácil mantenernos cada uno en nuestro espacio.

Wenda va mejorando poco a poco y comienza a ampliar el abanico de personas a las que dedica sus palabras, que en un principio solo nos destinaba a los más cercanos. A pesar de los progresos, me preocupa que mi tiempo aquí es limitado y sus avances son lentos. Desearía irme sabiendo que parte de sus miedos han desaparecido y que es capaz de confiar en el resto de gente que la rodea.

Cuando entramos en la sala, Alex nos está esperando. Cruzamos nuestras miradas y percibo la tristeza en sus ojos. Nos explica que la nueva fundación ya está prácticamente terminada y que dentro de dos semanas se instalará allí. Nos cuenta que están teniendo problemas con las subvenciones, así que él y su padre han organizado varias acciones para recaudar fondos, entre las que hay una exposición de fotos y un baile benéfico. Me parecen ideas geniales. Entiendo que el trabajo que hacen va mucho más allá de la simple construcción del edificio. En cuanto la reunión finaliza todos nos levantamos, pero él me pide que me quede con la excusa de hablar sobre Wenda. Nuestros compañeros salen mientras nosotros, incómodos, estudiamos el suelo como si la vida nos fuera en ello. La única que rompe el silencio es Jud, que recelosa le pregunta:

—Alex, ¿tardarás mucho? ¿Quedamos para ir a correr?

Alex levanta la vista y la posa en mí fugazmente. Luego se gira hacia Jud:

—No, Jud, tengo mucho trabajo antes de irme y hoy no podrá ser.

Ella se va, lanzándome una mirada odiosa a la que ya empiezo a estar acostumbrada. Cuando desaparece por la puerta nuestros ojos se encuentran y durante unos instantes los dos mantenemos el silencio. Solo nos miramos.

Armándome de valor intento que mi voz suene natural:

—Alex, antes de irte creo que tenemos que hablar.

Él no contesta, solo me mira con la insistencia de siempre y yo empiezo a notar pequeños escalofríos que avanzan por mi cuerpo y me alteran el pulso. Finalmente contesta secamente:

—Ana, no te he hecho quedar para eso. Creo que los dos tenemos claro que no volverá a pasar y te aseguro que no es porque yo no quiera, pero tu actitud me lo ha dejado claro.

¡Dios, está tan irresistiblemente serio! Tengo ganas de abrazarle. Lo miro con cara de lástima.

—No es eso. Fue genial y no me arrepiento, pero vine aquí en busca de mi espacio propio. Quería estar un tiempo sin depender de ningún hombre. Quiero dirigir mi vida yo sola y contigo cerca, bueno, ¡es complicado!

El último comentario le hace sonreír. Lentamente se levanta y se va acercando a mí. Noto cómo mi cuerpo tiembla y mi corazón empieza a descompasarse. Cuando siento que su cercanía comienza a ser peligrosa alzo mi mano y la apoyo en su pecho.

—Alex, me gustaría que pudiéramos ser amigos. De verdad.

Él me mira sorprendido y observo cómo sus ojos se relajan. En segundos su mirada se vuelve tierna.

—Vale. ¡Hecho!. Pero tienes que concederme un deseo de despedida: quiero que me acompañes a Fortaleza a la inauguración de la exposición de fotos. —Y en tono irónico añade—: Como amigos, claro.

Yo me quedo blanca. Él, yo, solos... demasiado peligroso. Alex estudia mi cara y, como si leyera todos los inconvenientes que me estoy planteando, añade:

—Además, hay una familia que está interesada en adoptar a Wenda. Los conozco desde hace muchos años. Les expliqué su caso y ya tienen dos niñas adoptadas. Sería una buena oportunidad para ella. En un principio se ofrecerían como familia de acogida y más adelante podrían tramitar la adopción. Han insistido mucho en conocerte. Quieren que les des su aprobación.

La idea de que Wenda se vaya tan lejos y no vuelva a verla más provoca en mí una gran ansiedad, que dejo fluir en un lento suspiro. Alex, que empieza a conocerme, me arroja con sus brazos en un cálido abrazo. Su voz se suaviza intentando transmitir tranquilidad:

—Es lo mejor para ella, ya lo sabes. Es una buena familia y tendrá dos hermanas con las que compartir muchas cosas. He hablado con ellos y saben la unión que hay entre vosotras. No tienen problema en que mantengáis vuestra relación. Además, sabes que en un tiempo te irás, tienes una familia y volverás con ellos. ¿No crees que es mejor que te vayas sabiendo que ella es feliz?

Como ya va siendo habitual comprendo que ha acertado en cada una de las observaciones, lo que provoca que silenciosas lágrimas inunden mi rostro. Sé que todo lo que me dice es cierto y que no debo aferrarme a ella de esa manera. Wenda se merece tener una familia que la quiera y la cuide. Yo no puedo ofrecerle eso.

Levanto la vista hasta ahora fija en su torso y, mientras él me seca las lágrimas, con su pulgar intento sonreír.

—Gracias por abrazarme.

Él me devuelve la sonrisa y me besa en la frente.

—Para eso están los amigos, ¿no?

Yo me río mientras me alejo un poco y le ofrezco mi mano enérgicamente, haciéndole entender que acepto el pacto:

—Está bien, voy a Fortaleza, pero con una condición: ¡Solo como amigos!

Él suelta una carcajada y me estrecha la mano.

—Es la primera vez que firmo un acuerdo como este. Pero está bien, nada de sexo. —Entrecierra los ojos de manera seductora y añade—: Siempre que no cambies de opinión y me encuentres irresistible, claro.

—Intentaré no caer en la tentación —y le guiño un ojo mientras salgo disparada hacia mi habitación batallando con mis hormonas, que vuelven a estar descontroladas.

Al cabo de una semana, los dos estamos sentados en un avión que nos llevará hasta Fortaleza. Por lo que él me explica es una ciudad importante en Brasil. A medida que nos acercamos, los grandes edificios que bordean la costa aparecen imponentes ante nosotros. Alex también me advierte de que es una ciudad peligrosa y de que debo tener cuidado. Mientras aterrizamos me doy cuenta de que el billete de regreso está fechado al cabo de cuatro días. Sorprendida le pregunto:

—Pensaba que solo veníamos a la exposición. ¿Qué más vamos a hacer?

—Bueno, me gustaría que mañana fuéramos a ver la nueva fundación. Los otros dos días... te tengo reservada una sorpresa.

Yo lo miro atónita.

—¿Una sorpresa?

Miles de imágenes nuestras retozando en una enorme cama invaden mi mente. Empiezo a sentir cómo el enfado y el deseo comienzan a sulfurarme a partes iguales. Alex me ofrece una de sus espectaculares sonrisas y, como siempre, adivina mis pensamientos en una sola mirada.

—Tranquila, solo amigos.

Un suspiro escapa de mi boca mientras nos dirigimos hacia la salida del aeropuerto. Una vez llegamos al hotel veo que Alex ha cumplido su palabra y ha reservado dos habitaciones. Nos despedimos. Él debe pasar por la galería donde se inaugura la exposición y yo debo ir a comprarme un vestido digno para la ocasión. Me dirijo a un centro comercial que me ha indicado el recepcionista del hotel llamado Shopping Aldeota, un gran edificio en la parte más cara de la ciudad. Brasil es un país de contrastes y esta ciudad lo demuestra: los altos edificios construidos en exceso te hacen olvidar que a tan solo unos pasos se encuentra la naturaleza en todo su esplendor. Miles de personas caminan apresuradas por las transitadas calles mientras yo me siento perdida y algo atemorizada. Tras interminables dudas y varias horas paseando sin rumbo, me decido por un bonito vestido ajustado de gasa rojo. El color del vestido destaca con fuerza sobre mi piel dorada. Lo acompaño con unos zapatos altísimos de tacón y me acerco a la peluquería, para que me hagan un recogido informal.

El hotel está situado justo delante de la playa de Iracema, así que decido pasear por ella un rato hasta que llegue la hora de partir rumbo a la exposición. Justo al salir, veo a unos niños que están jugando al fútbol descalzos en la arena. Aunque es un deporte que nunca me ha interesado mucho, su alegría me contamina y me quedo un buen rato observándolos. La gente pasea por la extensa playa en grupos o parejas. Se muestran alegres, conversando ruidosamente, ajenos a mí. La luz de la tarde salpica la superficie del mar hasta tornarla fuego, explotando en miles de destellos intensamente cálidos. Me siento en el pequeño muro que separa el paseo de la playa y disfruto de los últimos minutos antes de irme. Es imposible estar triste (aunque yo sea especialista). Lo cierto es que me siento muy feliz.

Cuando se acerca la hora del evento me enfundo en el vestido que me he

comprado y me maquillo con elegancia. Al calzarme los zapatos me arrepiento de haber escogido un tacón tan alto, pero en cuanto me miro al espejo confieso que estoy realmente satisfecha del resultado. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan segura de mí misma. Me veo más atrevida y sensual que nunca. ¿Le gustará a Alex? Al momento intento alejar ese pensamiento de mi cabeza, convenciéndome de que no me he vestido así para impresionarle, ni seducirle, ni... Esto va a ser más complicado de lo que pensaba.

Unos nudillos llaman a mi puerta. Con miles de mariposas en el estómago la abro. Alex se queda mudo. Su inquietante mirada recorre todo mi cuerpo mientras una pícaro sonrisa empieza a esbozarse en su boca:

—¡Uuuu! Te has propuesto ponérmelo difícil, ¿no? Estás... increíble

Yo copio su mirada y apoyándome en el quicio de la puerta lo estudio con detenimiento. Está impresionante. Si generalmente con unos pantalones cortos me vuelve loca, verlo con ese moderno traje gris oscuro me deja sin palabras. Se ha afeitado la barba de dos días que suele llevar y se ha peinado el pelo hacia atrás mostrando más, si cabe, sus atractivos ojos. ¡Parece un modelo de anuncio, Dios!

—Tú tampoco estás mal. ¿Nos vamos?

Su mano me acompaña rodeando mi cintura, mientras yo intento ignorar su roce conteniendo la respiración todo lo que puedo.

Llegamos a la galería y descubro mi primera sorpresa: Alex es uno de los fotógrafos que exponen. Hay muchísima gente. Él me presenta a todo el mundo sin excepción. Nos dirigimos a una gran sala decorada en tonos neutros. Coloridas fotografías de paisajes de Brasil en gran formato presiden las paredes. Son increíbles y así se lo hago saber al autor, con el que hablo durante unos minutos.

Observo que hay varios periodistas y Alex me explica que más tarde está programada una rueda de prensa con los tres fotógrafos que han participado con sus donaciones. Todos los beneficios irán destinados íntegramente a diversos programas sociales. Está exultante. Han vendido varias fotografías y la gente está muy interesada en el proyecto. En un momento determinado requieren su atención y aprovecho para dar una vuelta y ver el resto de la exposición con tranquilidad. Giro a la izquierda y me introduzco en otra sala idéntica en tamaño a la anterior, donde las fotografías muestran retratos de rostros en gran formato. Todos transmiten una gran fuerza, casi puedes sentir

las emociones de cada persona expuesta al objetivo. Realmente Alex debe ser un buen fotógrafo si expone junto a estos artistas. Sin poder evitarlo un sentimiento de orgullo inunda mi interior.

Estoy intrigada, así que me acerco hasta la última sala. Al entrar me quedo paralizada: una gran fotografía en blanco y negro donde aparezco con Wenda durmiendo entre mis brazos preside la pared. Deduzco que debe ser de la noche que la niña habló por primera vez y me quedé dormida en su cama. Las paredes están repletas de imágenes del día a día en la fundación pero, curiosamente, excepto la gran fotografía que preside la estancia, en el resto no aparece nadie en concreto. Alex ha inmortalizado gestos, sonrisas, miradas, que, a pesar de no apoyarse con el lenguaje corporal del resto del cuerpo, transmiten verdaderas emociones por sí solas. Reconozco mi mano en una de ellas acariciando la cabeza de un niño con ternura, la sonrisa de Luciana recibiendo un beso de una imagen que queda difuminada en el aire como si de un ángel se tratara. Es impresionante la sensibilidad que desprenden. Estoy maravillada.

Mientras estoy inmersa en ese nuevo mundo de emociones que las imágenes han despertado en mí, oigo unos pasos femeninos. Una mujer muy atractiva se acerca a mi lado. Las dos observamos la gran fotografía en silencio hasta que ella interviene:

—Alex es un gran fotógrafo, ¿verdad?

Yo la miro de reojo. Hay algo en ella que no me acaba de gustar. Aun así le contesto con educación:

—Sí, lo cierto es que me ha dejado impresionada. ¿Sabes por cuánto se venden sus fotos?

Ella sonrío con su perfecta boca perfilada en un rojo intenso. La estudio con cautela, parece una modelo, y por su acento no es brasileña.

—No estoy segura, pero debes ser alguien especial para él, porque no quiere ni oír hablar de vender esta fotografía.

En mi interior suspiro. No creo que me gustara que nadie tuviera una imagen de mí en un momento tan vulnerable e íntimo colgada en el salón de su casa. Estoy intrigada por la guapísima mujer que tengo a mi lado, así que decido presentarme y le ofrezco mi mano:

—Hola, soy Ana. Trabajo en la fundación.

Su mirada me estudia de arriba a abajo y me devuelve el saludo con una sonrisa ensayada que debe haber repetido millones de veces:

—Encantada, yo soy Sheila. Fui modelo de Alex durante un tiempo —se acerca a mí oído mientras con la mano tapa su boca a miradas indiscretas—, aunque llevaba menos ropa, claro.

Una sonrisita se posa en su cara mientras se aleja taconeando. Mil demonios empiezan a consumirme por dentro. Durante unos segundos dejo mi mente en blanco, intentando volver a introducirme en el espectáculo que tengo ante mí y alejando la rabia que me invade. Casi al mismo tiempo, un musculoso cuerpo se acerca a mi espalda y cruza sus brazos sobre mis caderas. Su voz ronca susurra en mi oído:

—¿Te gusta?

Suspiro intentando disimular mi enfado que sé perfectamente que no está justificado.

—Me encanta. Y eso que nunca quedo bien en las fotos.

Él continúa hablándome al oído con la misma voz insinuante:

—Eso es porque no encontraste al fotógrafo adecuado.

Sé que si seguimos con ese juego caeré rendida en sus brazos, así que me separo de él como puedo y le sonrío.

—Así que esta era la sorpresa.

—Una de las sorpresas. Tengo alguna más preparada, pero tendrás que esperar. Por cierto, unos amigos han quedado para cenar más tarde. ¿Quieres ir?

Yo lo miro dubitativa.

—¿Entre ellos estará Sheila?. Creo que no le gusto mucho. Por cierto, se ha presentado como tu modelo y me ha dejado claro que la ropa no era lo más importante en tus reportajes.

Alex me mira con cara de sorpresa.

—¡Joder! Estuve unos años colaborando con varias revistas de moda y Sheila era una de las modelos. La he invitado porque su dinero nos irá muy bien para la fundación. Le gusta ayudar y siempre que la llamo viene.

—Yo creo que lo que quiere va más allá de un acto desinteresado.

Alex suelta una carcajada.

—¿Estas celosa? No me lo puedo creer. ¿Y tú eres la mujer que me ha hecho jurar un pacto de no sexo?

Siento cómo el calor inunda mis mejillas. Para evitar que me vea ruborizada le cojo de la mano y le obligo a salir.

—¡Vamos, tengo hambre!

La cena se me hace insoportable. Sheila ha estado tonteando con Alex toda la noche, mientras yo hacía grandes esfuerzos por mantener el pacto que yo misma me he impuesto. Al terminar, ella intenta retenerlo con todo tipo de excusas pero él le cuenta que está muy cansado y que debemos volver al hotel. Decidimos hacerlo dando un paseo, ya que el restaurante se encuentra cerca y la temperatura es fantástica. De manera natural nuestras manos se encuentran mientras nuestros pasos se deslizan lentamente a través del paseo marítimo. Durante unos minutos caminamos en silencio hasta que él me pregunta:

—¿Por qué te separaste?

La pregunta me sorprende, pero entiendo que, si quiero que seamos amigos, debo confiar en él.

—Bueno, me casé demasiado joven. Supongo que cada uno hemos madurado de modo distinto, nuestras necesidades no son las mismas, no sé. Llegó un momento en que mi vida ya no tenía sentido, necesitaba un cambio. Necesitaba encontrar mi camino. Mis hijos son ya mayores, tienen dieciocho años, viven fuera y ya no me necesitan.

—No lo creo. Siempre se necesita a una madre.

Lo miro con ternura recordando que su madre falleció hace tan solo unos años y no puedo evitar preguntar.

—¿Estabas muy unido a tu madre?

Él sonrío recordándola.

—Mi madre era genial. Un poco loca, pero genial. Cuando era adolescente, durante el invierno, veía poco a mis padres. Siempre estaban viajando y yo vivía en Barcelona. Ellos se turnaban para que nunca me quedara solo, pero yo no entendía por qué no podía tener una familia normal, como la de mis amigos. Ellos tenían a sus padres siempre a su lado, iban a ver sus partidos de fútbol, les ayudaban con los deberes. Y yo nunca tuve eso. El único momento del año que era realmente feliz era cuando veníamos a Brasil. Estábamos juntos todo el verano los tres y mis padres se comportaban como si fueran dos adolescentes enamorados.

Me siento algo incómoda al oírle hablar de su padre, pero entiendo que debo aprovechar el momento e intentar explicarle la situación.

—Alex, lo de tu padre y yo. No sé qué te ha contado, pero solo somos amigos.

Al momento retira su mano y se para ante mí. Secamente me pregunta:

—Amigo con el que sí tuviste sexo, ¿no?

Me siento mal y ni yo misma entiendo por qué. No le debo ninguna explicación, si acaso se la debo a su padre. Aun así intento ser sincera:

—Sí, hubo sexo algunas veces, pero lo provocó más él que yo. Acababa de separarme y era con la única persona con la que me sentía a gusto. Pero siempre le dejé muy claro que entre nosotros no habría nada más.

—Pues yo no creo que lo tenga claro, y no lo juzgo. Desde que murió mi madre ha tenido varias relaciones con mujeres, pero no me ha hablado de ninguna como de ti. Mi padre siente algo especial y si realmente no quieres nada debes aclararlo con él. No quiero que sufra por ti. Y por supuesto no le voy a decir nada de lo que pasó entre nosotros.

—Ya pensaba hablar con él. Albert es genial, es un hombre increíble y un buen amigo. Estoy segura de que si no te hubiera conocido podría haberme enamorado de él, aunque sé que aún no estoy preparada para nadie.

Alex mantiene un silencio que me avisa de que ha descifrado el mensaje oculto en mis palabras y yo implícitamente acabo de reconocer que siento algo por él, aunque me convenza a mí misma de que no tiene sentido. Tan solo me abraza y nos quedamos un buen rato quietos en medio del paseo disfrutando de la sensación que nos produce el momento. Siento que sus brazos son un refugio para mí, y en estos momentos es el único sitio donde deseo estar.

Nos introducimos en el ascensor del hotel y veo su dedo presionar el botón que nos llevará directamente a la piscina. Yo lo miro en silencio mientras pregunta entre risas:

—¿Un bañito nocturno?

Salimos del cubículo de cristal que accede directamente a un imponente jardín tropical, con una gran piscina en forma de riñón iluminada en el centro. Una cadena entre dos postes nos anuncia que el horario de baño permitido hace horas que expiró. Alex tira de mi mano y me obliga a traspasar el acceso. En cuestión de segundos se quita la ropa y se introduce en las cálidas aguas totalmente desnudo.

Yo me quedo quieta, observando los pequeños balcones de las habitaciones que dan al jardín, intentando descubrir a alguien oculto entre las sombras. Él insiste:

—Vamos, Ana. ¿Nunca te has bañado en una piscina totalmente desnuda? Contesto, intentando que mi voz no suene avergonzada:

—Pues, lo cierto es que no.

—Te aseguro que es una sensación increíble —levanta los brazos dirigiéndose al entorno que nos rodea—. No hay nadie. No tienes nada que temer.

Dudo, pero lo cierto es que me apetece. Me apetece mucho.

—Vale, pero no mires.

Él sonríe con mirada pícaro mientras afirma:

—Ana, conozco cada rincón de tu cuerpo perfectamente. Pero vale, date prisa o nos pillarán.

Sin pensarlo, me quito el vestido y la ropa interior y de un salto me lanzo a la piscina de cabeza. ¡Mmmmmm! La sensación es exquisita y no puedo evitar sonreír. Alex me observa y lentamente se va acercando a mí hasta que yo levanto el brazo poniendo distancia entre los dos.

—¡No! Será mejor que no te acerques tanto.

Me aparta el brazo con delicadeza y me recoge un mechón que se ha soltado de lo que queda del peinado y cae húmedo sobre mis ojos.

—Pareces una niña que está haciendo una travesura. ¡Me encanta ver esa sonrisa! Siempre me ha gustado transgredir los límites, aunque sea en cosas tan banales como el horario de una piscina. Hace que te sientas libre.

Cierro los ojos y disfruto de la suave caricia del agua sobre mi piel. Sin dudarlo lo cojo desprevenido, le ahogo y me escapo rápidamente. Su imponente cuerpo me persigue por toda la piscina con brazadas enérgicas, hasta que me alcanza y me enreda en sus brazos. Sus húmedos labios rozan con suavidad los míos y lentamente nuestros cuerpos se va acoplando con total perfección.

Una tos forzada rompe el encanto del momento. Un hombre corpulento se acerca a nosotros. Es el guardia de seguridad que educadamente nos invita a salir de la piscina sin crear ningún tipo de escándalo. El hombre desaparece y a los dos nos da un ataque de risa que no somos capaces de contener, mientras nos vestimos, ignorando que estamos totalmente empapados por el agua.

Cuando entramos de nuevo en el ascensor miro a Alex, que me observa con mirada libidinosa, y exclamo:

—¡Y no quiero ningún comentario sobre el efecto que te provoca verme mojada!

Su garganta emite una carcajada que me confirma que he acertado de

pleno en lo que estaba pasando por su retorcida mente.

Cuando llegamos a la habitación nos despedimos con un beso cálido en los labios. Alex se acerca a mi oído y me susurra:

—Cuando estés preparada yo estaré aquí.

Y cada uno se introduce en su habitación en silencio. No consigo dormir en toda la noche.

10. Rumbo a la incertidumbre

Al día siguiente nos dirigimos a la nueva fundación, que se encuentra a unos treinta kilómetros de Fortaleza. El día amanece soleado y el calor prácticamente no nos deja respirar. En cuanto llegamos, un grupo de obreros nos saluda efusivamente. Mientras Alex discute algunos detalles de los planos con ellos, decido dar una vuelta por los alrededores. El edificio se alza imponente sobre diversos campos de labranza. Lo rodean varias zonas destinadas a juegos y a lo lejos se divisan sencillas chabolas que conforman una pequeña aldea. Antes de entrar en la moderna construcción busco a Alex. Desde la distancia le observo dar órdenes con gran seguridad y durante unos segundos levanta la vista hacia mí, vigilante pero manteniendo la seriedad que la conversación probablemente requiere. Esa sola mirada produce un hormigueo en mi interior y caigo en la cuenta de que, por mucha distancia que haya, por mucho que nuestra mente se encuentre enfrascada en otra tarea, siempre hay un momento en que nuestros cuerpos se necesitan. Es una atracción irracional que nos obliga a estar pendientes uno del otro en todo momento.

Decido darle la espalda y adentrarme en el edificio, que es mucho más grande que el de Bahía y bastante más luminoso. Prácticamente está terminado, solo quedan pequeños detalles como el mobiliario y las puertas. Me dirijo a una sala muy diáfana que deduzco debe ser el comedor. Allí me encuentro con varios jóvenes vestidos con unos pantalones que les quedan tan caídos que enseñan su ropa interior, grandes camisetas y una gorra de medio lado. En cuanto me ven sonríen y rápidamente vuelven a concentrarse en el mural que están pintando en la pared, donde un sinfín de sombras se entremezclan unas con otras creando una imagen de grandes dimensiones. Me alejo lentamente hasta encontrar el punto exacto donde destacan perfectamente inocentes miradas infantiles junto a pinceladas de paisajes de Brasil, de naturaleza en estado puro. Es una imagen de esperanza que le da a la sala un colorido suave y agradable.

En pocos segundos aparece Alex a mi espalda.

—¿Qué te parece? Son unos artistas, ¿cierto?

—Sí. ¡Es genial!. ¿Cómo se te ocurrió?

—Cuando subimos el primer muro los pillé pintando grafitis sobre él. Son chicos que viven por los alrededores y esta es su manera de distraerse. Así

que decidí ofrecerles trabajo e hicimos un pacto: les dejaba pintar lo que quisieran en el interior si mantenían los muros de fuera limpios. Poco a poco han ido reclutando más amigos y... ¡este es el resultado!

Yo sonrío, embobada con este hombre que sabe siempre cómo dejarme anonadada.

—Nunca dejas de sorprenderme, ¿lo sabías?

—Pues aún no he acabado... —cogiéndome la mano me arrastra hacia la próxima sala—. ¡Vamos! Te enseño el resto.

Emocionado, me explica que es un edificio ecológico. Está equipado con tecnologías para el uso eficiente de agua y energía eléctrica, gracias al apoyo de un programa de las Naciones Unidas para el desarrollo. Será una ganancia para el medio ambiente y contribuirá al ahorro de agua. El equipamiento incluye tanques de recolección y tratamiento de aguas negras para producir fertilizantes y aprovechar el líquido en el riego de los campos que lo rodean. También se consigue la producción de biogás, que alimentará el alumbrado externo. Está todo perfectamente estudiado.

Yo no puedo evitar mirarlo con cara de sorpresa, intimidada por todo lo que está explicando y admitiendo que no solo es una cara y un cuerpo diez. ¡Encima tiene una inteligencia imponente! No puedo evitar decirle:

—¿Hay algo que no sepas hacer bien?

Él sonrío con mirada orgullosa.

—No está mal para un “niñato malcriado”, ¿verdad?

Yo pongo cara de enfurruñada, aunque no puedo evitar sonreír.

—Eso ha sido un golpe bajo. Está claro que no te conocía y que estaba muy cabreada.

—Lo sé. Creo que oigo un coche; debe ser Maria, la amiga que quiere adoptar a Wenda.

Al oír sus palabras mi semblante cambia y dejo ir un suspiro de resignación. Alex me mira, me pasa un brazo sobre el hombro y me acompaña a la salida.

—Venga, tranquila. Son geniales, ya verás.

—No lo dudo, pero...

Mis miedos desaparecen en cuanto veo salir a la familia del coche: dos niñas corretean felices mientras la pareja se acerca a nosotros con una gran sonrisa. Los dos visten elegantemente, aunque de manera deportiva, dejando entrever que están bien posicionados en la vida, pero que les gusta pasar

desapercibidos.

Mantenemos una conversación plácida sobre su vida. Ambos son médicos y trabajan en Fortaleza. Pablo es español y se conocieron en el hospital cuando él vino a un congreso en los inicios de su profesión. Viven en las afueras, en una casa que les ha diseñado Albert, al que conocen desde hace muchos años. Para ellos padre e hijo son como de la familia y entiendo por qué Alex cree que serán los padres adecuados para Wenda. Sus miradas desprenden sinceridad y ternura mientras sus palabras aportan tranquilidad al momento. María decide iniciar la conversación que ha motivado nuestro encuentro:

—Ana, sabemos todo lo que ha sufrido Wenda. Alex me pasó los informes policiales y del hospital. Te aseguro que estará bien con nosotros, yo pasé lo mismo con mi primera hija. Había sufrido tantos abusos que no soportaba la idea de tener un hombre cerca. Al principio no permitía que Pablo la tocara o le hablara. Fue muy duro para todos, pero ver esto... es la recompensa.

Su mirada se posa orgullosa en su marido, que lleva a una niña sobre los hombros mientras la otra se cuelga en su pierna. Yo la miro asintiendo. Con lo poco que les conozco ya siento que son los indicados. Si alguien puede rescatar a esa niña, sin duda serán ellos.

—Estoy segura de que la haréis muy feliz. Y tener a dos hermanas será genial para ella. Solo te pido que no perdamos el contacto y que pueda visitarla siempre que sea posible. Esa niña me ha dado muchísimo, ha conseguido sacar lo mejor de mí y no quiero abandonarla.

María me abraza con fuerza. Siento la energía que me transmite como si fuéramos dos amigas que nos conociéramos de toda la vida y necesitáramos reconfortarnos. Y yo me dejo llevar por la emoción del momento y le devuelvo el abrazo con la misma intensidad mientras oigo su voz:

—A partir de ahora, tú serás una más de la familia. Nuestra casa siempre estará abierta a ti, eso no lo dudes. Por cierto, ¿queréis venir mañana a comer?

Yo estoy dispuesta a aceptar rápidamente la invitación, me apetece conocer más a fondo esta familia, pero Alex corta rápidamente:

—Lo siento, pero mañana no estaremos aquí. De hecho esta noche nos vamos. —Su sonrisa aumenta al ver mi cara de desconcierto—. Si quieres a la vuelta pasamos y nos vemos. ¿Ok?

Pablo y María detectan mi cara de sorpresa y asienten divertidos:

—Claro, no hay problema.

—¡Perfecto! ¿Dónde están estas niñas que me deben un beso? —y sale corriendo tras ellas como si fuera un gran monstruo en posición de ataque, provocando que se alejen disparadas riendo sin parar.

En el momento en que se marchan me quedo mirando fijamente a Alex.

—¿Se puede saber dónde vamos ahora?

Su rostro demuestra que se está divirtiendo de lo lindo con mi intriga. Pero solo dice:

—¡Nos vamos! ¿Preparada para hacer *kite—surf*?

Yo lo miro horrorizada.

—¿*Kite—surf*? ¿Te has vuelto loco?

—Bueno, ya veremos. Si no quieres solo tendrás que hacerme fotos y tomar el sol.

Mi cara se ilumina. Con el tiempo que llevo en Brasil y aún no he disfrutado de un día de playa en condiciones.

—Ese plan me va gustando más.

No puedo evitar besar su mejilla cariñosamente. Él no dice nada, pero durante unos segundos se queda en silencio observándome. Solo mirándome. Y yo ya empiezo a notar mis hormonas, que vuelven a jugármela nuevamente, así que decido tomar cartas en el asunto y empujo su esbelto cuerpo hacia el coche mientras ordeno:

—¡Hora de irnos!

Llegamos al hotel. Sigo las escuetas instrucciones que me ha dado Alex: me visto con mi bikini, un vestido playero y chanclas. Cuando llego a la recepción lo encuentro sosteniendo una bolsa con varios sándwiches que le han preparado en el restaurante, ya que al final nos hemos olvidado de comer. Este hombre es pura improvisación. Por un momento me acuerdo de mis vacaciones con Pedro, siempre debía tenerlo todo controlado. Cuando íbamos a la playa se estaba horas buscando la que tuviera el restaurante mejor situado y con más sombra. No soportaba el sol, así que su perfecto día playero consistía en una gran comilona y una siesta bajo una buena sombra. Yo podía estar horas tumbada como un lagarto, así que acabábamos cada uno por su lado hasta la hora de irnos.

Alex me lleva a una playa algo alejada de los altos edificios de Fortaleza llamada Cumbuco. Atravesamos una muralla de dunas que la protege y miles

de cometas bailando en el cielo aparecen ante nuestros ojos. El gran oleaje se adentra en la blanca arena con fuerza, desprendiendo un intenso olor a mar que nos envuelve por completo. Varias hileras de altas y delgadas palmeras resiguen la playa de lado a lado moviéndose al compás del fuerte viento, ofreciendo una postal paradisíaca. En cuanto llegamos, un grupo de chicos con varias tablas de *surf* nos saluda.

—Ven, te presentaré a mis amigos. Nos conocimos haciendo *kite—surf* hace años y de vez en cuando nos reunimos aquí.

Yo los miro y observo que es un grupo variado de gente. Sus edades están comprendidas entre los veinte y pocos y, probablemente, los cuarenta y muchos. Las nacionalidades también son diversas, teniendo en cuenta los rasgos tan distintos que hay. Me cuenta que la gran mayoría son de Australia y que suelen venir varias veces al año, ya que es uno de los mejores sitios para practicar este deporte. En cuanto nos acercamos y los saludo a todos intentan convencerme para que lo pruebe. Les prometo que más tarde lo intentaré, no sin antes tener la precaución de cruzar los dedos a mi espalda.

Alex comienza a prepararse y veo cómo todos colaboran con el resto, ayudándose con los arneses o con la cometa. Cuando está listo me mira y le sonrío. Él me guiña un ojo mientras se despide:

—Mi Linda, nos vemos dentro de un rato.

La palabra “Linda” se introduce a traición bajo mi piel provocando un ligero temblor en mi cuerpo, algo que a él no le pasa inadvertido. Aún recuerdo sus palabras cuando dijo: “Linda, lo reservo solo para cuando estas desnuda ante mí”. Pero en un intento de racionalizar las cosas me convido de que le ha salido sin pensar, así que solo sonrío.

—¡Suerte! Te haré fotos —y levanto la mano en señal de despedida.

Tras un buen rato plasmando cómo las cometas vuelan, caen y hacen piruetas, decido tumbarme y tomar el sol. Me embadurno bien de crema protectora y me relajo. Los ruidos sordos del mar, de la gente que se encuentra en la playa y del restaurante que tengo justo a mi espalda van desvaneciéndose lentamente. El cansancio de la mala noche anterior y las emociones del día me aletargan en un profundo sueño.

Me despierta la presión de algo húmedo sobre mí y en mi cerebro se activan alertas de todo tipo sobre las posibilidades de lo que puede ser. Un susurro en mi oído me devuelve a la realidad:

—Mmmmm... Tienes la piel muy caliente y muy resbaladiza.

Abro los ojos y me encuentro con su atractivo rostro pegado al mío. Intento levantar los brazos, pero no tengo fuerza suficiente para conseguir mover su imponente cuerpo. Me tiene atrapada.

—Alex, creo que esto no es buena idea. Levántate.

De su pelo penden pequeñas gotas que caen y se funden sobre mi piel caliente. El olor a sal se entremezcla con su habitual aroma masculino. La comisura de sus labios esboza una sonrisa provocativa mientras afirma:

—Yo estoy muy bien, y te he refrescado. —Presiona suavemente un dedo sobre la piel enrojecida de mi mejilla—. Creo que te has quemado. No puedes quedarte dormida en la playa.

—No he dormido muy bien esta noche, la verdad. Estaba cansada.

Ante mi antipático tono decide levantarse y me ofrece su mano.

—¡Venga! Ya que no quieres probar el *kite—surf*, tengo otra pequeña sorpresita.

Yo abro los ojos esperando la respuesta, pero él solo me dice:

—Ponte el vestido y sígueme.

Le sigo hasta el otro lado de la playa y nos subimos a unos pequeños *jeeps* de color amarillo. Mi cara no puede disimular que no me fío de él, así que se ve obligado a explicarse:

—Son *buggies*. Nos van a llevar a dar un paseo por las dunas.

Cuando oigo sus palabras me relajo al momento.

—Perfecto, un paseo.

Pero cuando el coche arranca, entiendo que no es el tipo de paseo que yo me había imaginado. Este va a toda velocidad por la arena. Comienza a ascender por las dunas como si de una atracción vertiginosa se tratara. En cuanto el pequeño coche desciende a toda velocidad, siguiendo el sinuoso recorrido de los montículos de arena, el vértigo se concentra en el interior de mi estómago. Yo no paro de chillar en todo el recorrido, descargando adrenalina y divirtiéndome como nunca. Cuando volvemos a la playa y Alex me ayuda a bajar dándome la mano, me acerco a él y le doy un abrazo emocionada.

—¡Gracias! ¡Ha sido genial!

Y como un imán, nuestros labios se acercan hasta fundirse en un beso largo y profundo. Una nueva sensación se propaga como miel líquida endulzando por completo todo mi interior. En cuanto nuestros labios se separan nos mantenemos en silencio, sin saber qué decir, aunque nuestros

cuerpos se mantienen entrelazados. Soy consciente de que ese beso no ha sido como los otros; no era desesperado como los del primer día, ni un beso corto y tímido. Ha sido algo mucho más intenso, extremadamente íntimo y tierno. Nuestras miradas tardan aún un cierto tiempo en abandonarse, como si necesitaran transmitir los sentimientos que nuestras cuerdas vocales aún no se atreven.

Un chillido agudo nos obliga a bajar de la nube en la que nuestras mentes se han instalado. Una de las chicas se acerca con un teléfono móvil en la mano.

—¡Alex, tu teléfono!

Frunce el ceño y contesta de mala gana. Por la conversación deduzco que es Albert, lo que me incomoda. A pesar de que Alex baja la voz, oigo retazos de la historia, donde hablan sobre el tema de las subvenciones y algo de una visita inesperada. Veo cómo su tono se crispa y su mirada se dirige al infinito con dureza, inmerso en algún pensamiento que, por lo que deduzco, no le resulta muy grato. Aprovecho el momento y desaparezco sutilmente hacia mi toalla, mientras siento sus azules ojos que me persiguen sin tregua. Se le ve serio y preocupado. La mirada tierna de hace unos instantes ha desaparecido totalmente de su rostro y su cuadrada mandíbula se tensa.

En cuanto cuelga se acerca al grupo y secamente se dirige a mí:

—Ana, nos vamos. Dentro de una hora debemos coger un avión.

Yo me sorprendo por su tono y sus malos modos. ¿Cómo puede cambiar tan rápidamente de actitud? Vuelve a ser el mismo Alex prepotente y mandón de los primeros días. Yo pregunto intrigada:

—¿Ha pasado algo? Era Albert, ¿no?

—No, simplemente no me gusta mentir. —Al ver mi mirada de desconcierto añade con voz seca—. Si hubieras hablado con mi padre no tendría que esconder que estoy aquí contigo. No me gusta mentirle.

Mi mente recibe esa respuesta como un golpe seco. Irritada le contesto:

—Pues no lo hagas. Supongo que el problema es mío, ¿no?. Te dije que hablaría con él cuando viniera. No creo que por teléfono sea lo correcto. Pero no entiendo por qué no puedes decirle que estoy aquí. Después de todo, el motivo de este viaje era conocer a los padres adoptivos de Wenda, ¿no?

Él no contesta. Solo me mira fijamente y yo mantengo mi pose desafiante. Si vamos a tener una discusión infantil, ¡pues adelante! Pero, como siempre, me sorprende y baja la vista lentamente mientras su

mandíbula se destensa y exhala un suspiro. Con voz suave asevera:

—Está bien, vámonos. No quiero que nos estropeen la sorpresa que aún queda por venir.

Al cabo de unas horas ya estamos alojados en un pequeño hotel de Sao Luis. El viaje ha sido corto y muy tenso. Alex ha prestado toda su atención en contestar sus *e-mails* y en ignorarme. Cuando nos hemos registrado en recepción tan solo me ha dado las buenas noches, argumentando que al día siguiente debíamos madrugar, y se ha dirigido a su habitación.

En un primer momento pienso en quedarme en el dormitorio descansando, pero finalmente decido bajar al restaurante. En cuanto atravieso el *hall* una voz conocida reclama mi atención. Es Sheila, que se acerca a mí con una sonrisa de lo más falsa en su encantador rostro.

—Ana, ¿cómo estás? No sabía que estabas aquí. Supongo que Alex ya te ha contado que habíamos quedado para cenar, ¿no?

Su tono sutil deja entrever una media sonrisa al ver mi rostro encendido. Intento mantener la compostura mientras imito su cara de satisfacción.

—Sí, claro. No quiero molestaros. Solo he venido a pedir que me suban algo para cenar a mi habitación.

—Ah, bien. ¿Sabes en que habitación está Alex?. Parece que finalmente cenaremos allí, si tenemos tiempo, claro. Ya sabes cómo es esto.

¡Mierda! ¿Por qué me pasan estas cosas? Estoy muy dolida y sé que no debería, pero después del beso de esta tarde me estaba replanteando darle una oportunidad a mi relación con Alex, pero ya veo que no ha tardado en mantenerse ocupado. Contesto con la voz más desangelada que sé:

—Pues no sé, pregunta en recepción. ¡Qué disfrutéis! Y dile a Alex que recuerde que mañana hay que madrugar.

Le guiño un ojo mientras me despido con la mano. Giro mi cuerpo con brusquedad hasta que las puertas del ascensor se cierran, para que no pueda ver mis ojos inyectados y llorosos. Intento evitarlo, pero en cuanto me introduzco en la habitación, las lágrimas empiezan a brotar con insistencia.

Estoy furiosa conmigo misma. Sé que no debería sentirme así. Yo misma he puesto distancia entre nosotros. ¿Qué creía, que iba a esperar a que yo me decidiera? Tiene toda la libertad para estar con quien quiera. Él siempre ha sido franco con lo que desea, pero mi mente está demasiado aturdida para aceptar que me duele más de lo esperado. Quería evitar a toda costa sentirme

así, pero mi vida está predestinada a la tristeza.

Cuando llevo más de una hora tumbada en la gran cama compadeciéndome de mí misma, un agudo pitido rompe mi llanto. Me acerco al móvil y leo un mensaje. Es de Alex.

Siento lo de esta tarde. No he actuado bien. Mañana saldremos temprano. Te recojo a las 6. 00 a.m. Intenta descansar.

Un beso, Mi Linda

Leo y releo el mensaje sin acabar de comprender qué pasa por su cabeza. ¿Está con otra mujer y la deja para enviarme un mensaje? ¿En qué se ha equivocado, en enfadarse por lo de Albert o en el beso que me ha dado? Pero lo que más azora mi alma es que utilice las palabras “Mi Linda”. Estas encierran demasiada intimidad, demasiados deseos insatisfechos. Sé que si no supiera que está con Sheila ya estaría en su habitación pidiéndole explicaciones, pero tan solo desconecto el teléfono y cierro los ojos intentando mantener mi mente en blanco y dormir algunas horas.

11. Rumbo a la libertad

Al amanecer, Alex me recoge puntualmente a la hora acordada. Al ver mi cara de pocos amigos, decide mantenerse alejado durante el primer tramo del viaje. Sus explicaciones son escuetas, tan solo sé que un Jeep cuatro por cuatro nos llevará hasta Barreirinhas en unas tres horas. A medio camino hacemos una parada para desayunar. Él, incapaz de mantener más su silencio, aprovecha el momento de la comida para iniciar una conversación:

—¿Estás bien? No has abierto la boca en todo el camino. Oye, no sé por qué estás enfadada conmigo. Te envié un mensaje y te pedí disculpas.

Mi voz resurge alterada y ronca:

—¿Que sientes exactamente? ¿Besarme o haber buscado substituta tan rápidamente?

Alex me mira desconcertado.

—¿Qué? No me arrepiento de haberte besado. Sé que hicimos un pacto, pero tú lo deseabas tanto como yo. ¿Y de qué substituta hablas?

De pronto la vergüenza me asalta y desearía no haber pronunciado nunca esa palabras.

—Lo siento, no tengo ningún derecho. Vi a Sheila y... Pero soy consciente de que no me debes ninguna explicación.

Su voz se vuelve cortante e irritada:

—No, no te debo ninguna explicación.

Decido no seguir con el tema. No nos hace ningún bien y quiero disfrutar de la sorpresa que me tiene reservada. Intento suavizar el tono:

—Lo siento, de verdad. —Poso mi mano sobre la suya aunque él la mantiene inerte—. ¿Y se puede saber dónde vamos?

Durante unos segundos permanece en silencio, hasta que siento cómo entrelaza sus dedos con los míos y sus labios no pueden evitar sonreír levemente.

—Te llevo a ver la puesta de sol más bonita del mundo.

—¿De verdad? ¿Y qué tiene de especial? Debe serlo si me obligas a tener mi trasero dando botes sin parar en esa batidora.

Alex suelta una carcajada y contesta con cara de misterio:

—Tendrás que descubrirlo tú misma. Confía en mí.

Mis ojos lo miran fijamente, al tiempo que mis dedos aumentan la presión sobre los suyos para demostrarle que mi confianza en él es total. El conductor

nos avisa de que debemos subir al *jeep*. El momento mágico que nos había comenzado a envolver estalla como una pompa de jabón.

El coche se adentra por una pequeña carretera polvorienta que atraviesa grandes extensiones de terreno, donde van surgiendo pequeños poblados, animales de todo tipo paseando libremente y una tierra árida que demuestra por qué este estado es uno de los más pobres del país. Aun así, la poca gente con la que nos cruzamos nos ofrece su mejor sonrisa en todo momento a nuestro paso. Tengo tanto que aprender de ellos.

Barreirinhas es un pueblo que ha ido creciendo improvisadamente, a juzgar por la visión de calles sin asfaltar repletas de favelas, que conviven con modernos chalets de reciente construcción. Prácticamente en todas las casas cuelga un cartel de “Pousada”. Alex me explica que la afluencia de turismo en los últimos años ha desbordado el pueblo y se lamenta de que cuando vino por primera vez todo era mucho más auténtico.

El *jeep* se detiene ante una caseta, donde puedo leer un cartel que nos anuncia que es el aeropuerto. Al adentrarnos atravesando una gran puerta de madera observo una pequeña avioneta de hélices que nos espera. Yo lo miro con cara asustada.

—¿Vamos a subir ahí?

Él me pasa el brazo sobre los hombros en señal de protección.

—No te preocupes. Mi amigo Andrés es el mejor piloto que conozco.

Estoy convencida de que mis ojos son incapaces de esconder mi absoluto temor cuando me presenta, pero aun así sonrío y procuro transmitir confianza.

La avioneta despegue resiguiendo el curso de un río, que se abre camino sobre la árida tierra blanca hasta el mar. El paisaje me recuerda a imágenes de la selva. La frondosa vegetación que persigue el recorrido del río de principio a fin nos permite calcular perfectamente dónde empieza y acaba este. Parece como si alguien hubiera trasladado un pequeño Amazonas en medio del desierto. Llegado al mar, el piloto pone rumbo al oeste y ante mis ojos empiezan a aparecer kilómetros y kilómetros de impresionantes dunas de arena blanca que se alternan con oscuras lagunas. Mi boca se abre sorprendida ante tanta belleza y majestuosidad. Por el rabillo del ojo veo a Alex, que ignora el paisaje y con una sonrisa de satisfacción observa mi reacción.

—*Bem—vida a los Lençóis Maranhenses.* ¿Qué te parecen?

Estoy tan impresionada que no puedo vocalizar:

—Pero, pero... ¿es un desierto? ¿Y esa agua?

—Es un lugar único. La lluvia incesante de los pasados meses ha creado estas lagunas de agua dulce en las bases de las dunas. En cuanto las lluvias cesan se van secando lentamente y solo quedan las más grandes. Por suerte este año han sido abundantes y lo verás en todo su esplendor.

Mi mano se acerca en busca de la suya en un acto de querer compartir con él una imagen tan impactante y sobrecogedora. La extensión del parque natural es inmensa. Mire a donde mire, lenguas de arena se intercalan con oscuras aguas bajo un intenso cielo azul. Es el paisaje más espectacular ofrecido por la naturaleza que he visto jamás.

Mis ojos lo buscan y encuentran a un emocionado Alex. No puedo evitar acariciar su mejilla con ternura.

—Gracias. Es el sitio más bonito que he visto.

—No me las des, quería compartirlo contigo. He venido muchas veces solo, por trabajo, pero sabía que no te quedarías indiferente al verlo. No todo el mundo lo disfruta de la misma manera y tú... He podido sentir la emoción que viví yo la primera vez que lo vi. Es una sensación muy especial.

Lentamente, la avioneta comienza a descender hasta aterrizar en una pequeña pista en medio de la nada. Tras despedirnos de Andrés, una pareja viene a nuestro encuentro. Son Rose y Ugo, dueños de la posada donde pasaremos la noche. Ugo es un torbellino que exhala simpatía por los cuatro costados y que no cesa de hablar en todo el camino sobre los Lençóis y su vida aquí. Rose nos cuenta que nos tiene preparado un pescado excelente junto a unas fresquísimas cervezas reservadas exclusivamente para nosotros. Ha sido la acogida más cálida que he tenido desde el día que llegué a la fundación. Rememorarle me produce una pequeña punzada en el corazón por no haber pensado ni un minuto en Wenda, ni en Luciana desde que me fui. Al caer en la cuenta me dirijo a Alex:

—Quizás deberíamos llamar a la fundación.

—No te preocupes, ayer hablé con Luciana y está todo bien. Lo cierto es que donde vamos no hay teléfono ni cobertura, de hecho, la luz deja de funcionar a las diez de la noche. Es todo muy rudimentario, pero también muy auténtico.

Las palabras de Alex desprenden una gran emoción. A pesar de que su alegría es contagiosa, un pequeño halo de desesperanza se apodera de mí.

Estar aquí con él es un sueño, pero cada vez soy más consciente de que este es su mundo y de los diferentes que son nuestras vidas. Nuestra relación no tiene ningún futuro, por mucho que mi corazón se niegue a darme la razón.

La *pousada* se encuentra en una pequeña aldea formada por cinco cabañas al pie de una gran duna. Ugo nos explica que, subiendo hasta la cima, con la ayuda de una cuerda que él mismo ha instalado, se contempla ya una vista panorámica de la región. A un lado, el río y la vegetación frondosa; al otro, las arenas y las lagunas.

Una vez hemos comido el delicioso pescado decidimos dejar las cosas en la cabaña y dar un paseo por las dunas. Rose me informa de que debemos compartir habitación, pues la *pousada* es muy pequeña. Alex me mira de reojo con gesto divertido mientras yo intento ignorar que aquellas palabras me han afectado más de lo necesario.

El paseo por las dunas es realmente cautivador. No me canso de observar la perfecta combinación de agua y arena que hay ante mí. Mire donde mire, solo esos dos elementos nos rodean. El majestuoso silencio, solo interrumpido por nuestras respiraciones al andar, nos introduce lentamente en una gran serenidad. Consigue que mi mente y mi cuerpo se introduzcan en una especie de letargo y solo quede la sensación de paz que el paisaje transmite a mi espíritu, nada más existe. Aprovechamos para bañarnos en una de las lagunas, aunque lejos de refrescarnos descubro que el agua está bastante caldeada. En cuanto mis pies se introducen en ella veo unos pequeños pececillos que nadan por la superficie cristalina. Ante mi cara de sorpresa Alex suelta una carcajada.

—No tengas miedo, no hay tiburones.

—¡Muy gracioso! Pero ¿qué son estos pececillos? ¿No era agua de lluvia?

—Sí, pero aquí viene lo mágico de este lugar: los peces incuban los huevos bajo la arena y se mantienen vivos hasta las próximas lluvias.

Tras decir esto se tira al agua y me salpica todo lo que puede. Los jóvenes con los que compartimos la posada aparecen en lo alto de la duna, que debe medir unos cincuenta metros, con una pequeña madera en las manos. El gran montículo de arena se alza imponente ante nosotros y ellos se deslizan desde la cima hasta el agua sobre el improvisado trineo, gritando divertidos. En cuanto el sol va perdiendo intensidad me apremia:

—Venga, vamos a cambiarnos. Queda poco para la puesta de sol.

En la habitación, Alex respeta mi intimidad. Se viste el primero y sale de

la cabaña con la excusa de ir a hablar con sus amigos. Yo me relajo, mientras decido ponerme un vestido veraniego sin tirantes que me deja los hombros al desnudo. Me arreglo el pelo, me maquillo suavemente y busco un chal en mi maleta por si refresca.

A medida que me voy acercando al comedor de la posada veo que Alex está conversando con varias personas. Rose me explica que son el resto de huéspedes que se alojarán con nosotros. Entre ellos hay tres jóvenes alemanas que están de ruta por Brasil y que nos cuentan una gran cantidad de anécdotas divertidas sobre su aventura. Alex intercala algunas de sus vivencias y yo me voy sintiendo cada vez más fuera de lugar, por no tener nada emocionante que contar. Como siempre, él parece leer mis miedos y se acerca a mí susurrante:

—¿Nos vamos? —Yo asiento en silencio—. Por cierto, estás preciosa.

Este último comentario me hace sonreír tímidamente, aunque no consigue hacer desaparecer del todo mis dudas y temores.

Nos sentamos encima de una alta duna, que nos hace de mirador, con la laguna a nuestros pies y la visión interminable de kilómetros de arena. Él prepara su cámara y empieza a tomarme fotografías. Yo levanto la mano y tapo mi rostro.

—Para, no quiero fotos. No me gusto en las fotos.

Sus ojos se abren con una mirada sorprendida.

—¿Y eso por qué?

—En las fotos se ve todo con demasiado detalle. Me veo las arrugas, las manchas, todo.

Su gesto se vuelve serio.

—¡Ya estamos! No habías sacado el tema de la edad en todo el viaje. Ven aquí.

Hace un gesto con la mano para que me siente sobre sus rodillas. En cuanto me tiene entre sus brazos, acerca sus labios a mi rostro y me pregunta:

—¿Qué arrugas? —mientras habla, me besa las finas líneas alrededor de mis ojos con suavidad—. ¿Estas que te salen cuando estás concentrada?

Lentamente resigue mi rostro con sus labios, hasta besarme en la pequeña porción de frente situada entre mis cejas.

—¿O estás que aparecen cuando estas furiosa?

Mi cuerpo comienza a reaccionar ante sus sensuales roces y noto cómo la sangre acelera gradualmente su paso por las venas y aumenta mi pulso. Su

boca continúa su sinuoso recorrido hasta alcanzar la sensible piel de mi cuello.

—¿Que manchas? Quizás te refieres a las pequeñas ronchas que te salen cuando te acaloras por aquí.

Me separo ligeramente de él en busca del aire, que me está aprisionando los pulmones, y sus brazos me rodean manteniendo la presión de sus pectorales sobre mi cuerpo.

Aturdida afirmo:

—Veo que soy un libro abierto para ti.

Suelta una carcajada que provoca pequeños impulsos de su abdomen sobre mi pecho. Ese ínfimo contacto ya me inquieta sin remedio.

—Lo cierto es que no puedo evitarlo. Hay algo en ti misterioso. Hace que siempre quiera saber más y que me fije en pequeños detalles que jamás hubiera admirado en otra mujer.

—Alex, te aseguro que no hay nada misterioso. Soy reservada y me gusta disponer de mi espacio. —Suspiro haciendo un esfuerzo por continuar siendo sincera—. Entre nosotros hay atracción, de acuerdo, pero jamás podrá haber nada más. Eres demasiado joven. Probablemente en un tiempo querrás tener una familia, establecerte, y yo ya estoy en otra fase de mi vida.

Alex me obliga a girarme. Me sitúa frente a él y su expresión se vuelve seria:

—Ana, no te estoy pidiendo que te cases conmigo. Solo te pido que te dejes llevar, que disfrutemos el momento. He tenido varias relaciones con chicas de mi edad y en cuanto me he dado cuenta de que me necesitaban más de lo deseable desaparecía en la dirección contraria sin pensarlo. Todas buscaban lo mismo: casarse y tener una familia. Yo no quiero tener un hijo esperando siempre que aparezca cuando me necesite mientras viajo por el mundo, y no puedo cambiar de vida porque es la que me gusta. Pero tú... He intentado luchar contra esto, pero tienes como un imán poderoso que me consigue mantener prisionero a tu lado aunque no quiera. Jamás me había sentido así...

Sus palabras provocan que mi corazón se ensanche y que mi mente se confunda aún más. Me obligo a ser coherente y a hablarle con claridad:

—No lo entiendes. Yo no puedo ofrecerte nada. Tú eres increíble, lo cierto es que me tienes fascinada, pero con eso no es suficiente. Hace poco tiempo que decidí separarme y cambiar el rumbo de mi vida. Tenía que

demostrarme a mí misma que era capaz de hacer algo por los demás, yo sola. Y tu padre... Albert me dio esa oportunidad. Reconozco que he obtenido mucho más de lo que había deseado en un primer momento, pero yo no pertenezco a este mundo. Tengo dos hijos y no soy un alma libre como tú. En algún momento volveré a Barcelona, a mi vida, y tu seguirás con la tuya.

Los ojos de Alex me miran con cierta melancolía, mientras sus manos aprisionan las mías con suavidad, realizando pequeños círculos con el pulgar en su interior.

—¿Sabes? Si algo aprendí de mis padres es que existen muchos tipos de relaciones. No todo se resume en casarse, tener hijos y compartir una casa en la ciudad. Cuando era joven no entendía cómo podían vivir tan distanciados y repetidas veces los acusé de no ser una familia, pero un día tuve una larga conversación con mi madre y comprendí muchas cosas. Ella me explicó que cuando mi padre la conoció ya era una aventurera nata, por lo que supo desde el principio que no podría retenerla mucho tiempo en Barcelona. Él ya tenía el estudio y las cosas le iban bien allí, así que antes de perderla pactaron que cada uno cumpliría los sueños que tenía y que se apoyarían, aunque eso significara mantenerse en la distancia.

Sus ojos miran con detenimiento el sol, que está iniciando un lento camino hacia su escondite tras las altas dunas, y los míos buscan la bella imagen que veo reflejada en ellos. La arena queda matizada con suaves reflejos ocres y el agua de las lagunas se vuelve dorada. Nuestras miradas se mantienen hipnotizadas en el impresionante cuadro que se nos presenta sin prisa, mientras su grave voz resuena en la inmensidad de la soledad que nos envuelve. Tras un largo suspiro continua con su relato:

—Yo creía que mis padres no se amaban, pero ella me hizo ver que estaba equivocado. Tenían un amor tan fuerte y tan generoso que su único deseo era que el otro fuera feliz. —Su voz se vuelve temblorosa—. Yo no lo he comprendido realmente, hasta ahora.

Mis ojos se posan sobre los suyos y desprenden todo el pánico que siento al oír su confesión. Intento decir algo, pero no encuentro las palabras adecuadas. Estoy demasiado ofuscada.

—Alex...

—Shhhhh, no digas nada. Llevaban meses sin verse, pero cuando se reencontraban, el amor que se procesaban era arrebatador, no podían dejar de mirarse, de buscarse. Jamás vi que los padres de mis amigos, a los que tanto

envidiaba, se amaran de ese modo. No es suficiente con estar juntos cada día para ser feliz. —Yo asiento pensando en mi propia experiencia y al ver que se detiene le insto a continuar—. Ellos tenían una especie de pacto secreto: cuando uno de ellos llegaba a algún lugar del mundo que les había emocionado por alguna razón, se lo guardaban en un rincón del corazón hasta que, en algún momento, pudieran volver y compartirlo juntos.

—Es muy romántico.

—Un año antes de que mi madre muriera hicieron un largo viaje, recorrieron todos esos sitios que cada uno había guardado para el otro. Mi padre lo dejó todo para estar con ella en esos últimos meses. Desde entonces mi relación con él cambió. Siempre lo había acusado de no querer a mi madre y tuve que tragarme todas mis palabras. Ahora lo admiro.

El manto de la oscuridad se ha cernido sobre nosotros, solo rasgado por la blanca luz de la luna que se refleja en el agua. Sin los destellos del sol sus ojos se vuelven oscuros, casi negros, y su rostro adopta un aire felino. No puedo evitar acariciar su mejilla con ternura.

—Alex, es una historia preciosa. No todo el mundo puede hablar así del amor de sus padres. Mis hijos no podrían decir lo mismo. —Mi garganta se encuentra tozudamente seca y dificulta que mi voz suene todo lo serena que desearía—. Pero tú y yo casi no nos conocemos. No estoy segura de que yo fuera a saber llevar una relación así, creo que soy demasiado egoísta. No negaré que siento algo mágico cuando tú estás cerca, aunque no puedo asegurar que lo sienta igual cuando cada uno vuelva a su realidad. La distancia hace ver las cosas con perspectiva y probablemente no será igual cuando me aleje de ti. Te propongo un trato.

Sus ojos se fijan sobre los míos insinuando una media sonrisa.

—Miedo me das.

Mis dos manos envuelven sus mejillas mientras susurro las palabras lentamente a escasos centímetros de su boca, rozando sus carnosos labios:

—Te deseo y voy a romper el pacto.

Observo cómo sus labios empiezan a esbozar una sonrisa.

—Mmmmm.

—No quiero pensar en el futuro. Ahora mismo soy toda tuya. Este momento es solo nuestro.

Sus ojos se vuelven escrutadores y maliciosos.

—No sé si fiarme, pero me arriesgaré. Aunque primero deberíamos cenar

algo, ¿no? No quiero que te quedes sin fuerzas antes de hora.

—Sí, estoy de acuerdo. Rose me ha prometido una *picanha* estupenda. Por cierto, tenías razón en lo de que es la puesta de sol más bonita que he visto.

—Pues espera a ver la segunda.

Yo río por su ocurrencia.

—¿Ah, sí? ¿Se supone que tienes un *ranking* de puestas de sol?

—Recuerda que soy fotógrafo. Cuando pueda te llevaré a Bagan, en Myanmar. Es un paisaje totalmente distinto, pero la calma que te inunda cuando estas allí observando la puesta de sol es embriagadora.

Nos levantamos y nos dirigimos tranquilamente hacia la posada. Nuestros pies descalzos se van hundiendo en la arena, que se ha vuelto fría y húmeda por el abandono del sol. Nuestros cuerpos se mantienen firmemente fusionados en uno solo, como si temieran que ese contacto desapareciera para siempre.

A medida que nos vamos acercando a las cabañas, la luz centelleante de un gran fuego nos sorprende. Ugo y Rose se encuentran asando carne mientras el resto de turistas recién llegados bailan al son de la estridente música de los jóvenes alemanes.

Me acerco a Rose, que me sonrío en cuanto me ve.

—Así que esta es la famosa *picanha*, ¿no?

—Sí. La carne se asa con su propia grasa y sale jugosa y tierna. No necesitas añadir nada más.

—¿Y no queda muy seca?

—Nooo, el secreto está en asarla con la grasa hacia arriba en la parte más caliente de la parrilla. Una vez que los jugos comiencen a correr, la mueves a la parte menos caliente y le das la vuelta.

Durante la cena nos sentamos alrededor del fuego, que juega sobre nuestros rostros, mientras la música va bajando de tono y creando un ambiente cálido y relajado. La carne está deliciosa. Al terminar, Ugo nos ofrece una caipiriña para refrescarnos. Me ofrezco a ayudarlo y, mientras estoy enfrascada en el ritual de la preparación de la bebida, veo cómo Alex se levanta, habla con Rose y le ofrece algo. En segundos, las primeras notas de una canción de Norah Jones envuelven la soledad del lugar. Alex tira de mí para que baile con él. Yo lo miro avergonzada:

—¿Eso era mi Ipod? ¡Qué vergüenza! No creo que mi música les guste a

estos chicos.

—Vamos, cuarentona. A mí me gusta. Y quiero bailar contigo.

Nuestros cuerpos se acoplan perfectamente en un ronroneo perezoso, mientras él canta susurrando a mi oído la letra de la canción *Come away with me*. Sus palabras se clavan en mi corazón dolorosamente. Siento que es una declaración de intenciones. Me pide que arriesgue por él, pero sé que no sería capaz de abandonarlo todo. Algún día se aburriría de mí por no poder darle todo lo que alguien como él necesita. El dolor sería mucho más devastador que el que pueda crearme yo misma negándome a aceptar lo que siento, alejándome antes que ya dependa demasiado de él. Prefiero que en cuanto vuelva a mi casa esta historia sea un recuerdo precioso de mi paso por Brasil, que su imagen no me embargue de tristeza, solo de melancolía. Alex, ajeno a mis luchas interiores, tararea la canción junto a mi oído:

—*And I want to wake up with the rain / Y quiero despertar con la lluvia
Falling on a tin roof/ Cayendo en un tejado de estaño*

*While I'm safe there in your arms/ Mientras yo estoy a salvo en tus
brazos*

So all I ask is for you/ Así que todo lo que te pido

To come away with me in the night/ Es que vengas conmigo esta noche

Come away with me... / Ven conmigo...

Antes de que suenen las últimas notas, sus labios se posan sobre los míos y me dedican el beso más suave que jamás haya sentido. Lentamente su boca me abandona y me besa con la misma ternura en el cuello. El suave balanceo de nuestros pies provoca un leve roce entre nuestros cuerpos, que vuelve a alterar mis hormonas deseosas de volver a sentir su contacto. Su voz ronca susurra:

—Mi Linda... Ven conmigo...

Cuando la puerta de la cabaña se cierra y apoyo mi cuerpo en ella, mis manos buscan el suyo desesperadas. Alex me agarra por las muñecas y me atrapa entre su fuerte torso y la madera.

—¿Te acuerdas del primer beso que nos dimos?

Yo sonrío recordando la mezcla de furia y deseo que sentí.

—Mmmm.

—Hoy quiero algo diferente. Quiero tomarme mi tiempo y ver como

disfrutas. Quiero que me pidas lo que quieres.

Mi respiración comienza a introducirse en un estado de agitación máxima al oír sus palabras. Hasta que nuestros cuerpos se encuentran y nuestras almas inician un largo camino de sensaciones extraordinarias. Nuestras lenguas descubren recónditos lugares que nos hacen alcanzar un estado de compenetración hasta entonces desconocido. Nuestros sexos se unen en un baile perfecto que produce grandes oleadas de placer en todo nuestro ser, una y otra vez. Y, en el momento álgido, cuando siento que pequeñas convulsiones empiezan a apoderarse de mi mente, de mi corazón, llevándome a un estado de nebulosa como si fuera pura droga, la voz ronca de Alex resuena en mi cerebro:

—Ana, mírame. Por favor, mírame.

Mis ojos hacen un esfuerzo sobrehumano por mantener la vista fija en esos grandes mares que me tienen atrapada. Y justo cuando los dos conseguimos un orgasmo imponente, oigo su voz, que se convierte en un leve gemido:

—Ana, te quiero.

Yo mantengo el silencio, mientras siento que mi corazón se oprime como si se hubiera exprimido por completo. No puedo decirle lo que espera, sé que si lo hiciera por la mañana me arrepentiría, así que aprieto los labios y me tumbo a su lado estudiando el techo mientras nuestras respiraciones van disminuyendo la intensidad. No nos miramos, pero él continúa hablando:

—No hace falta que lo digas. Tus ojos han hablado por ti. Sé que necesitas tu tiempo. Por ahora me vale con que me lo demuestres con tus reacciones. —Mientras habla, sus dedos inician una suave marea de caricias sobre mi cuerpo que vuelve a excitarme—. Cuando te tengo así no puedes engañarme.

Mantengo el silencio luchando por no dejarme llevar por el cúmulo de emociones que se desbordan en mi interior. Sé que en esta situación, cuando la intensidad del momento te arrastra sin remedio, podría decir cosas de las que aún no puedo estar segura. No quiero equivocarme.

—Por cierto, no pasó nada con Sheila. Lo cierto es que desde que estuvimos juntos en Bahía no he deseado a ninguna otra, y te aseguro que jamás me había pasado antes.

Sus palabras me provocan una sonrisa. Bruscamente me sitúo sobre él a horcajadas y me apodero de su boca con desespero. Su respuesta es

automática ante mi exigencia cada vez mayor y siento cómo volvemos a conectar en segundos. Necesito más. Todo lo que me dé no es suficiente. Quiero embeberme de él, de su aroma, de su sabor, y quiero dárselo todo. La rabia se apodera de mí en cuanto comprendo que probablemente será la última noche que pasemos juntos y el sexo entre nosotros se vuelve duro y exigente hasta conseguir mezclar el dolor con el placer.

12. Rumbo a la serenidad

Por la mañana iniciamos nuestro largo viaje de regreso. Esta vez realizaremos una parte del trayecto en barco, surcando el río. Alex va tomando fotografías de todo lo que nos rodea, mientras yo disfruto admirando la fauna que vive entre la maleza que resigue la orilla. A medida que la gran barcaza de madera avanza, pequeños grupos de aves se van arremolinando sobre nosotros y crean composiciones de gran belleza. El agua, aunque limpia, adopta un tono cobrizo a causa del fondo embarrado. En cuanto finaliza su sesión de fotos, Alex introduce su mano en el agua y me salpica sutilmente. Mi carácter temeroso me prohíbe imitarle, temiendo lo que podría encontrar bajo las opacas aguas del río. Nuestro guía ya nos ha avisado de que los caimanes acechan en esa zona y no deseo comprobarlo de ninguna de las maneras.

Hoy estoy realmente animada y locuaz, así que dedicamos todo el viaje a conversar sobre nuestras vidas, sobre mis hijos, sobre Eva e incluso sobre Pedro. En cuanto le explico cómo me tacharon de loca ante mi decisión de venir a Brasil él no puede evitar preguntar:

—¿Dejaste a tu marido por venir a Brasil o realmente venir fue solo una consecuencia?

Yo suspiro. Me parece todo muy lejano, aunque soy consciente de que solo han pasado unos meses.

—Hacía tiempo que le daba vueltas a lo de separarme. Pedro es un buen hombre, pero hace tiempo que lo veo más como un amigo que como mi pareja. Nos conocimos cuando yo tenía quince años. Yo era una chica soñadora que quería arreglar el mundo y Pedro tenía 18 años. Era de los mayores del instituto y cuando se me declaró no podía creer que se hubiera fijado en mí. Normalmente los chicos de último curso no hablaban con las niñas de primero y yo además era muy vergonzosa. Mi ilusión era ser médico y enrolarme en Médicos sin Fronteras; incluso con el tiempo intenté convencerle para irnos un verano de voluntarios a una ONG.

—¿Y qué pasó? ¿No estudiaste medicina?

—No. Su padre enfermó y él cogió las riendas de la empresa familiar. Sin darme cuenta me encontré casada y con mi vida organizada durante los siguientes veinte años. Luego, siempre encontraba excusas: que si los niños, que la edad, la familia... Hasta que me acerqué peligrosamente a los cuarenta

y empecé a analizar mi vida desde todos los ángulos posibles. Me sentía atrapada y tomé la decisión. Mis hijos estudian fuera, mis padres ya no están y pensé que era el momento oportuno. He sido siempre una cobarde.

—Creo que, aunque te empeñas en creer que eres débil, eres una mujer valiente.

—Pues yo creo que debía haber sido más valiente cuando era joven. Me hubiera ahorrado hacer daño a la gente que quiero. ¡Tenías que haber visto la cara de mis hijos cuando se lo expliqué!

Alex me abraza con ternura, mientras mi espalda se recuesta sobre su pecho.

—Algún día lo entenderán. Cuando maduren verán que tienen una mujer extraordinaria como madre y estarán orgullosos de ti. Solo necesitan tiempo.

Me giro y poso mis labios sobre los suyos en un tierno beso.

—Gracias. Creo que jamás había sido tan sincera. No le había explicado a nadie cómo me sentía, ni siquiera a Eva. Tú haces que me sienta relajada y no me avergüence de mis miedos y mis dudas. Me gustaría ser como Sara o como tú, siempre hacéis lo que deseáis sin importaros lo que piensen o lo que digan.

—¿Crees que yo no tengo dudas? Cuando tenía que decidir qué hacía con mi vida mi padre me convenció para estudiar Arquitectura. Me gustaba dibujar y pensé que sería cómodo trabajar con él mientras podía desarrollar mis otras pasiones: la fotografía y viajar por el mundo. Con el tiempo fui abandonando el trabajo, lo que provocó fuertes discusiones entre nosotros. Él me tachaba de irresponsable. Ahora tengo claro que quiero dedicarme a la fotografía de manera profesional. Creo que él temía que hubiera salido a mi madre: un aventurero. Y... acertó de pleno.

—Pues yo creo que Albert está muy orgulloso de ti.

Su gesto se contrae en una mueca recelosa.

—Así que hablasteis de mí... Ahora entiendo por qué me evitabas al llegar.

—Sabes que eso no es cierto. Pero me mirabas de ese modo. De hecho pensé que eras tú el que habías hablado con tu padre sobre mí. Y no me hizo mucha gracia.

—Te aseguro que no me dijo nada, solo que te cuidara bien, pero fue suficiente para saber que había algo entre vosotros. Y cuando llegaste y me miraste con esos ojos verdes, sentí cómo removías todo mi interior en

segundos. Por eso estaba enfadado, pero no contigo, sino conmigo mismo. Albert lo ha pasado mal y cuando me hablaba de ti desprendía ilusión por todos sus poros. No sé cómo se lo va a tomar.

—Tu padre es un hombre inteligente y me ha demostrado que, a pesar del poco tiempo que hace que nos conocemos, es un gran amigo. Hablaré con él cuando vuelva y sé que lo entenderá. Por suerte tú ya te habrás marchado a Fortaleza y no os tendré a los dos alrededor cuando suceda. Sería muy incómodo.

—Sí, supongo que sí. —Sus labios se acercan a mi oído susurrantes—. ¿Seguro que no hay manera de convencerte para que vengas conmigo?

Y sin saber cómo le sigo el juego con voz provocativa.

—Estoy bastante segura, pero todo es intentarlo. Y tú siempre consigues lo que te propones.

Al llegar a San Luis vamos a visitar a Pablo y María, que nos reciben encantados y nos prepararan una comida estupenda. Junto a ellos las horas pasan en un suspiro. Cuando nos damos cuenta, empieza a anochecer. María es una persona extraordinaria que me ha abierto su corazón desde el primer momento. Desearía ser como ella y tener la capacidad de llegar al alma de la gente en tan pocas horas con la intensidad que ella lo hace. Me trata como si nos conociéramos de siempre y consigue que me sienta verdaderamente a gusto en su casa. Cansadas de los juegos de la tarde, las niñas comienzan a bostezar. Me ofrezco a llevarlas a su habitación con la intención de explicarles un cuento, mientras María me observa en silencio con una sonrisa en los labios. Cuando se quedan dormidas salimos sin hacer ruido y nos acomodamos en las grandes butacas del exterior. Alex se encuentra con Pablo en el garaje admirando una nueva tabla de *kite* que este, también aficionado a ese deporte, acaba de recibir. En cuanto nos sentamos, mi atención se dirige como un imán hacia él, estudiando sus reacciones, que demuestran que se encuentra relajado y feliz. María no puede evitar hablar de nosotros al descubrir el objeto de mi mirada:

—Nunca le había visto tan ilusionado. Se nota que está completamente enamorado.

Siento que mi piel se ruboriza al oír esas palabras.

—Lo cierto es que es un hombre increíble, pero es complicado.

—¿Complicado? Él es un hombre, tú una mujer y ha surgido algo entre vosotros precioso. ¿Dónde está el problema?

Sonrío, ante el resumen práctico de nuestra relación que acaba de hacer, pero aun así intento que lo vea a mi modo:

—Yo soy una mujer madura y él es un hombre terriblemente atractivo, inteligente, tierno, pero demásiado joven

—Ana, eso es una tontería. No puedes dejarte influenciar por esas cosas. El amor no tiene edad. Si fuera Albert con quien estuvieras ni te lo hubieras planteado. —Al oír sus palabras mi espalda se tensa como una vara, aunque ella sigue absorta en su discurso sin notar nada—. Alex tiene 10 años menos que tú, pero todo el mundo, incluso tú misma, aceptaría que Albert fuera tu pareja. ¡Y tiene 15 años más que tú!

Yo asiento resignada:

—Tienes razón. Pero no solo es eso. Nuestras vidas son tan dispares... Esto no tiene ningún futuro.

María me coge la mano con fuerza y me transmite un calor que sobrepasa el meramente físico.

—Tendrá el futuro que tú quieras que tenga.

Al día siguiente nos despedimos con un emotivo abrazo, pues las dos sabemos que la próxima vez que nos veamos Wenda se marchará a vivir con ellos. En una semana se realizará un baile en la fundación con el objeto de recaudar fondos y aprovecharán el momento para conocerla mejor y darle la noticia. Esa fiesta tan esperada supondrá un punto de inflexión para todas nuestras vidas: Alex se marchará a Fortaleza, Wenda iniciará una nueva vida con su familia y Albert llegará a Brasil. Y yo... yo debo escoger qué hacer con mi vida a partir de ese momento. Mi proyecto aquí tenía fecha de caducidad, pero ha sido tan intenso que siento que les debo más de lo que he aportado. Me planteo quedarme unas semanas más, aunque primero debo aclarar las cosas con mi familia.

13. Rumbo al dolor

Tras un intenso trabajo para que todo salga perfecto, hoy es el gran día: esta noche será el famoso baile. Por lo que me cuenta Luciana es ya una tradición que anualmente varias familias aposentadas del país se acerquen a conocer a los niños de la fundación y se mezclen con los trabajadores y su entorno en un baile benéfico. Cada año acuden más personajes públicos, que aportan grandes donativos y se interesan por el trabajo realizado.

María y Pablo han llegado esta mañana, y lo cierto es que Wenda ha conectado rápidamente con ellos y las niñas. Me alegra ver que existe gente con un corazón tan grande y que la pequeña por fin podrá tener una vida feliz y tranquila. La sonrisa no la ha abandonado durante todos los momentos que ha compartido con ellos, incluso he podido observar cómo su mano ha buscado la de María cuando la han llamado para ir a vestirse. Mi corazón está dividido: una parte de mí quiere que acepte rápido su nueva situación y sea feliz, pero la otra siente cierta envidia por saber que a partir de ahora ya no me necesita.

Respecto a Alex, finalmente me he dejado llevar y hemos pasado juntos todas y cada una de las noches de la semana. Me cruzo con él cuando voy a vestirme para la fiesta, donde todo el mundo debe ir de blanco en homenaje a Oxalà —una divinidad del candomble— tradición que se suele cumplir los viernes en Bahía. En cuanto se acerca a mí me susurra al oído:

—Estoy deseando verte con el vestido que te compraste..., mi Linda...

Yo lo miro con ojos traviosos mientras sonrío y le contesto con voz melosa:

—Yo estoy deseando que me lo quites. Y teniendo en cuenta que es nuestra última noche, vete pensando algo especial.

Y tras guiñarle un ojo me introduzco en mi cabaña, donde me esperan Sara y Mara ultimando los detalles de su atuendo. En cuanto entro, Sara, que observa cómo se aleja su amigo, sonrío embelesada.

—No me digas que no es tierno. ¡Vaya miraditas! Lo tienes comiendo en tu mano.

Yo me río viendo cómo gesticula exageradamente poniendo los ojos en blanco.

—¡Qué tonta eres! Por cierto, hoy es el gran día, ¿no?

Mara me mira con cara de terror.

—Sí, estoy atacada. No se conoce a la suegra todos los días.

Sara acaricia tiernamente la mejilla de su pareja intentando tranquilizarla:

—Cariño, ya te he dicho que le encantarás. Mi madre es tan alocada como yo y tiene mis preferencias sexuales muy asumidas desde hace años. ¡Estoy segura de que os llevaréis divinamente!

Observo a la pareja con detenimiento mientras no puedo evitar pensar en voz alta:

—Sara, no sabes cómo te envidio. Estás tan segura de ti misma y de lo que quieres...

—Ana, la vida está para disfrutarla. Cuando encuentras al amor de tu vida quieres que todo el mundo lo sepa.

El rubor se adueña de las mejillas de Mara al oír las intensas palabras de la argentina. Me acerco a las dos y les doy un efusivo abrazo.

—Me alegro por vosotras. Las dos sois geniales y os merecéis lo mejor.

Ellas cruzan una mirada cómplice mientras me plantan un sonoro beso en cada mejilla. Mara me mira con cariño mientras afirma:

—Tú también te lo mereces. No deberías pensar tanto y guiarte más por ese corazón tan grande que tienes.

Sara intercede con el ceño fruncido:

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo vas a dejar que Alex se marche sin más? Os hemos observado estos días y se os ve muy felices.

—Ya... La vida a veces es más complicada —y tras un suspiro intenso intento mantener una sonrisa y alejar la angustia que se va apoderando de mí lentamente—. Pero hoy... ¡voy a disfrutar al máximo! Y no voy a pensar más de lo necesario.

Mara me mira incrédula y me pregunta:

—¿Me lo prometes?

—Prometido. Y para empezar voy a ponerme el vestido más sexi de la fiesta.

—¡Genial! Pero yo de ti iría con cuidado con José. Últimamente no te quita ojo. Creo que tienes un nuevo admirador.

—Es solo un pobre hombre que intenta ser educado. Y además, tengo a mi caballero andante que me protege.

Ellas ríen, recordando su intervención en Bahía. Dispuestas a pasárselo bien, se alejan divertidas de la habitación.

Cuando siento la fina tela sobre mi piel, ya comienzan a asaltarme las

dudas de que el vestido que Alex me ayudó a escoger no sea demasiado provocativo. Deja la espalda totalmente descubierta, lo que me obliga a ir sin sujetador, y la suave tela de la falda acaricia mis piernas dejando entrever sus formas mientras camino hasta el entarimado de madera que han preparado para el baile. Me he dejado el pelo suelto sobre los hombros, solo adornado con una pequeña flor natural en la sien. Una flor de ipé, la flor nacional de Brasil, que Alex me ha regalado esta mañana al despertarme y que será nuestro pequeño secreto esta noche. Él me ha explicado cómo esta exuberante flor llegó a dar nombre a este gran país. A mi mente viene la imagen de Alex, despertando junto a mí y narrándome la leyenda en voz tenue: “Tras el descubrimiento de América ya se empezó a llamar Brasil a la región en la cual existía un árbol, el pau—brasil, que usaban los nativos de la selva como tinte. Los portugueses ya exportaron ese nuevo producto para teñir las ropas, que conseguían al hervir la corteza en agua. Curiosamente, al hervirlo, el color del tinte se volvía de un intenso rojo que recordaba a las brasas, de ahí el nombre de Terra Do Pau—Brasil. Por desgracia, el afán de lucro arrasó con la mayoría de estos árboles, que ahora están protegidos”.

Sus ojos se han posado sobre los míos con una mirada que me ha atravesado el alma: “Esta flor me recuerda a ti. Por fuera parece delicada y frágil, pero cuando buscas en su interior encuentras algo mucho más poderoso que la belleza. Algo que perdurará para siempre”.

La evocación de sus palabras me provoca una sonrisa de satisfacción mientras observo la bella flor. Sus grandes pétalos, teñidos de un amarillo intenso, destacan sobre mi piel.

En cuanto me ve llegar, sonrío y exclama:

—¡Ana, estás espectacular! Y esa flor es muy *linda*, te da un toque muy exótico.

Él está tan impresionante como siempre. Lleva una camisa y unos pantalones de lino blanco que destacan sobre su piel morena, que aumenta, si cabe, su sensualidad. Todas las mujeres lo miran embelesadas.

Estoy a punto de responderle con un ronroneo malicioso, pero una voz aguda conocida salta a mi espalda:

—Ana, no te había conocido. Sí, la flor es muy bonita. Lástima que dentro de un rato estará mustia.

Me giro lentamente y sonrío falsamente a la estupenda rubia que nos acompaña.

—¡Sheila, qué sorpresa! No sabía que venías al baile.

—¿No? Pues es raro que Alex no te lo haya contado. No me lo pierdo nunca.

Tras una conversación meramente de cortesía con ella decido despedirme y dirigirme hasta donde se encuentran Wenda y su nueva familia. Junto a ellos está Mara y la madre de Sara conversando alegremente. Se ve que se entienden a la perfección, lo que me alegra profundamente por la chica. Es una mujer muy atractiva que combina a la perfección la fuerza de carácter de su hija con una belleza nórdica delicada. Luciana se acerca a nosotros con una gran sonrisa:

—Mi Linda, ¡estas espectacular! Va a ser un baile muy bonito. Lástima que Albert no haya podido venir.

—Sí. ¿Cuándo llega?

—Probablemente dentro de un par de días. Debía solucionar algo antes de pasar una temporada en Brasil.

—Tengo ganas de verle. Es un buen amigo.

Una voz grave a mi espalda pregunta sigilosa.

—¿A quién tienes ganas de ver?

Yo me giro hacia esos ojos tan intensos que sé que ya conocen la respuesta y por sus destellos me demuestran que no es de su gusto. Al ver que mantengo mi silencio Luciana contesta sin ninguna mala intención:

—Pues ¿quién va a ser? Albert. Seguro que tú también le echas de menos. Alex aparta la vista de mí y mira a Luciana sonriente.

—Claro, es mi padre. ¿Cómo no voy a estar deseando que llegue?

Observo a mi alrededor y compruebo que todo el mundo se ha vestido con sus mejores galas para la ocasión, incluidos los niños, que juegan a perseguirse por todo el salón. Entre el barullo de niños, la voz de uno de los hombres del gobierno que últimamente merodean por la fundación reclama mi atención:

—*Boa noite, senhorita.*

El hombre retiene mi mano entre las suyas y sonrío con petulancia. Mi sonrisa es forzada y nerviosa:

—*Boa noite, ¿señor...?*

Se mantiene en silencio mirando mi rostro con interés, mientras su mano se niega a desprender la mía. Siento varios pares de ojos estudiando mi reacción.

Las primeras notas suenan y Marcelo se acerca a pedirme el primer baile. Yo acepto encantada de que me aleje de esa mirada inquisidora. Durante varias horas paso de mano en mano bailando con gente que prácticamente no conozco y que me intentan transmitir el ritmo natural de sus caderas sin mucho éxito. A medida que avanza la noche, el tono de la música se vuelve más cadencioso y las parejas empiezan a moverse acarameladas. Alex se acerca a mí y cogiéndome la mano de modo seductor me arrastra a la pista:

—Mi Linda, ha llegado el momento de dedicarme un baile. Llevas toda la noche de brazo en brazo.

Yo le miro con cierta ironía.

—No estarás celoso, ¿verdad? En cambio tú has estado pegado a Sheila toda la noche.

—Más bien ella es quien ha estado pegada a mí. Tenía la esperanza de que vinieras a salvarme...

Sonrío cuando siento cómo acerca su cuerpo al mío. Puedo notar el roce de todos sus músculos a través de la fina tela de nuestra ropa. Lentamente me voy relajando y me aprieto más contra él, sin ser consciente de que no estamos solos. Cierro los ojos y me abandono en sus brazos, mientras mis pies siguen su sinuoso ritmo. Su mano sube y baja, acariciando tiernamente mi espalda desnuda y llenándome de sensaciones que solo su tacto consigue.

De pronto, una mano se posa en mi hombro y una voz de hombre resuena a mi espalda:

—Creo que es mi turno.

Los dos paramos en seco al oír esa voz tan conocida. La tensión se adueña del momento, volviéndolo de lo más incómodo y frío. Decido intentar normalizar el encuentro:

—Albert, ¡qué sorpresa! Creíamos que no llegabas hasta dentro de un par de días.

—Sí, pero al final me lo pude arreglar.

Sus ojos se dirigen a Alex, que se mantiene aferrado a mi torso con rostro desafiante.

—Bueno, creo que ya ha empezado nuestra canción. Si nos permites...

Su hijo se retira de mala gana, no sin antes lanzarle una mirada asesina.

En cuanto suena la música Albert me rodea con sus brazos manteniendo una cierta distancia. Mi cuerpo está tenso solo de pensar que Alex está vigilando cada movimiento que demos. Debo hacer un esfuerzo por aparentar

tranquilidad. Hablaré con Albert a su debido tiempo, pero ahora no es el sitio ni el lugar. Ajeno a mis confusos pensamientos, él me habla con total normalidad:

—¿Qué tal, Ana? Te veo estupenda. Lo cierto es que cuando he llegado has sido la primera imagen que mis ojos han encontrado. Cuando me he dado cuenta de que eras tú, me ha dado un vuelco el corazón. Te he echado de menos.

Contesto intentando evitar su mirada, que sigue fija en mi rostro buscando respuestas.

—Albert, vamos a disfrutar del baile. Tenemos muchos días para hablar, ¿no crees?

Él asiente con cierta decepción en su voz:

—Sí, supongo que tienes razón.

Me siento mal y necesito disculparme, pero no puedo hacerlo con palabras, así que sin darme cuenta busco sus ojos intentando que lea en ellos mi desconcierto. En el momento que nuestras miradas se cruzan, él acerca sus labios a los míos y me besa tiernamente. Yo intento soltarme de sus brazos y en solo unos instantes otros más fuertes lo agarran por la espalda y nos separan bruscamente. Alex está fuera de sí y grita:

—¡Déjala! Ahora está conmigo.

Albert contesta furioso:

—No podías respetarla, ¿verdad? Te dije que era importante para mí y ¡te ha faltado tiempo para seducirla!

Sin pensarlo, Alex le lanza un puñetazo en toda la mandíbula. Albert cae al suelo con la mano en la barbilla. Debo hacer algo, pero estoy tan furiosa que solo consigo gritar:

—¿Qué os pasa? Aquí nadie ha seducido a nadie. ¡Ya soy mayorcita para decidir lo que quiero! Y ahora mismo siento vergüenza. Os tendríais que ver. ¡No quiero saber nada de ninguno de los dos! ¡No soy propiedad de nadie!

La vergüenza se apodera de mí al sentir que se ha hecho el silencio a nuestro alrededor. Escapo corriendo hacia mi cabaña y siento la sonrisa satisfecha de Sheila a mi espalda. No puedo pensar, solo sé que sabía perfectamente dónde me estaba metiendo desde el primer momento y lo he complicado todo. Necesito hablar con alguien: con Eva. Sé que ella puede entenderme y aconsejarme. Necesito oír su voz cantarina diciéndome que me tranquilice y riéndose de la situación, es la única que puede hacerlo.

Recojo mi teléfono y empiezo a caminar hacia la entrada, mientras las lágrimas no cesan de inundar mi cara. Cuando llevo unos metros andando desesperada, oigo un motor que se acerca, hasta que una furgoneta para ante mí. Es José, el repartidor, que se marcha ya y se ofrece a llevarme al cruce para que pueda llamar. En cuanto me deja y se aleja por la solitaria carretera con su furgoneta, me quedo inmersa en la total oscuridad. Un escalofrío recorre mi espalda pensando en la vuelta sola y a oscuras, pero decido olvidarme de eso por ahora y marco el número de Eva. Aquí son las 11:00 de la noche, así que soy consciente de que voy a despertarla. Tras un intento en el móvil decido llamarla al fijo. Suele tener un sueño bastante profundo y si no tiene el teléfono cerca es imposible que lo oiga. En cuanto descuelga, suena una voz masculina y somnolienta:

—¿Diga? ¿Quién es?

Me sorprendo al oír esa voz. La mía suena grave por el llanto que aún no he conseguido controlar:

—¿Es la casa de Eva Martínez?

—Sí, pero está durmiendo. Un momento, voy a intentar despertarla.

Oigo un leve susurro de fondo instando a mi amiga para que conteste: “Cariño, te llaman. Venga, remolona”.

Y en un segundo todo el mundo se desploma a mis pies. Mi tristeza se vuelve furia al reconocer la voz que está despertando cariñosamente a mi mejor amiga que, aún medio dormida, contesta:

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Se puede saber qué haces con mi marido en tu cama? Eres una traidora. Ahora lo entiendo todo, querías que me fuera a Brasil para tenerme bien lejos y aprovechar el momento. Eres despreciable. ¡Te odio!

Mis gritos resuenan de tal manera ante la soledad del paisaje en el que me encuentro que soy incapaz de detectar la presencia de alguien a mi espalda. Una gran mano me amordaza con un trozo de tela empapado en alguna sustancia que inunda mis fosas nasales y que provoca que mi cuerpo se deshaga como mantequilla. El teléfono cae de mis manos mientras oigo la voz de Eva que me llama entre sollozos:

—¡Ana! ¡Ana!

14. Rumbo a la muerte

Con gran dificultad consigo abrir los ojos buscando una referencia de donde estoy. Solo distingo oscuridad.

Intento incorporarme pero mis músculos no consiguen responder a las órdenes de mi mente, me pesa todo el cuerpo y me escuecen los ojos. Unas voces sordas llegan a mi oído, pero las siento lejanas y confusas. Intento gritar y el leve gesto de levantar la cabeza del maloliente colchón en el que me encuentro produce un agudo pinchazo en mi sien. Solo alcanzo a susurrar: —Alex...

A medida que pasan las horas, una pequeña franja de luz va iluminando mi rostro. Al abrir levemente mis pesados párpados, puedo observar de dónde proviene. Estoy en una sórdida habitación donde solo hay el viejo colchón en el que estoy acostada y un lavamanos. No tiene ventanas, tan solo una estrecha rendija de varios centímetros por donde se filtra un pequeño rayo de sol que consigue iluminar la estancia levemente. Las imágenes de la noche anterior comienzan a resurgir en mi mente confusas, mientras varias lágrimas silenciosas ruedan suavemente por mi piel. Recuerdo la conversación con Eva interrumpida por una mano fuerte y áspera que me inmoviliza y me tapa la boca con fuerza. El recuerdo me aboca de nuevo a la angustia del momento en que no conseguía introducir el aire en los pulmones, la lucha por soltarme de mi captor de manera desesperada, un coche...

Finalmente llego a la incrédula conclusión de que me han secuestrado. Intento mantener la mente fría, pero el miedo va instaurándose en cada célula de mi cuerpo al ser consciente de la situación. Brasil es un país donde los secuestros son abundantes. Aunque la gran mayoría son de poca duración y en cuanto se paga el rescate dejan libre a los secuestrados, también ha habido casos que estos han aparecido muertos sin ninguna explicación. ¿Quién querría secuestrarme? No provengo de ninguna familia rica ni trabajo para una gran empresa, que son sus objetivos más habituales.

El sonido de un cerrojo que se abre altera mis pensamientos. Haciendo un gran esfuerzo consigo incorporarme y mantengo la mirada en la puerta, expectante.

Un hombre de constitución grande entra con un plato de comida y se dirige a mí en portugués. Lleva una camiseta vieja y desgastada con varios agujeros que dejan entrever la carne flácida de su prominente barriga.

—¿Ya estás despierta?

El corpulento brasileño se acerca a pocos centímetros de mí y un desagradable olor a sudor y metal envuelve el espacio. Yo aparto el rostro reprimiendo una náusea al sentir su cercanía. Él sonríe mostrando su boca mellada y acaricia con una pequeña navaja mi rostro.

—Eres muy Linda. Quizás antes de que tu marido pague tu rescate podríamos divertirnos.

Yo aparto el rostro y le miro desafiante:

—Mi marido no tiene dinero. Vendrán a buscarme y te irás directamente a la cárcel.

Una carcajada demencial resuena en la estancia, mientras la pequeña navaja se va acercando a mis pechos impunemente.

—Mira, putita, me da igual quién pague. Si es tu marido o uno de los dos amantes que tienes. Y no te hagas la remilgada, lo sé todo sobre ti.

Mis ojos se abren desorbitados. ¿Quién es ese hombre y cómo sabe todo eso? Mis músculos empiezan a temblar. En cuanto aleja la navaja me estiro en el colchón hecha un ovillo. El hombre se marcha dejando la bandeja en el suelo. Antes de irse advierte:

—Cómetelo todo o dentro de cinco minutos tendrás esto lleno de ratas.

En cuanto cierra la puerta me incorporo con dificultad y arrastrándome sobre mis doloridas rodillas me acerco a examinar la comida. No consigo discernir qué es. Parece una especie de puré, pero soy consciente de que llevo horas sin comer y debo hacerlo para mantenerme con vida... hasta que vengan a buscarme.

Pruebo la pasta deforme que inunda el plato y, al momento, las arcadas se apoderan de mi cuerpo. Aun así, hago un enorme esfuerzo por comer todo lo posible, tragando sin dedicarle un segundo a saborear el contenido. Intento ponerme en pie y, aunque mi cabeza sigue teniendo verdaderos problemas para abandonar la confusión, me acerco hasta el pequeño lavamanos que hay en el rincón. El metal del desagüe y del grifo está oxidado y sucio. Aun así acerco el vaso que se encuentra en la repisa y lo lleno de la turbia agua que sale del conducto. Durante unos segundos dudo sobre si debería ingerirla, pero hace horas que no bebo nada. Siento la garganta seca y dolorida. Sé que si quiero sobrevivir debo cubrir mis necesidades básicas, así que de un trago me bebo el líquido. Un sabor metálico recorre mi garganta de principio a fin. En la estancia no hay ningún espejo, así que inspecciono mi cuerpo en busca

de alguna herida. No encuentro ningún corte, aunque varios moratones recorren mi piel. Probablemente son los efectos de mi lucha desesperada por huir, al darme cuenta de lo sucedido. La cabeza empieza a darme vueltas. Con paso vacilante me acerco hasta el viejo colchón y me estiro lentamente. Estoy muy cansada y siento que mi cuerpo no responde como debería. Comprendo que me han drogado con algún tipo de sustancia que emborriona mi mente hasta desear simplemente dormir y dormir.

Un ruido en el exterior altera mi sueño y abro los ojos asustada. No sé cuántas horas han pasado. Deslizo mis ojos por la desconchada pared hasta encontrar la ranura que da al exterior y observo que ya no entra luz. La noche ha llegado y con ella el miedo me paraliza. Imágenes de mis hijos vienen a mi mente dolorosamente. A estas horas ya estarán informados de lo sucedido y eso me hace sentir realmente mal. Mi aventura me parece ahora fuera de lugar, el miedo a una probable muerte hace que me sienta egoísta y ruin por provocarles este sufrimiento innecesario. Si no me hubiera empeñado en venir a Brasil, nada de esto habría sucedido.

Por un instante la imagen de Alex invade mi mente y pequeñas lágrimas inician su lenta peregrinación a través de mis sucias mejillas. Veo su rostro desencajado cuando pegó a su padre y desearía no ser la causante de todo ese malestar. Recuerdo su mano que acariciaba mi piel, sus tiernos abrazos, y desearía poder volver atrás, al momento en que me dijo que me amaba. Estoy enamorada de él y no he querido aceptarlo por cobardía. Tenía miedo de que si me entregaba a él pudiera hacerme daño en un futuro. Ahora soy consciente de que mi vida sin él no tiene sentido. Debo arriesgarme y luchar por estar juntos. Jamás he sentido nada semejante a lo que me invade cuando me toca, cuando simplemente me mira. No es solo deseo, es tan tierno y tan fuerte a la vez... Tiene un corazón capaz de darlo todo y una mente tan prodigiosa... Si salgo de esta, debo decírselo, tengo que sincerarme y entregarme a las nuevas perspectivas que me da la vida junto a él. Yo quería seguir mi camino pero ya no tiene sentido si no es junto al hombre al que amo.

El cerrojo se abre y mi carcelero entra en la estancia. Yo cierro los ojos haciéndome la dormida, aunque no sé si seré capaz de controlar los temblores que empiezan a hacerse con mi cuerpo. Un profundo olor a metal y nicotina inunda mis fosas nasales hasta alcanzar mi débil cerebro, mientras su pestilente aliento se acerca a escasos centímetros de mi boca.

—Putita, aquí tienes la cena.

Su mugriento dedo inicia un lento recorrido por mi piel: acaricia mis labios y resigue un camino imaginario hasta introducirse en el escote y rozar mis pechos. Su áspero tacto me deja una angustiada huella más allá de las capas de mi piel, todo mi cuerpo se altera. Levanto la vista y me encuentro con unos vidriosos ojos que me estudian satisfechos del pánico que provocan. Siento verdadero terror.

Un grito de mujer lo llama desde el exterior. El hombre sale gritando improperios y cierra la puerta de golpe. Mi cuerpo se destensa y relajo mis dedos, doloridos de la fuerte presión que inconscientemente estaba realizando sobre ellos. Solo pensar que me ha tocado, oleadas de asco comienzan a inundar mi estómago y me provocan fuertes arcadas. Intento levantarme y me arrastro hasta el lavamanos, donde los vómitos se apoderan de mi cuerpo, creando fuertes convulsiones en un intento de expulsarlos. Agotada, me deslizo hasta el mugriento suelo y me acurruco hecha un ovillo. El vómito ha salpicado todo el suelo y parte de mi vestido, pero no tengo fuerzas para alejarme de allí. Solo necesito descansar.

Hago un esfuerzo por preservar mi mente lo más lúcida posible, pero las sombras de confusión se entremezclan con la realidad. Mis pensamientos evocan las imágenes de las fotos de Wenda en el archivo policial, el recuerdo de su valentía, de su lucha por sobrevivir. Pienso en su dulce sonrisa a pesar de todo y su amarga evocación arranca de mi interior una fuerza que creía perdida. Sin dudarlo, arrastro mi cuerpo tembloroso hasta el plato abandonado en el suelo. En cuanto me acerco, el nauseabundo olor me invade. Lleno mi mano de la pasta desconocida que me traen y me la introduzco con pulso trémulo al interior de mi boca. El alimento se vuelve cemento cuando entra en contacto con mis glándulas salivares, pero, a pesar de ello, me lo trago con contundencia sintiendo su recorrido hasta la boca del estómago. Intento incorporarme para alcanzar el vaso y beber un largo trago de agua cuando siento que la orina, durante horas contenida, pulsa por salir de mi cuerpo. En un rincón de la estancia diviso un pequeño agujero tapado con una tabla rota de madera. En cuanto la levanto, un olor ácido me sacude, ratificando que es una letrina improvisada. El fuerte hedor origina nuevas arcadas que se apoderan de mí, aunque esta vez intento controlarlas. Tras satisfacer mis necesidades me alejo de allí y me arrastro hasta el colchón, donde caigo exhausta.

Tras varias horas semiinconsciente consigo que mi mente vuelva a funcionar con dificultad. Imágenes de los días pasados se entremezclan en mi aturcido cerebro y me veo a mí misma despidiéndome de todos, pidiéndoles perdón por haberles fallado. La tristeza me invade, pero ya no soy capaz de llorar. La impotencia de saber que solo puedo esperar ha secado mis lágrimas. La desesperación inicial se va volviendo conformismo a medida que pasan las horas y mis esperanzas de salir con vida se van desvaneciendo.

Los días se agotan y mis fuerzas van disminuyendo con rapidez. La droga que me inyectan no me permite ser consciente de cuántos días han pasado, pero los intervalos de luz y oscuridad me informan de que el tiempo avanza y de que cada vez tengo menos confianza en que me encuentren. Los vómitos siguen apoderándose de mí varias veces al día, probablemente a causa de la droga. Mi vestido ya es de cualquier color menos blanco.

La imágenes de mis hijos, de Luciana, de Wenda, e incluso de Alex, cada vez están más difuminadas en mi cabeza. Mi cerebro no consigue estar activo, durante la mayor parte del tiempo solo consigo dormir.

El hombre que me vigila sigue acariciando mi piel a la mínima ocasión, solo por el placer de dominarme. Su boca sigue lanzando siniestras insinuaciones a las que ya no puedo responder. Ya no soy capaz de luchar ni en mis sueños. Mi cuerpo está inerte, no reacciona a ningún estímulo.

De pronto, unas voces de hombre retumban al otro lado de la puerta. Reconozco la de mi captor y creo conocer a la otra, pero mi difusa mente no consigue situarla. Se oyen unos fuertes golpes en la puerta y varios disparos. Mis ojos se cierran con fuerza, mi cuerpo tiembla, pero soy incapaz de moverme. Si no estuviera drogada me levantaría y gritaría pidiendo ayuda, pero mi cuerpo no responde, ya no me pertenece.

La puerta se abre y varios hombres armados entran en la estancia. Intento levantar la vista, aunque mis párpados se niegan a obedecer. Mis labios resecaos y agrietados solo consiguen susurrar:

—Alex...

Un hombre fuerte me coge en brazos, mientras su voz grave intenta tranquilizarme:

—Tranquila, *senhorina*. Está a salvo.

Y aunque mis músculos siguen inactivos, mis dedos se agarran a su fuerte torso y una leve sonrisa aparece en mi rostro.

15. Rumbo a casa

Abro los ojos e inspiro intensamente, inhalando todo el oxígeno que mis pulmones son capaces de absorber. La estancia en la que estoy es tan fría e impersonal como cualquier otra habitación de hospital, pero me parece la más acogedora que haya visto nunca. Mis ojos, tantos días desenfocados, intentan encontrar algún punto de referencia. Levanto mis brazos y observo que la pulsera blanca, ahora sucia y manchada, sigue en mi muñeca junto a la amarilla. La única que ha desaparecido es la roja.

Una voz fuerte me obliga a girar el rostro.

—Buenos días, Mi Linda.

Luciana se encuentra a mi lado y me mira con ojos de angustia, a pesar de esbozar una gran sonrisa en sus labios. Su mano mantiene la mía entrelazada y con la otra acaricia mi pelo tiernamente.

—¿Cómo estás? Llevas varios días en el hospital. Estabas deshidratada y te habían administrado una droga, y el agua que bebiste estaba contaminada. Pero no tienes nada grave, solo debes descansar.

Las imágenes de todo lo sucedido se me aparecen confusas. Intento hablar, pero tan solo logro emitir un leve gemido, y toda la tensión contenida durante los días de cautiverio explota en un gran sollozo que inunda la habitación. Luciana me abraza con fuerza respetando mi dolor en silencio, mientras la puerta se abre y aparece Pedro con mis dos hijos. Mi llanto y mi dolor aumenta, si cabe aún más, al ver sus rostros inundados de sufrimiento que me miran atónitos. Clara es la primera en lanzarse sobre mí en un profundo abrazo:

—¡Mamá! Lo siento, lo siento. Fui una estúpida por no creer en ti. Eres la persona más valiente que conozco. Te quiero mucho.

Mis manos acarician su pelo con delicadeza, tal como hacía cuando era una niña y tenía algún pequeño disgusto. Ella levanta la vista hasta mis derrotados ojos y sonrío:

—Estoy muy orgullosa de ti. —Busca con la mirada la de su padre y hermano—. Todos lo estamos.

Y ambos asienten, mientras Víctor se une al abrazo de su hermana lanzándose sobre mí. Pedro se mantiene en un segundo plano. Sus ojos destilan la indecisión que lo embarga al no saber cómo comportarse ante esa situación. Yo estiro mis brazos mostrándole que su contacto es bienvenido y

finalmente se une a nosotros. Durante unos segundos nos mantenemos en silencio, disfrutando al máximo de ese roce que tanto he deseado poder revivir. A pesar de que mi mente estaba confusa, sé que lo que más anhelaba en mis días de cautiverio era abrazar a la gente que quiero, aunque fuera una única vez. Pedro y Víctor se separan lentamente mientras, sorprendentemente, mi hija mantiene sus manos aferradas a las mías, con temor a perderme si las suelta. En ese momento se abre la puerta y entra Albert con su permanente sonrisa y una tierna mirada.

—Bueno, Bella durmiente. Dentro de cinco minutos nos van a echar de la habitación, así que solo quería decirte que me alegro de que al final todo haya terminado bien.

Yo lo miro, agradecida de que me trate como si lo del baile jamás hubiera sucedido, como el gran amigo que es.

—¿Cómo me encontrasteis?

—Luciana sospechó desde el principio de José, el repartidor. Hacía demasiadas preguntas y siempre te estaba observando. Encontramos tu móvil junto a la carretera y Marcelo lo vio marcharse con su furgoneta. Así que le pusieron vigilancia y solo tuvimos que esperar a que nos llevara hasta ti. Por suerte solo fueron diez días.

—¡Ufff! A mí me parecieron diez años.

Me giro buscando a Luciana, que se ha mantenido en un discreto segundo plano cuando ha entrado mi familia.

—Luciana, gracias. Me has salvado la vida.

Ella no contesta aunque, por primera vez desde que la conozco, sus ojos pierden la entereza que siempre los envuelve y dos lágrimas surcan su curtida piel.

La enfermera entra y, sin ningún tipo de empatía por la situación, los echa a todos de la habitación. Con su encanto habitual Albert le pide cinco minutos a solas para hablar conmigo y la mujer accede de mala gana. En cuanto se cierra la puerta se acerca a mí y coge mi mano. Yo me mantengo en silencio, a la espera:

—Ana, Alex se ha ido.

Mi corazón se cierra en un puño, provocándome un dolor intenso y desgarrador en el pecho. Deseaba tanto tenerlo cerca. Necesito sentir sus brazos a mi alrededor mientras me besa con ternura. Necesito decirle lo que siento. Necesito... Mis lágrimas caen ya sin control por todo mi rostro. Soy

incapaz de hablar, tengo un gran nudo que presiona mi garganta y entiendo que es mi desolada alma que lucha por evitar aullar de dolor. Albert observa mi muda reacción y continúa su explicación con suavidad:

—Cuando fueron a rescatarte él quiso acompañarlos. Se sentía culpable, pensó que te habían raptado por su culpa. Quizás si él no me hubiera pegado, tú no hubieras salido corriendo. Te encontró tan desvalida: estabas drogada y semiinconsciente. No pudo soportarlo. Se ha mantenido sin moverse de tu lado hasta esta mañana. En cuanto has despertado y se ha asegurado que estás bien, con los tuyos, se ha marchado.

Las lágrimas nublan mi mirada por enésima vez en el día de hoy. Pero esta vez el dolor interior es mucho más intenso que lo que mis ojos enrojecidos pueden delatar. Albert me estudia con cautela, consciente de mi tristeza y desolación. Con gran esfuerzo consigo balbucear:

—Pero ¿dónde?

—Le ofrecieron un trabajo de fotógrafo. Estará un año viajando por el mundo. Cuando te ha visto con tu familia, ha comprendido que tu sitio está con ellos. Y él debe intentar seguir sus sueños.

Al ver mi cuerpo temblando totalmente vulnerable, Albert se acerca y me abraza con delicadeza. Cuando consigo calmar los sollozos acerco mi mano a su mejilla y la acaricio tiernamente.

—Albert, gracias. Eres un gran amigo. Siento no habértelo contado antes. Todo fue muy rápido. Yo misma no quise aceptarlo.

—Creo que ahora lo entiendo. Cuando os vi en el baile me enfadé mucho por haber puesto esperanzas en algo que tú, por lo visto, ya habías descartado. Me sentí engañado. Con los días, me di cuenta de cómo sufría mi hijo por ti, cómo te necesitaba. Recordé que yo ya había vivido un amor así y sé que existen pocos afortunados que puedan disfrutar de un vínculo como este. Solo necesitas saber si tú sientes lo mismo.

—Tenía tantas dudas. No quise aceptar la realidad: estoy enamorada de él. Pero no sé qué debo hacer. ¡Es todo tan confuso!

Él sonrío intentando disminuir la trascendencia del momento:

—Como amigo, te aconsejo que vuelvas a Barcelona y lo veas todo con más perspectiva. Aclara primero las cosas con tu familia, con Eva.

—A Eva le dije cosas horribles.

—Sí, me lo contó. Pero ella te quiere. De hecho entre Pedro y yo tuvimos que pararle los pies para que no viniera corriendo a buscarte.

—He sido muy injusta con ellos. Son dos de las personas a las que más quiero en este mundo y quiero que sean felices.

—Pues solo tienes que decírselo.

Y tras un tierno beso en la mejilla, se despide de mi dejándome sola con una única imagen en la mente que me atormenta: Alex en aquella mugrienta estancia mirándome con el rostro desencajado por el dolor. Pensé que había sido un sueño, pero él estaba allí, era real. Ahora se ha ido y no sé si en algún momento podré reunir el valor para decirle lo que siento.

A medida que avanzan los días, mi cuerpo va recuperando su energía habitual. Las aburridas horas en el hospital me han ayudado a ver las cosas con más perspectiva y a poder hablar tranquilamente con mi familia. Creo que por fin he conseguido que mis hijos me comprendan y que a partir de ahora me apoyen en todos mis nuevos proyectos. He sido injusta con ellos pensando que no eran lo bastante maduros para entender mis necesidades. Unos cuantos días viviendo en la fundación han servido para que me admiren, aunque yo no crea que lo merezca.

Cuando por fin me dan el alta y me dispongo a recoger las cosas de la habitación, la puerta se abre sigilosamente. Pedro entra con una amplia sonrisa, una que hace mucho tiempo no compartía conmigo.

—Bueno, ¡llegó el momento! ¿Estás preparada para volver a casa?

Mis ojos recorren su rostro con cierta melancolía. Desearía contestarle que no tengo casa, que el que era mi hogar ahora le pertenece a él, a Eva y a la pequeña Noelia. Que Brasil me ha dado la oportunidad de conocer otra vida, de saber que a veces tu casa no es dónde vives, sino dónde reside tu alma. Y en estos momentos la mía se encuentra perdida en algún lugar del mundo, persiguiendo la de un hombre fascinante al que rechacé por haber nacido en el año equivocado.

Aun así me esfuerzo en aclarar las cosas con él:

—Pedro, siento haber sido tan egoísta. Sé que no acabas de entender qué me pasó ni qué hago aquí.

Sus ojos me miran esquivos. Hace demasiado tiempo que nos hemos olvidado de cómo hablar de nuestros sentimientos y nos es realmente difícil. Pero eso es algo que la gente que he conocido en este país me ha enseñado: debes abrir tu corazón, es la única manera de no dejar pasar la oportunidad de ser feliz. Su voz grave intenta detenerme:

—Ana, no hace falta.

—¿Que me disculpe? Sí, sí que hace falta. Me sentía aprisionada con mi vida y egoístamente te di a ti la culpa. Pero en realidad fue error mío, no tenía que haber renunciado a mis deseos tan pronto, y sé que tú me habrías permitido todo lo que yo hubiera deseado hacer. Fui yo la cobarde, la que nunca me atreví a realizar nada de lo que deseaba por pura comodidad, por miedo quizás.

Por primera vez en mucho tiempo he sido sincera y él lo agradece con una sonrisa. Sus ojos destilan una mirada franca como hacía años no me dedicaba:

—Lo cierto es que entiendo más cosas de las que crees. ¿Tú piensas que no veía cómo te ibas marchitando en nuestra rutina diaria?. Pero yo también tenía miedo de perderte si te animaba a realizar tus sueños. ¿No es gracioso? Te perdí por no hacerlo.

Se acerca con sigilo y sus manos buscan las mías:

—Ana, siempre te he querido y te querré, pero tenías razón en lo de que a nuestra relación le faltaba ilusión y pasión desde el principio. Y me he dado cuenta ahora, con Eva. No lo busqué, surgió; pero soy feliz.

—Siento todo lo que dije. Eva es como una hermana para mí y te digo de corazón que quiero que seáis felices. Os quiero mucho a los dos aunque no os lo haya demostrado demasiado.

—Quiero que sepas que no me arrepiento de nada de lo que he vivido junto a ti. Pero he visto lo que has hecho aquí y he comprendido que necesitas mucho más de lo que yo te puedo dar. No sé cómo acabará la historia con Eva, pero surgió sin darnos cuenta, nos sentíamos solos y estoy ilusionado. Pero me dolería demasiado que desaparecieras de nuestra vida. Desearía que intentáramos tener una buena relación, como los tres amigos que éramos.

Dos finas gotas asoman en sus oscuros ojos, mientras nuestros cuerpos se unen en un reconfortante abrazo de amigos, de dos personas que no pueden negar que se quieren a pesar del dolor que da la certeza de que ya no volverán a ser los mismos nunca más. El agudo sonido del móvil interrumpe el momento y el nombre de Eva aparece en la pantalla. Pedro me mira incómodo y yo le insto a contestar con una sonrisa cómplice:

—¡Uff! Contesta, que ya sabes cómo se pone si no lo haces. Y dale un beso de mi parte.

El que ha sido mi compañero de camino durante tantos años sale de la habitación buscando cierta intimidad. Gruesas lágrimas comienzan su ya conocido recorrido por mis mejillas. Pero esta vez lloro por mí, por un futuro que vuelvo a ver negro por segunda vez en el mismo año. Por haber malgastado la oportunidad de poder estar abrazando a Alex, enterrándome en él y sintiéndome segura. Así es como me hace sentir cuando estamos juntos. Él consigue que me vuelva atrevida y que la tristeza desaparezca de mi interior. Pero ha escogido su rumbo, tal como yo reclamaba. Alex ha decidido vivir su aventura en solitario y yo debo respetarlo aunque sienta mi corazón inerte como una piedra lisa y gastada.

A la mañana siguiente nos dirigimos a la fundación con la intención de despedirnos y recoger mis cosas. A medida que el coche nos acerca al punto exacto del camino donde fui secuestrada, mi cuerpo comienza a responder con leves temblores. No puedo negar que me aterra enfrentarme a Wenda y sus tristes ojos cuando le diga que me voy. Luciana me ha explicado que Pablo y María han pasado junto a ella todos los días de mi cautiverio, intentando transmitirle tranquilidad ante mi ausencia. En cuanto bajo del coche veo a la pequeña acercarse corriendo hasta donde estoy. Sus diminutas manos se aferran con fuerza a mis piernas, mientras descubro que el miedo ha vuelto a teñir sus infantiles ojos. La alzo con delicadeza hasta tener su cabeza apoyada en mi hombro y oigo un leve gemido que me llega al alma. Con todo lo que ha sufrido jamás la he visto llorar así, en un silencio doloroso que me parte el corazón

—Cariño, estoy aquí. He vuelto. No llores, pequeña.

Levanta su rostro hasta que nuestras miradas se encuentran, mientras acerca su boca a mi cuello y besa la amoratada piel. Sus grandes ojos me observan angustiados reclamando una respuesta.

—Ya está. Ya pasó. Me caí y me llevaron al hospital, pero ya está curado. ¿Lo ves?

Tras haber sufrido tanta violencia en el pasado, su cerebro asocia con rapidez mi estado con algo inevitablemente malo. Su boca muestra una inconsciente mueca de dolor al observarme en silencio.

Yo sonrío, con toda la energía que soy capaz de concentrar, a pesar de estar rota por dentro y sentir solo vacío. María rompe el hielo y nos abrazamos con su calor habitual.

—Vamos, vamos. ¿Sabes que Wenda está aprendiendo a leer?

Yo la miro con cara de asombro, consiguiendo que la niña sonría orgullosa.

—¿De verdad? Así podrás leer mis cartas cuando te escriba. Y tu podrás enviarme dibujos de tu nueva casa.

Su mirada vuelve a ensombrecerse y me siento culpable por causarle más tristeza de la que ya acumula. Mi dedo busca su rostro y resigo sus rasgos con delicadeza, tal como hacia ella cuando aún no hablaba. Finalizo acariciando sus labios con dulzura mientras afirmo:

—Este es nuestro secreto, ¿verdad?. Solo tú y yo... No voy a abandonarte. Nunca. ¿Recuerdas cuando me marché unos días?

Su pequeña cabecita asiente con determinación, mientras continúo mi explicación:

—Debo marcharme otra vez. Pero prometo llamarte todas las semanas y vendré a visitarte muy a menudo. Te quiero muchísimo, Wenda.

Mis lágrimas caen descontroladas por mi rostro. Ella solo escucha recelosa en silencio. Su dulce voz resurge en un susurro, mientras sus ojos negros se abren temerosos :

—No me olvides.

La rodeo con mis brazos, con brío, intentando que mi amor por ella se introduzca bajo su piel eternamente. Mientras, afirmo sin ningún tipo de duda:

—¡Jamás!

El resto de la visita es un encuentro de sentimientos contradictorios. La alegría y la tristeza se amontonan una sobre la otra, aumentando, si cabe, el miedo que siento por un futuro incierto.

Luciana ha organizado a los niños para que me dediquen una típica canción brasileña de despedida:

A nossa jornada / Nuestro viaje

Já vai terminar / Ya va a terminar

Adeus, meus senhores, / Adiós, señores míos,

Queiram desculpar/ Nos querrán disculpar

Adeus, é tarde, / Adiós, es tarde,

Nós vamos partir/ vamos a partir

O dia amanhece, / El día amanece,

Queremos dormir. / Queremos dormir.

Adeus, é tarde, / Adiós, es tarde.

Nós vamos partir/ Vamos a partir

Amanhã voltaremos, / Mañana volveremos

Se Deus permitir. / Si Dios lo quiere permitir

En cuanto terminan, todos se acercan sonrientes y me lanzan efusivos abrazos. Mi familia nos observa embelesada.

Recorro con mi hija la fundación y le describo mis tareas en ella y el uso de cada estancia. Ella corta mis explicaciones sonriente:

—Mamá, Alex me explicó con todo detalle lo orgullosos que estaban de ti. Te admiraba muchísimo. Es una pena que se haya ido y no podamos despedirnos. Es un chico muy simpático y guapísimo.

Intento disimular el pinchazo que recibe mi corazón al oír su nombre con una leve sonrisa. No me cabe duda de que Alex ha hecho todo lo posible porque mis hijos entiendan qué me motivó a venir y el esfuerzo que supuso para mí. Y eso solo consigo que lo admire y lo eche más de menos.

Dejo a mi hija conversando con los otros chicos, mientras me acerco a mi cabaña con la intención de recoger mis cosas. Abro la puerta y un profundo aroma inunda toda la estancia. Un gran ramo de flores de ipé descansa sobre la mesilla de noche y una flor solitaria reposa sobre una nota en mi cama. Mis dedos tiemblan al acariciar la desordenada letra que anuncia mi nombre. Desdoble el papel con cuidado y leo la escueta despedida:

Una flor Linda para la mujer más Linda.

Nunca renuncies a tus sueños.

Alex

Mi voz resuena desgarrada por el llanto, intentando que de algún modo mis palabras lleguen a su corazón errante:

—No lo haré, no lo haré.

Durante unos minutos lloro desconsolada, hasta que Mara y Sara entran sigilosamente y me abrazan con ternura. Seco mis lágrimas y sonrío al verlas, mientras me levanto con voz enérgica:

—¡Se acabaron los lloros!. No quiero ser “Miss Triste! nunca más.

Ellas me observan con cara de sorpresa, sin poder evitar mezclar las lágrimas con una gran sonrisa.

—Por fin sé qué quiero hacer y cómo lo quiero hacer. Volveré a Barcelona y me prepararé para poder continuar con esto. Quiero seguir ayudando a más niños. ese es mi sueño. Y él me ha enseñado el camino para conseguirlo.

16. Rumbo a la tranquilidad

Los días en mi ciudad se me hacen eternos y aburridos. Mi familia me trata como si estuviera enferma, colmándome de atenciones y mimándome en exceso. Intento aparentar normalidad, pero el gran número de sentimientos encontrados que bulle en mi interior no me permite disfrutar el momento. Disfrutar del simple hecho de estar viva, disfrutar de estar a salvo, disfrutar con los míos.

Aún tengo pesadillas por las noches, en las que se me aparece el rostro sonriente de mi captor. Al final resultó ser el primo del repartidor y, por lo que parece, era la primera vez que secuestraban a alguien en toda su vida. Albert me ha confesado la relación que tenían los hombres de traje que merodeaban por la fundación con mi secuestro. Parece ser que hace unos años varios diputados corruptos crearon numerosas ONG con la única intención de blanquear dinero. Pedían grandes subvenciones que jamás fueron justificadas y que simplemente ellos se embolsaban. Cuando la nueva presidenta ganó las elecciones, construyó un plan para evitar casos como los del pasado. Así que mantuvo las subvenciones de las organizaciones que existían desde hacía más años, pero no permitió que se crearan de nuevas. El hombre que me saludó no era otro que uno de esos diputados. Estaba intentando convencer a Albert y a Alex para que participaran con ellos en esa trama. Como no cedían, y tras investigar mi relación con ellos, vieron, en mi secuestro, una oportunidad para presionar a padre e hijo y conseguir su propósito. Eran solo dos aficionados que encontraron la oportunidad de ganar un dinero rápido y fácil, pero sus precauciones no fueron suficientes, por suerte.

En algunos momentos, el olor a metal y sudor vuelve a mis fosas nasales como si se hubiera instalado en mi mente para siempre. Lo siento tan real que, en un intento vago de alejarlo al máximo, me he vuelto una maníaca de los ambientadores. Mi hija está desquiciada con esta nueva afición mía y en cuanto me ve llegar con uno nuevo en la mano me reprende:

—Mamá, ¿otro? Quizás estas exagerando. Ya sé que llevas mucho tiempo viviendo en un sitio donde esto ni existía, pero...

—No es eso, cariño. Además, dentro de unos días te vas a ir y me voy a quedar aquí sola con mis manías. Deja que las disfrute.

Clara, que siempre debe tener la última palabra, por una vez enmudece.

Sus ojos me observan pensativa y sus labios emiten un leve susurro:

—Mamá, tuve tanto miedo... Pensé que no volvería a verte.

Yo la miro con tristeza. Lo último que hubiera deseado es producir ese temor en ella, que continua hablando con extrema cautela.

—Todo eso, lo del secuestro, me ha hecho pensar. No quiero volver a Alemania, sino que quiero estar aquí, contigo.

—No, no, no. No puedes renunciar a tus sueños por mí. Yo estoy bien, y ya sabes que voy a prepararme para seguir colaborando con otras ONG. Probablemente viajaré y no podría hacerlo sabiendo que tú estás aquí sola.

—Mamá, no estaré sola. Están papá y Eva. Estudiar Económicas en Alemania no era mi sueño, era el de papá. En realidad...

Yo la miro sorprendida. Pensé que conocía a mis hijos, pero ahora ya no estoy segura de nada. Ella continúa con sigilo:

—En realidad siempre quise ser maestra, pero papá estaba tan ilusionado con el tema de que estudiara una carrera que me sirviera después para poder dirigir su empresa... Cuando llegué a Brasil y conocí a Mara y a los otros chicos lo entendí todo. Los números no son lo mío.

—¿Y qué vas a hacer? ¿No acabarás el curso?

—Sí, aprovecharé para mejorar mi inglés y el poco alemán que pueda aprender. Haré las asignaturas que luego me convaliden en Magisterio y el curso que viene me matricularé aquí para hacer lo que en realidad me ilusiona. Solo hay una cosa.

—Dime.

—Cuando vuelva en verano, me gustaría acompañarte a Brasil. Le prometiste a Wenda que pasarías el verano en Fortaleza. Yo quiero ir de voluntaria.

Su mirada me busca expectante, esperando mi reprobación. Pero si algo he aprendido es que debo dejar que busque su camino y cometa sus propios errores. Tan solo digo sonriente:

—Tu padre me va a matar. Dirá que todo es culpa mía.

Ella ríe satisfecha mientras afirma:

—Por eso no te preocupes, ahora tenemos a Eva de aliada. No sé cómo lo convence, pero consigue que haga cosas que antes eran impensables.

Yo asiento pensando en mi amiga y en su don, y el recuerdo de nuestro tenso reencuentro me absorbe por completo. El día que llegué, Eva me estaba esperando en el apartamento consumida por los nervios. Pedro nos dejó a

solas, consciente de que necesitábamos aclarar las cosas. En cuanto entré en el salón, inundado de juguetes de niño, un balancín y miles de peluches, su mirada me buscó con resignación. Las dos nos mantuvimos en silencio mientras me acercaba hasta la niña, que dormía plácidamente en el balancín. Eva no pudo resistir más el silencio:

—Ana, lo siento. Yo...

—No lo sientas. Puedo entender más cosas de las que crees. Sé que a veces no puedes controlar tus sentimientos, por mucho que te esfuerces.

—Escucha, siempre quise a Pedro como amigo. Siempre pensé que erais la pareja perfecta y jamás me hubiera fijado en él como algo más. Pero no sé qué pasó. Nos encontramos solos, yo con la niña, tan perdida... Y él me trata como nadie ha hecho jamás, me da tanto amor... Hasta ahora yo solo buscaba la pasión en mis relaciones y me he dado cuenta de que eso no es lo que quería. Necesito que, por una vez, alguien me cuide, me mime y piense solo en mí.

Mis labios se mantuvieron dolorosamente sellados durante unos segundos interminables en los que no sabía qué decir. Yo tenía eso con Pedro y no me era suficiente, y Eva era justo lo que necesitaba.

—No sé qué decirte, Ana. ¿Pueden cambiar tan rápido los sentimientos? ¿Podemos pasar de la amistad al amor en segundos?

—Claro que pueden. pero no desaparecen con tanta facilidad. Y yo no puedo ignorar lo que siento por vosotros. Os quiero y deseo que seáis felices. Me costará acostumbrarme a la situación, pero te prometo que no te voy a perder como amiga. Te necesito demasiado.

Un sollozo ronco surgió de la garganta de Eva, que corrió a mi encuentro y se fundió en un abrazo. La pequeña Noelia, quizás consciente del dolor que sentía su madre, comenzó a agitar sus brazos y a emitir agudos chillidos reclamando nuestra atención. Eva la cogió en brazos y la acunó desesperadamente, mientras explicaba con voz angustiada:

—Es un nervio, se pasa el día llorando sin parar. Así que nos ha regalado una tregua con este ratito en silencio, pero ahora ya no habrá quien la calme.

Mi amiga comenzó a dar vueltas por la habitación con paso firme, balanceando a la niña de un lado al otro de manera impaciente, mientras susurraba:

—Shhh, no llores. Está la tía Ana, que ha venido a conocerte.

La niña aumentó el llanto consiguiendo que los intentos de Eva por

calmarla fueran en vano, hasta que me acerqué y ofreciendo ayuda se la reclamé.

En cuanto la niña se acomodó en mis brazos, la mecí con sutileza y le canté la canción que cada noche le dedicaba a Wenda en un tono suave. Lentamente, la niña se fue relajando hasta que su respiración volvió a adquirir un ritmo somnoliento. Levanté el rostro sonriente hasta el de Eva, que me miraba embelesada. Tan solo dijo:

—¿Ves por qué te necesito? Somos un gran equipo, siempre lo hemos sido.

Tras dormir a la niña y entre diversas interrupciones, donde la pequeña reclamaba sus atenciones, conseguimos hablar con franqueza de nuestros sentimientos y mis aventuras. Le hablé de Alex y de cómo le había dejado ir libre para que cumpliera sus sueños. Aunque no lo compartió, respetó mi decisión. La obligué, prácticamente, a irse a vivir con Pedro a mi antiguo piso, mucho más amplio y preparado para un niño, mientras yo decidí hacer de ese pequeño apartamento mi nuevo hogar hasta que llegara el momento de partir hacia un nuevo rumbo.

Clara me aleja de los recuerdos con una gran sonrisa y un leve zarandeo:

—¡Mamá! No puedo esperar a decírselo a papá. Me acompañas, ¿no?

Asiento rápidamente y la sigo en busca de mi abrigo hacia el ascensor. Retomo la conversación anterior con cierta ironía:

—¡Quién me iba a decir que acabaría compartiendo piso con mi hija como dos universitarias!

Ella sonrío dándome la razón.

—Sí, y esta vez no estará Víctor para mediar en nuestras peleas. Por cierto, hablé con él y parece que nuestro peque se ha enamorado. Quiere irse a vivir con Alma, dice que ya están buscando piso.

—¿Tan pronto? Es demasiado joven. Debería vivir la vida antes de atarse de esa manera.

Mi hija me mira comprensiva.

—Mamá, él ya está viviendo una gran experiencia. Si lo hace con la persona que quiere, mucho mejor, ¿no?

Mis labios se curvan levemente en señal de disgusto, demostrando mis escondidos sentimientos. Clara, inteligente como siempre, aprovecha el momento y añade:

—Sé que te gustaría estar con Alex. .

Me ruborizo como una niña a la que han descubierto con una pequeña travesura. Pensé que mis hijos no entenderían esa parte de mi aventura en Brasil, así que la omití y evité hablar de él en todo momento. Viendo mi reacción, ella continua:

—Oye, entre los chicos no era ningún secreto. Me lo explicaron. Y solo necesité ver cómo hablaba de ti Alex. Nunca he visto a alguien esforzarse tanto en esconder sus sentimientos. Sus ojos brillaban al explicarnos tu trabajo allí, con Wenda, y su tono se volvía dulce al hablar de ti.

Cuando consigo reaccionar intento explicar mi versión:

—Sí, no puedo negarlo. Alex es increíble, pero.. .

Viendo mi incomodidad, mi hija me coge del brazo y me acompaña a la salida del portal mientras exclama:

—Mamá, no quiero detalles. Solo quiero que me digas tu secreto para ligarte al tío más guapo de la fundación, más inteligente, más increíble. ¡Ufff!. ¡Espero que sea algo genético!

Su carcajada me invade arrastrándome con ella y obligándome a, por primera vez en días, sentir que puedo ser feliz y disfrutar de esos pequeños momentos que la vida me regala. Mi hija confía en mí y nuestra relación ha dado un giro de ciento ochenta grados.

Mi experiencia en Brasil ha conseguido mellar en mí de tal manera que puedo decir que ya no soy la misma de antes, y la relación con mi hija lo demuestra. Todo se ha vuelto más fluido y fácil desde que he vivido tan de cerca el dolor y la injusticia. Wenda, Luciana, y cada niño que había en la fundación con duras historias sobre sus diminutas espaldas me han demostrado cómo debo exprimir la vida a partir de ahora, ilusionándome con cada pequeño detalle.

17. Rumbo a mis sueños

Mi aventura en Brasil finalizó hace ya varios meses y no he dejado de pensar en Alex ni un solo momento. El intenso dolor que me envolvía los primeros días ha ido cicatrizando lentamente, aunque aún no puedo evitar sentir una pequeña punzada cuando oigo su nombre o veo alguno de sus reportajes fotográficos. Finalmente ha conseguido lo que quería y trabaja de fotógrafo para el *National Geographic*, inmortalizando alguno de los rincones más bellos del planeta. Estoy feliz porque sé que es lo que él más anhelaba, aunque no puedo esconder que desearía poder compartir junto a él todos esos lugares maravillosos.

Yo también me siento a gusto con mi nueva vida. A pesar de haber vuelto a mi ciudad, con los míos, mi vida es totalmente distinta a como era antes. Decido cada paso que quiero dar, con sus logros y sus errores, y sé que estos son solo míos. No me cuestiono qué me deparará el futuro, tan solo vivo la vida intensamente absorbiendo cada nueva experiencia y transformándola en algo que formará parte de mi ser mientras viva.

Albert sigue siendo un gran amigo y ahora se ha convertido en mi socio. Ambos hemos creado una ONG que ayuda a niños necesitados de nuestro país, a la vez que colaboramos con otras asociaciones diseminadas por el mundo. El antiguo piso de Eva es mi nuevo hogar, mientras ella y Pedro viven en la que fue nuestra casa junto a la pequeña Noelia. Me ha sorprendido ver que son una pareja muy compenetrada a pesar de sus diferentes caracteres y veo a mi exmarido actuar con ellas con una ternura que yo jamás había detectado que tuviera. Probablemente fui incapaz de sacar esa faceta suya al exterior, y agradezco a Eva que lo haya conseguido. Son mi familia. Y desde el principio me han acogido como tal, acompañándome y animándome en los momentos que el dolor me invade y la tristeza vuelve a tambalear el rumbo de mi vida.

He llamado a Alex algunas veces, pero jamás he obtenido respuesta. Me ha enviado un solo mensaje de texto contestando uno mío en el que me interesaba por su vida, por su trabajo. Y lo ha hecho con un escueto “Todo bien. Gracias”. Esa respuesta me ha dolido más que si jamás lo hubiera hecho. Me ha hablado como si casi no me conociera, como si no hubiéramos compartido tantos momentos de intimidad. Recuerdo cuando me dijo que me amaba y deduzco cómo tuvo que sentirse cuando me quedé deliberadamente

en silencio, cuando escogí seguir con mi vida como si él no hubiera tambaleado todos mis argumentos para no enamorarme de él. Sé que no puedo recriminarle nada.

A pesar de todo, sigue sorprendiéndome, tal como pasó el día de Navidad. Pedro y Eva organizaron una comida donde me reunieron junto a mis hijos, Albert, y mis exsuegros (que nos miraban sin comprender nada de esta extraña situación). Recuerdo que esperábamos ansiosos la llegada de Pablo y María junto a Wenda y las niñas. Venían a pasar las fiestas a casa de los padres de él y quedamos que se acercarían a tomar café. Estaba ansiosa por ver a Wenda y, por qué negarlo, por hablar con María sobre Alex, ya que sabía que antes de iniciar su viaje estuvo viviendo en su casa unas semanas.

Cuando llamaron al timbre salí corriendo a abrir la puerta y los encontré agarrando una caja de grandes dimensiones con una sonrisa deslumbrante en la cara. Todos gritaron al unísono:

—¡Feliz Navidad!

Wenda se abalanzó sobre mí en un gran abrazo y estiró de mis manos obligándome a situarme a su altura. En cuanto alcanzó mi rostro, sus dedos recorrieron mis facciones tal como lo habían hecho infinidad de veces en el pasado. Después sonrió. Una sonrisa amplia y sincera, y su voz resurgió divertida explicando miles de anécdotas de su viaje en avión. Yo la observaba en silencio comprobando que la tristeza, por fin, había desaparecido de su rostro. Podía ver en ella una niña sonriente y extrovertida. La pequeña competía con sus hermanas intentando mantener toda nuestra atención y lo hacía sin complejos, sin resentimiento. Con esa naturalidad y despreocupación que emanan los niños felices. Instintivamente busqué en mi muñeca la pulsera blanca y descubrí, con asombro, que en algún momento indeterminado los nudos se habían desatado. Ya solo conservaba la amarilla.

Tras los emocionados besos y abrazos, María se dirigió a mí con su sonrisa habitual:

—Ana, ¿no vas a abrir tu regalo? ¡Con lo que nos ha costado traerlo hasta aquí!

Yo me quedé consternada admirando ese gran objeto que ocupaba todo el recibidor.

—Pero ¿es para mí?. No hacía falta.

—No te confundas, nosotros solo somos los mensajeros, pero ya te digo que hay alguien que me debe unas copas como mínimo. —Ante mi mirada de

desconcierto miró al resto y añadió—: Venga, será mejor que la dejemos sola y que lo abra tranquilamente.

Cuando todos desaparecieron hacia el comedor y cerraron la puerta tras de sí comencé a desembalar la caja con suavidad hasta descubrir lo que albergaba su interior. Ante mi apareció la gran foto que nos hizo Alex a Wenda y a mí durmiendo. En el reverso colgaba un sobre azul atado con un pequeño lazo en el que ponía mi nombre escrito. Antes de abrirlo acaricié las letras que reconocí escritas por Alex. Dentro apareció una escueta nota:

Feliz Navidad,

Sabes que quería conservarlo, pero ahora mismo no tengo un hogar donde dejarlo. Sé que tú lo encontrarás el lugar adecuado y será una manera de que tengas a Wenda siempre junto a ti. Te deseo que seas feliz y encuentres tu camino, yo estoy empezando a encontrar el mío.

Besos, Alex

Al leerla, un pequeño sollozo emergió de mi garganta y todos los muros que había erigido protegiendo mi corazón se desvanecieron en un instante. María entró en el pequeño recibidor y me abrazó mientras lloraba en silencio. Me sentí inmensamente desgraciada porque esta carta solo me demostraba lo equivocada que estuve y el gran hombre que podría haber tenido a mi lado. Ella se disculpó en un susurro:

—Siento hacer que te sientas mal, pero se lo prometí.

—No es culpa tuya. He sido una estúpida pensando que podía olvidarlo como si nada. Supongo que ya es tarde. Quizás él ya me ha olvidado. Está viviendo la vida que quería. —De pronto, una idea tomó fuerza en mi cabeza —: ¿Cuándo te dio la foto?

—Hace un tiempo. Le dije que venía a casa de mis suegros y pasó por allí a dejarla.

—Entonces, ¿estuvo aquí, en Barcelona, y no fue capaz de dármela en persona? No lo entiendo, no soporta ni verme.

Sus expresivos ojos, que habitualmente desprendían una gran sinceridad, esquivaron los míos, incómodos.

—No debería explicarte esto, pero...

—¿Qué pasa? Vino con alguien, ¿no es así?

—Ana, no. Lo cierto es que intentó venir a verte y te esperó en el parque

delante de tu apartamento, pero te vio salir con tu hija, hablando, riendo. Dijo que se te veía muy feliz sin él y no se vio capaz. Me contó que por fin habías tomado las riendas de tu vida y que él debía hacer lo mismo.

—¿Me está diciendo que por segunda vez ha vuelto a escapar de mi vida sin que tenga la oportunidad de decirle lo que siento?

—Estoy diciendo que aún le duele demasiado verte porque te quiere. Y al ver tu reacción sé que tú también le quieres. Creo que deberíais hacer algo al respecto.

Tras aquella conversación decidí que no iba a lamentarme más. ¡Basta de ser *Miss Triste!*. Lo había prometido varios meses atrás. Por fin vivía la vida que deseaba, por fin yo llevaba el rumbo.

Cada mañana admiro la fotografía que hoy se encuentra colgada en mi comedor y recuerdo cómo ha cambiado mi vida en este último año y como todo ha valido la pena. Cada lágrima que he derramado, cada sonrisa, cada miedo que he sufrido me han hecho una mujer más valiente.

Y Alex... Le debo haberme hecho SENTIR. Sí, sentir con letras mayúsculas, no solo por el amor, o por el sexo. Me ha enseñado a sentir emociones nuevas por un simple paisaje, por una sonrisa de un niño, por una comida especial. Vivo sensaciones que jamás había disfrutado y sé que se lo debo a él y a su forma de ver la vida.

Me dirijo a las oficinas Vanderbilt para acabar de ultimar algunos detalles de mi próximo viaje. Hemos decidido abrir una nueva fundación en Asia y necesito investigar el terreno. Esta vez iré sola y me siento preparada para todo lo que venga. Ya no queda nada de aquella mujer insegura y triste que se presentó aquí hace apenas unos meses. En cuanto llego, Albert me saluda con su eterna sonrisa y un beso en la mejilla:

—Ana, ¿qué tal? ¿Preparada para tu nueva aventura?

Yo lo miro emocionada:

—Estoy muy nerviosa, pero con muchas ganas. Y tú, ¿cuándo te vas a Brasil? No sé yo, pero últimamente estás siempre allí. ¿No tendrá algo que ver con cierta mujer rubia que también va muy a menudo?

Al marcharse su hijo, Albert nombró a Sara directora de las instalaciones de Fortaleza. La madre de esta se ha trasladado a vivir cerca de allí y colabora a menudo con ellos. A su hija y a Mara, con las que hablo asiduamente, no les han pasado inadvertidas las miradas de atracción que se cruzan ella y Albert. Yo me alegro muchísimo por él, aunque de momento es cauteloso.

—¿Qué mujer?. Ya sabes que yo voy siempre por negocios. Si Alex no se hubiera largado y me hubiera dejado todo el trabajo a mí...

En cuanto ve cómo mi semblante se oscurece al oír el nombre de su hijo, intenta que me sienta mejor:

—Ana, perdona. Veo que aún te afecta.

—No creo que deje de hacerlo nunca. Sé que es lo mejor para todos, pero no puedo evitar que me duela.

Albert se queda dubitativo unos instantes intentando decidir si debe seguir hablando sobre el tema. De pronto afirma:

—Deberías ir a buscarlo.

Yo lo miro sorprendida y automáticamente niego con la cabeza. Él continúa:

—Ana, Alex lo hubiera dejado todo por ti. Lo cierto es que cuando te raptaron él ya había rechazado el trabajo del *National*. Quería proponerte que te fueras a Fortaleza con él y llevarais la fundación entre los dos.

No puedo hablar. Su revelación hace que aún me sienta peor y después de meses sin llorar noto cómo las lágrimas comienzan a aflorar lentamente. Él sigue explicándose:

—Yo no fui sincero contigo. Sabes que por un hijo se hace lo que sea y cuando lo vi en el hospital tan destrozado intenté convencerlo de que tu vida no estaba con él, que no te podía hacer feliz. Le aconsejé que aceptara el trabajo y por una vez hiciera lo que siempre había deseado.

Me siento aturdida y traicionada. Mi voz suena muy enfadada:

—Albert, entiendo que quisieras lo mejor para él, pero quizás deberías habernos dejado decidir a nosotros.

Él coge mis manos mientras observo sus claros ojos suplicando perdón:

—Ana, perdóname. No quería hacerte daño, solo protegerte. Protegeros.

—¿Protegernos?

—Alex es como su madre: un alma libre. Durante años mi mujer me volvió loco con sus aventuras, con sus locuras. Yo quería que fuéramos una familia normal y ella solo quería vivir la vida a su manera. Pero la amaba tanto que acepté sus normas y te aseguro que no siempre fue fácil estar a su lado. Cuando os vi, pensé que la historia se repetía. Tú eras tan frágil y estabas tan confusa que pensé que te hacía un favor si te evitaba ese sufrimiento.

—Y ahora, ¿qué ha cambiado? No entiendo por qué me lo cuentas.

—Tú has cambiado. Ahora veo una mujer fuerte que sabe lo que quiere y sé que eres la única que puede hacer feliz a mi hijo.

Al oír las últimas palabras mis lágrimas empiezan a caer ya sin control. Aun así me acerco a él para abrazarle mientras entre sollozos intento sonreír:

—Ya vuelvo a ser *Miss Triste*.

18. Rumbo a la felicidad

Llevo en Myanmar dos semanas colaborando con un orfanato financiado con fondos españoles. Es un país donde la serenidad del budismo lo impregna todo, incluso el carácter de sus habitantes. En pocos días mis conocimientos sobre Buda y sus consejos han influenciado en mí y en mis emociones.

Cuando paseo por las calles que rodean el orfanato donde resido, me cruzo con pequeños monjes ataviados con su desgastada túnica de color azafrán. Solo son niños, que muestran sus tímidas sonrisas mientras esconden sus rasuradas cabezas ante mi mirada curiosa. En el tipo de budismo que predomina en el país los hombres están obligados a ser monjes, como mínimo, tres veces en la vida. Durante ese tiempo que residen en las pagodas, su vida se dedica por completo a Buda y a sus enseñanzas. Se levantan a las tres de la madrugada y recorren las ciudades con un cuenco de metal en el que la gente les ofrece comida. Ese será el único ágape del día, pues a partir de las doce tendrán prohibido comer. Viven de la caridad, lo que les asegurará un buen karma, tanto a ellos como a los donantes anónimos, por lo que cuando anochece puedes encontrar recipientes estratégicamente dispuestos a modo de ofrendas en los alrededores de los templos.

A pesar de que sus habitantes han vivido bajo una gran opresión, enfrentan el día a día de forma positiva. Myanmar, antigua Birmania, es un país hermoso del cual es imposible no enamorarse, donde permanece la pureza de los corazones a pesar de los problemas.

La gente, aunque vive con numerosas limitaciones, no mantiene grandes ambiciones. Dedicán todo lo que tienen a grandes obras sociales o a hacer méritos para la siguiente vida. Sus rostros siempre permanecen sonrientes.

Allí he conocido a U Thant, un viejo amigo de Albert que vivió hace una década en Barcelona y hace unos años regresó para fundar el orfanato. Él me ha introducido en la cultura y creencias birmanas, también ha decidido asignarme un nuevo nombre: Daw Tha. Junto a él he recorrido las pequeñas aldeas que rodean Bagan, y en pocos días he podido comprender cómo las escasas posesiones que tienen sus habitantes me son ofrecidas de todo corazón. Son compartidas de un modo totalmente sincero y entregado.

La comunicación con los niños del orfanato es complicada incluso para los nativos. Aunque el birmano es la lengua oficial, en el país existen más de cien dialectos que pertenecen a las minorías étnicas. Aun así, gracias a mi

experiencia con Wenda, sé que un gesto de amor puede conseguir una conexión mil veces más fuerte que cualquier palabra. El contacto físico que curiosamente antes detestaba, y ahora me es tan necesario, no siempre es bien entendido aquí. El país vive anclado en el pasado y determinados gestos o actitudes se consideran mal vistas. U Thant me adoctrina en sus ancestrales costumbres y en cuanto me ve la intención de acariciar el pelo de un niño me advierte:

—No debes nunca tocar la cabeza de otra persona, aunque sea un niño.

Yo lo miro sorprendida, mientras él sonríe y prosigue con su calma habitual:

—Los birmanos consideramos la cabeza la parte más sagrada del cuerpo y no nos gusta que la toquen. Así como los pies son la parte más impura, por eso debemos descalzarnos cuando entramos en un templo y jamás los dirigiremos hacia una imagen sagrada. Esa es la razón por la que siempre nos arrodillamos ante Buda.

Escucho embelesada sus explicaciones, con esa voz cálida y suave que me obliga a seguirle con devoción. Sé que a este pueblo no le gusta mostrar sus sentimientos en público, por lo que jamás he visto a este hombre alterado o subiendo el tono de voz. Le pregunto curiosa:

—¿Cómo podéis hablar siempre tan tranquilos, como si nada os alterara?

—Hay un dicho birmano que dice algo así como: “No hay que preocuparse; lo que tenga que llegar, llegará”. Myanmar ha sido un país colonizado, asaltado y sometido durante toda su historia. Si algo hemos aprendido es que no sirve de nada anticiparse a los hechos y preocuparse antes de tiempo.

Yo sonrío mientras uno de los voluntarios se acerca y me entrega una carta. Es un pequeño sobre de color rosa. Al ver los infantiles dibujos que lo decoran, deduzco que es de Wenda. Lo abro impaciente y nerviosa, olvidando las sabias palabras que mi compañero acaba de transmitirme.

En la carta, Mara me explica cómo la pequeña se está reponiendo rápidamente y cómo está ansiosa por verme. Estoy deseando abrazarla. Dentro de solo un mes vamos a reencontrarnos, y mi hija va a acompañarme esta vez.

Mi amiga me describe todas las novedades en Brasil. Sara ha resultado ser una gran directora para el nuevo centro y Mara es su mejor ayudante. Parece que la relación entre Albert y la madre de Sara va viento en popa,

desde que él se ha instalado allí con la excusa de supervisar la nueva sede. Me manda recuerdos de Luciana, a la que han visitado recientemente y, con cada buena noticia, mi corazón va encogiéndose un poco más y la melancolía vuelve a invadirme. Sutilmente deja caer que Alex pasó unos días con ellos y que se le veía muy triste y cansado. Decido alejar de mi la pesadumbre que se ha vuelto a instalar en mi corazón, admirando el colorido dibujo que me ha dedicado Wenda.

Sus trazos infantiles muestran una familia sonriente, con las tres niñas cogidas de la mano. La más pequeña, que reconozco rápidamente por la gran mata de rizos negros que coronan su cabecita, alarga su mano hasta un cuerpo de mujer que se encuentra flotando en el espacio. Dos grandes alas de color rosa surgen de su espalda. Un gran corazón atraviesa el cielo uniendo el femenino ángel con la familia.

En cuanto lo veo, las lágrimas comienzan a humedecer mis ojos. U Thant se acerca sigilosamente y observa el dibujo. Tan solo dice:

—Algunas veces, los niños nos ven como nats.

—¿Nats?

—Hay una costumbre muy arraigada en este país. Es la creencia de unos pequeños dioscecillos. Son los nats, seres fantásticos omnipresentes en la vida cotidiana de los birmanos. Cada pueblo dispone de uno de ellos como su guardián, que los protege de las adversidades. Algunos niños creen que nosotros somos eso: sus guardianes. Saben que siempre estaremos ahí para protegerlos. Y ese vínculo perdurará toda la vida.

Me mantengo en silencio, mientras finas lágrimas ruedan por mi rostro. Él me mira compasivo y solo añade:

—Cuando eso sucede, te sientes responsable de ese niño durante toda tu vida. Una parte de tu alma le pertenece para siempre.

Enjugo mis lágrimas y sonrío, entendiendo a la perfección qué quiere decir. Me dirijo a la pequeña habitación que tengo asignada y cuelgo el dibujo en la desnuda pared junto a los que me han regalado otros niños. Los quiero a todos, cada uno me ha enseñado algo y le ha dado sentido a este nuevo rumbo que he escogido. Pero las palabras de U Thant han descrito a la perfección lo que Wenda representa para mí. Haga lo que haga, una parte de mí siempre velará por ella.

Ya es tradición que cada tarde acompañe a U Thant a visitar las aldeas de los alrededores intentando paliar enfermedades, ofreciendo vacunas y otras

necesidades básicas. Lo curioso es que cuando llegamos montados en nuestras bicicletas a sus casas, la mayoría nos reciben con su habitual sonrisa dándonos una gran bienvenida como si no fueran ellos los que tuvieran verdaderas necesidades.

En una de esas aldeas es donde recibo mi nuevo nombre. Mientras avanzamos por caminos polvorientos pedaleando, esquivamos varias gallinas que se encuentran en el margen del camino y que comienzan a revolotear temerosas a nuestro alrededor. Con su habitual calma, ignorando el revuelo que se crea a nuestro paso, U Thant me adoctrina sobre la curiosa manera de poner nombres a los hijos. En Birmania, al nacer, no se les da un nombre y un apellido. Su tradición es realmente peculiar porque interviene el *Zata*— un sistema astrológico propio— en el que se tiene en cuenta el ascendente planetario, el símbolo de un animal, los puntos cardinales y, además, y de acuerdo con el día de la semana, los recién nacidos reciben un nombre que debe empezar por unas determinadas sílabas.

Curiosamente, los nombres no tienen sexo, solo se diferencian por un prefijo de género que se sitúa delante del nombre. “Maung” si es niño y “Ma” si es niña. Más tarde será “Ko” para un adolescente y “Ma” para las chicas. Finalmente será “U” para señor y “Daw” para señora.

En cuanto llegamos a una de las aldeas, una mujer nos recibe ofreciéndonos un té Birmano. Este se caracteriza por ser muy concentrado. Me lo ofrecen con leche y muy azucarado. Intento tomar el intenso brebaje al que no estoy nada acostumbrada, mientras U Thant le explica nuestra conversación a la mujer de la casa. Rápidamente, esta va en busca de una especie de tabla astral y comienza con su interrogatorio. Tras determinar que nací un viernes, mi signo del zodiaco birmano es Venus, mi animal la Cobia y, evidentemente, fui una niña... deciden que mi nombre birmano deberá ser *Daw Tha*. Y yo lo acepto emocionada, agradeciendo que quieran que sea partícipe de su vida, de sus costumbres, de un modo tan espontáneo y natural.

Al llegar a la siguiente aldea nos cruzamos con un vendedor ambulante de *Mohinga*. El joven sostiene sonriente un gran palo sobre el hombro izquierdo, de donde penden dos grandes estructuras de madera, a modo de balanza, que contienen todo lo necesario para servir la tradicional sopa. Poco a poco me voy acostumbrando al picante sabor que siempre destilan los platos de este país, mezcla de la gastronomía hindú y china. La sopa de pescado al curry

con fideos de arroz es considerada el plato nacional del país. En cuanto nos ve, el chico apoya las cajas de madera a modo de mesa en el suelo, y nos sirve la comida en dos cuencos. El y U Thant mantienen una animada conversación en la posición de reposo birmana. Se mantienen en cuclillas, las piernas dobladas y el tronco inclinado apoyando los brazos sobre las rodillas. Aunque intento imitarles mis rodillas se resienten, provocando sus risas al ver mi reacción ante su forma de descanso, ya que ellos pueden estar largas horas en esa posición.

Junto a nosotros, un grupo de niños juega al *Sepak Takraw*, que consiste en pasarse unos a otros, dispuestos en círculo, una pelota de ratán con el pie o la cabeza. Yo los observo divertida viendo como hacen verdaderos equilibrios para que esta no caiga al suelo.

Nos sorprende una chica delgada y grácil que se acerca hasta nosotros y le da un gran abrazo a U Thant. En un país donde las muestras de afecto en público prácticamente no existen ese simple gesto me deja impresionada. La chica, que habla inglés, me presenta a su marido y a sus dos hijas orgullosa. Estas llevan la cara pintada con *Tanaka*, lo que ya he aceptado como algo normal, a pesar de que su extenso uso me dejó impresionada los primeros días. Todas las mujeres y niños se maquillan con este unguento amarillo procedente de la corteza del árbol con el mismo nombre. Los birmanos defienden que esta pócima hidrata la piel, protege el rostro de impurezas y embellece la faz. Observo a los niños que llevan decorados los mofletes de sus redondas caras con dos grandes hojas dibujadas. La bella joven solo lleva pintados unos trazos que enmarca sus pómulos y una fina línea resigue su nariz. Al ver que la estoy estudiando con interés, me ofrece probar el maquillaje aunque sea por la noche, en la intimidad. Sonriente, me confiesa que es lo que habitualmente hace su marido (y la gran mayoría de hombres), aunque no se atreven a confesarlo. Las dos nos reímos al observar el rubor que se adueña del joven, mientras descubro a U Thant mirando a la chica embelesado. Un gran orgullo y felicidad emana de sus ojos.

En cuanto cruzamos la puerta me dirijo a él con sutileza:

—Es ella, ¿no?

Él me mira extrañado.

—¿Ella?

—Tú eres su nat y una parte de tu alma le pertenece.

Su cabeza asiente sonriente mientras monta en su oxidada bicicleta. Su

mirada se pierde en el infinito, pensativa, justo cuando su brazo se levanta en señal de despedida. Separamos nuestros caminos, algo que ya se ha convertido en rutina desde que estoy aquí: él vuelve al orfanato, mientras yo me dirijo paseando, sin prisa, a observar la puesta de sol.

Me encuentro sentada en lo alto de una pequeña pagoda en medio de la selva, mientras la brisa húmeda del río Ayeyarwady acaricia mi rostro. Durante varios días he estado acercándome a este mundo sin prisas, caminando a través de la gran llanura ahora deshabitada, que un día fue la cuna de un gran imperio. Tan solo acompañada por el sonido de miles de campanillas que tintinean colgando en los pináculos de los templos

Ni un solo día me he perdido la puesta de sol en Bagan. Habitualmente disfruto de este inmenso placer sola, en silencio. Y algunos días, como el de hoy, me acompañan turistas curiosos con los que comparto el magnífico espectáculo que se presenta ante nosotros.

A pocos metros de donde estoy diviso un pequeño grupo de personas que se encuentran en lo alto de uno de los casi 3000 pequeños templos que aún se conservan diseminados entre la maleza. Las pequeñas construcciones de ladrillo resurgen a través de la bruma que las envuelve, confundándose con espigadas palmeras. Solo algunas afortunadas conservan el pan de oro que reluce en sus cúpulas destacando sobre el halo mágico, mezcla de polvo y humedad, que recrea el conjunto. Decido acercarme movida por la curiosidad, aquí no suelen aparecer muchos turistas y cuando vienen acostumbran a ir en grandes grupos acompañados por un guía. La vida en este país es muy distinta de lo que yo conocía. Las costumbres, el idioma, la comida... todo es un descubrimiento para mí. Los conocimientos que me transmiten sus habitantes sobre la vida y su forma serena de aceptar su destino han conseguido que por fin me sienta en paz conmigo misma y con mis acciones. En Brasil aprendí a confiar en la gente y en este país he aprendido a confiar en mí misma. La ingenuidad que me envolvía antes de iniciar esta aventura ha desaparecido por completo.

Enfilo un pequeño camino de tierra rojiza que conecta una estupa con otra y mi mirada se cruza con la de una solitaria chica que sostiene un cesto en su cabeza. Su delicado cuerpo recubierto con el tradicional longyi —dos metros de tela en forma de pareo— aparece como una visión de entre la bruma. Sus pies descalzos se deslizan con suavidad, sin ruido, y sus labios resurgen sobre su joven rostro, pintado con tanaka. Me dedica una tierna sonrisa, que yo

devuelvo al instante. Esa sola imagen me impregna de felicidad y sé que eso es una de los legados que me dejó Alex. Ahora veo la vida a través de su prisma de colores, buscando siempre el mejor reflejo, la imagen más cálida.

Tras descalzarme, me interno en la estupa, donde se encuentran los turistas, y me quedo unos segundos admirando un gran Buda que me da la bienvenida. Me arrodillo ante él estudiando el rostro tallado en la madera, un rostro que emana bondad y sabiduría. Junto a él se encuentra una inscripción algo deteriorada por la humedad, pero que conozco bien. Es uno de los textos que los monjes con los que colaboro me han explicado.

“Nuestros actos (karma) anteriores condicionan nuestro presente, y a su vez, nuestro presente condiciona nuestro futuro. Este momento, el momento presente, es en el que realmente vivimos, y desde él podemos transformar o aprovechar las causas plantadas en el pasado, y crear las condiciones adecuadas para el futuro. Somos responsables de lo que nos sucede”

Suspiro con fuerza al pensar que esas palabras parecen escritas para mí. Mi rumbo me pertenece.

Subo las estrechas escaleras interiores para contemplar desde lo alto el místico paisaje que me rodea, mientras los jóvenes fotografían la escena sin cesar. Me siento sobre el tejadillo de ladrillos y observo a mis acompañantes en silencio. Dos chicas, de aspecto anglosajón, me sonrían al verme llegar y se sientan a mi lado. Frente a nosotras, dándonos la espalda, un chico con pelo largo y tupida barba manipula una cámara sobre un trípode buscando el ángulo perfecto sobre la puesta de sol. Observo sus precisos movimientos, sus fuertes brazos, sus anchos hombros, y un escalofrío recorre mi espalda. Lentamente mis ojos lo estudian y, aunque no puedo verle la cara, que sigue pegada al objetivo, siento un incomprensible interés por él.

El sol inicia su lento descenso hasta situarse en el ángulo exacto que todos esperan. Infinitos destellos iluminan los elegantes templos que resurgen bajo la bruma y los tornan fuego. Cada rayo que roza sutilmente alguna de las agujas doradas que aún soportan los años de intemperie sobre las estupas, provoca que estas centelleen mágicamente, intensificando los colores del bello paisaje. Es una visión mística y profunda. Un sentimiento de paz te invade al contemplarlo.

Las chicas no pueden evitar emitir un emocionado “OHHHH” y me

suscitan una cómplice sonrisa. Automáticamente, pienso en Alex y las palabras surgen de mi boca sin pensarlo:

—Debo decirles que esta es la segunda puesta de sol más bonita que he visto.

Ellas me miran fascinadas y una me pregunta:

—¿Y dónde viste la primera?

—En Brasil.

El chico, hasta ahora ausente en la imagen, gira su rostro en nuestra dirección descubriendo unos oscuros ojos muy distintos a los que yo conozco. Pero todo en él me recuerda a Alex. Como si una fuerza interior dominara mi mente, dirijo el objetivo de mi cámara a la bella imagen que me embarga con una única razón.

Envío la fotografía a Alex, junto a un íntimo mensaje que sé que él entenderá:

La segunda puesta de sol más bonita del mundo. Llevo días guardándola en un rincón del alma. Estoy preparada para compartirla contigo. Ana.

En cuanto levanto la vista, me doy cuenta de que los chicos se han ido y el sol sigue su lento camino hacia su refugio. El leve sonido de la triste melodía de Norah Jones suena en mi teléfono. Leo el mensaje mientras siento cómo una sonrisa va apoderándose de mi corazón.

La tercera está junto a las cataratas Victoria. En Sudáfrica. ¿Vienes?

Me tomo mi tiempo antes de contestar, mientras mis manos arrojan mis encogidas piernas y las protegen del temblor que me invade. Mi cuerpo se mantiene inmóvil, concentrado solo en absorber la belleza del paisaje que me envuelve. Inspirando cada mota de polvo que arrastra la bruma, deseando que se fusione en mi piel para siempre, intentando que las sensaciones se introduzcan en el pequeño rincón de mi alma reservado solo para el hombre que amo.

Una leve corriente de aire, húmedo y caliente, eriza el vello de mi cuerpo en el mismo instante en que el sol se introduce en su ansiado escondite. Miles de oscuras siluetas en forma de templos resurgen ante un rojizo cielo. Solo un pequeño trozo de cinta amarilla, sucia y deshilachada, revolotea formando

gráciles piruetas ante mis ojos.

La palabra “Felicidade” permanece inalterable en ella.

Agradezco a la Agencia Sandra Bruna que haya confiado en mi escritura desde el primer momento. Espero que este viaje en común sea largo y fructífero pero, sobre todo, que sigan a mi lado, respaldándome y dándome sabios consejos.

También a mis “chicas Rumbo”, que hicieron de conejillos de Indias con mi primer manuscrito y que siguen estando siempre ahí, con sus ánimos, sus sinceras críticas y sus diversas opiniones. Gracias por empujarme a salir de mi anonimato y vivir esta experiencia como algo vuestro.

Y por último, gracias a todos aquellos lectores que habéis escogido leer mi novela. Sin ese gesto, el rumbo de Ana seguiría perdido, porque vosotros, al descubrirlo, lo hacéis real.